

Capítulo 1

El Dios que convierte la derrota en victoria

Daniel 1

Aunque fue escrito hace siglos, el libro de Daniel no es solo un documento histórico lleno de fechas y acontecimientos. Cuanto más estudiemos este libro, más aparecerá Cristo en sus páginas, acercándose a nosotros para ayudarnos en los problemas y los desafíos que enfrentamos en nuestra propia vida, cada día. Cuanto más comprendamos las profecías de Daniel, mejor entenderemos nuestro lugar en la historia de la Tierra, y cómo desempeñar el papel que Jesús tiene para nosotros en estos últimos días.

El libro de Daniel tiene un mensaje que nos habla a nuestra generación, pero no somos los únicos que hemos encontrado significado en sus profecías. En el siglo XV, Cristóbal Colón (1451–1506), el primer descubridor de las Américas, fue un estudioso diligente del libro de Daniel. Una de las cosas que obligó a Colón a partir en su descubrimiento del Nuevo Mundo fue su estudio de las profecías de Daniel. Colón creía que Daniel había predicho los eventos del tiempo del fin. Él creía que, a medida que el mundo llegara a su fin, Dios abriría nuevos continentes para la predicación del evangelio. Su comprensión de Daniel fue uno de los factores que llevaron a Colón a encontrar el Nuevo Mundo, donde se podía predicar el evangelio a aquellos que nunca habían oído hablar de Jesús.

Sir Isaac Newton (1643–1727), el famoso matemático y erudito británico, fue también un estudioso del libro de Daniel. Mientras estudiaba las profecías de Daniel, su precisión matemática

confirmó su creencia en que la Biblia era verdaderamente la Palabra inspirada de Dios.

Timothy Dwight (1752–1817) fue el octavo presidente de Yale College (más tarde, la Universidad de Yale). Durante el tiempo de la Revolución Francesa, varios estudiantes de Yale comenzaron a aceptar los argumentos de los eruditos europeos que cuestionaban la existencia de Dios y dudaban de la veracidad de la Biblia. Estos estudiantes ateos desafiaron a los profesores con su incredulidad, dentro del campus.

Timothy Dwight anunció: “Me gustaría reunirme con todos los estudiantes en la capilla”.

Los estudiantes entraron a la capilla, incluidos aquellos que habían sido francos acerca de su incredulidad. Timothy Dwight entró en el auditorio llevando una gran carga de libros de historia. Los puso sobre una mesa, y luego les pidió a estos estudiantes que presentaran todos sus argumentos en contra de la Biblia. Así que, los estudiantes incrédulos presentaron sus argumentos. Después de haber dado sus razones más persuasivas para fundamentar su incredulidad, el profesor Dwight abrió su Biblia en el libro de Daniel y comenzó a leer sus profecías, algunas de las mismas profecías que estudiaremos mientras exploramos este libro. Mientras el profesor Dwight leía las profecías de Daniel, se volvió hacia la pila de libros de historia que estaban sobre la mesa, en la parte delantera de la sala. Leía el libro de Daniel, y luego comparaba las palabras de Daniel con los libros de historia. Al presentar los hechos de la historia en comparación con la profecía bíblica, los estudiantes quedaron asombrados. La historia confirmaba las profecías de este antiguo libro bíblico.

Al final, los estudiantes se pusieron de pie y aplaudieron al profesor Dwight. Esa reunión en la capilla llevó a un magnífico reavivamiento espiritual en el Yale College.

No estás solo en tu deseo de estudiar el libro de Daniel. Los estudiosos de la Biblia, a lo largo de los siglos, han encontrado sentido y consuelo en sus páginas, para su vida y sus días. Y mientras nosotros, aquí en el siglo XXI, estudiamos el libro de Daniel juntos, Dios mismo nos revelará verdades asombrosas.

El libro de Daniel se divide en dos segmentos: profecías y relatos. Los primeros seis capítulos son en su mayoría relatos, mientras que los últimos seis son en general profecías. Las profecías abordan toda la línea histórica a lo largo de las edades. Revelan períodos de tiempo que nos conducen desde los días de Daniel, unos seiscientos años antes de que Jesús naciera en Belén, hasta el tiempo del fin y la segunda venida de Jesús. Las historias ilustran cómo debemos prepararnos para el tiempo del fin. Hablan de fe, coraje y esperanza. Las profecías nos dicen cuándo; las historias nos dicen cómo.

La importancia del libro

De todos los libros de la Biblia, Daniel es el único que Jesús mismo nos aconseja específicamente que estudiemos. En Mateo 24, Jesús describe cómo será el mundo justo antes de que él regrese. Habla del aumento de la delincuencia y la violencia, terremotos, hambrunas y conflictos sociales. Él presenta un mundo en el que se levantarían nación contra nación y reino contra reino. Luego, dice: “Cuando vean en el lugar santo la abominación desoladora, predicha por el profeta Daniel —el que lee, entienda— [...]” (Mat. 24:15).

Jesús nos señala el libro de Daniel en el contexto de un mundo en agitación, justo antes de que él regrese. Y él, indirectamente, nos sugiere dos cosas que debemos hacer. Nos dice que debemos (1) leer las profecías de Daniel, y (2) entenderlas. Si Jesús te sugiere que leas las profecías de Daniel, y si Jesús te dice que las entiendas, debe ser importante dedicar tiempo al estudio de este libro.

¿Alguna vez te has preguntado por qué Dios le dio a Daniel las profecías que aparecen en su libro? Y ¿te has preguntado alguna vez por qué Daniel nos las escribió para que las leyéramos y estudiáramos cientos de años después? ¿Cuál es el objetivo de la profecía? ¿Es solo para demostrar que Dios conoce el futuro? ¿Es solo para satisfacer nuestra curiosidad? En Mateo 24, Jesús nos advierte acerca de los falsos profetas que se levantarían en los días antes de su venida. Ellos tratarán de engañar a aquellos que están esperando su regreso.

Entonces, Jesús dice:

“Miren, se lo he dicho de antemano”.

“Así [...] no crean [sus mentiras engañosas]” (vers. 25, 26).

Uno de los propósitos de las profecías, como las que encontramos en Daniel, es permitirnos saber lo que se viene para no ser engañados por las estrategias de Satanás. Saber lo que nos espera nos ayuda a ver claramente cuando estamos rodeados de confusión y engaño. Cuanto más estudiamos las profecías y vemos su cumplimiento, más se construye nuestra confianza en la Biblia. La profecía nos permite entender que la Biblia no es solo un mito, una alegoría o un drama histórico. La profecía y su cumplimiento nos muestran que la Biblia es, con certeza, verdadera, y que realmente es la Palabra de Dios.

Por supuesto, hay estudiosos de la Biblia que afirman que Daniel no era en absoluto un profeta. Algunos han dicho que simplemente inventó las visiones que registró y que fueron solo el producto de su imaginación. Pero muchos de estos eruditos permanecen, en gran parte, en silencio hoy, porque las profecías de Daniel han sido confirmadas históricamente. Anuncian la historia con exactitud. Algunos estudiosos críticos de la Biblia han cambiado sus argumentos en contra de las profecías de Daniel. Antes, solían decir que las profecías eran solo mitos y alegorías, que no hay evidencia arqueológica o histórica de que se hayan cumplido. Pero hoy, hay tal abundancia de evidencia histórica y arqueológica que apoya la exactitud de las profecías de Daniel que estos eruditos han presentado una nueva objeción. Dicen: “Las profecías de Daniel son tan precisas que él debió haberlas escrito después de que ocurrieron los eventos. No era en verdad un profeta; simplemente escribió lo que ya había sucedido, como si lo estuviera prediciendo de antemano”.

Pero ¿qué dice Jesús? Jesús llamó a Daniel “profeta” (Mat. 24:15). Jesús dijo que debemos leer y entender sus profecías.

Antes de entrar en el libro de Daniel y comenzar a estudiar el primer capítulo, tenemos que preguntarnos: ¿A qué período de tiempo específico se aplican las profecías de Daniel? Si vamos a leerlas y entenderlas, necesitamos saber a qué período de la historia de este mundo están señalando. En el último capítulo de Daniel, Dios mismo responde esta pregunta. Él dice: “Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro *hasta el tiempo del fin*” (Dan. 12:4; énfasis añadido). Y el versículo 9 dice: “Estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin”.

Las profecías de Daniel se aplican al “tiempo del fin”. A los días en que vivimos. A los días de inestabilidad social, naciones en guerra, aumento del crimen y la violencia, y los terremotos y

hambrunas que Jesús describió en Mateo 24 como una descripción de cómo se encontraría el mundo justo antes de su regreso.

El tema del libro

El título del libro es simplemente *Daniel*, llamado así por el profeta que lo escribió, y registra sus experiencias y las profecías que Dios le dio. Los nombres, en la Biblia, generalmente tienen significado. ¿Qué significa el nombre Daniel? Proviene de dos palabras hebreas. Dan era una de las doce tribus de Israel, la tribu de los jueces. La palabra corta: “el”, adjunta a Dan, se refiere al nombre de Dios, *Elohim*. Interpretado literalmente, el nombre de Daniel significa “el Dios del juicio”.

Hoy, cuando pensamos en un juez, a menudo pensamos en alguien que dicta sentencia, alguien que nos condena. Pero ese no era el concepto de juicio del Antiguo Testamento. En el Antiguo Testamento, un juez es el que pone todas las cosas en orden, el que pronuncia el juicio justo. Un juez es el que vindica y exonera. Un tema importante del libro de Daniel es “el Dios de juicio y justicia”. El libro de Daniel presenta al Dios del Universo, quien finalmente pondrá en orden todas las cosas. Los reinos se levantan y caen, pero Dios se sienta en su trono, sosteniendo el destino de las naciones en su mano. En el conflicto entre el bien y el mal, en el panorama entre lo correcto y lo incorrecto, en la batalla por el trono del Universo, el Dios de justicia, el Dios del juicio, el Dios de la rectitud, corregirá todas las cosas. Ese es el tema general del libro de Daniel.

El conflicto entre el bien y el mal

“En el tercer año del reinado de Joacim, rey de Judá, vino Nabucodonosor, rey de Babilonia, a Jerusalén y la sitió” (Dan.

1:1). El libro comienza con dos ciudades y dos reyes: Babilonia y Jerusalén; Nabucodonosor y Joacim. Babilonia era el centro de la rebelión contra Dios, el centro de la confusión, el centro del error, el centro de la apostasía. Babilonia, esa ciudad poderosa, atacó Jerusalén, la ciudad de Dios, la ciudad de la verdad, la ciudad de la obediencia. Inmediatamente, se nos presenta el conflicto entre el bien y el mal. Lo equivocado ataca lo correcto.

Y, en este caso, triunfa lo incorrecto. Nabucodonosor, rey de Babilonia, ataca Jerusalén y sale victorioso. A veces, escuchamos que la gente pregunta: “Si Dios es bueno, ¿por qué el mal parece triunfar tan a menudo?” “Si Dios es bueno, ¿por qué mi esposo se enfermó de cáncer?” “Si Dios es tan bueno, ¿por qué mis padres se divorciaron?” “Si Dios es tan bueno, ¿por qué mi hija murió por causa de un conductor borracho que huyó ileso del accidente?” “Si Dios es tan bueno, ¿por qué el mal parece triunfar con tanta frecuencia?”

Hay un poema bien conocido de James Russell Lowell que contiene estas líneas: “La verdad, para siempre en el cadalso; el mal, para siempre en el trono. Pero ese cadalso influye en el futuro, y detrás del empañado futuro se encuentra Dios entre las sombras, guardando a los que son suyos”.

El capítulo 1 de Daniel comienza con una gran derrota para el Dios verdadero. La ciudad de Dios, Jerusalén, está en ruinas. El pueblo de Dios se encuentra en cautiverio y esclavitud. El primer versículo de Daniel 1 introduce el tema del Gran Conflicto: la lucha entre Cristo y Satanás, el bien y el mal, lo correcto y lo incorrecto. Ese conflicto se desarrolla a lo largo de todo este primer capítulo. Después de sitiar y tomar Jerusalén, el rey Nabucodonosor pasó revista a los jóvenes judíos y escogió a algunos de los mejores para llevarlos cautivos a Babilonia. Allí serían educados en la universidad de Babilonia, para lavarles el

cerebro y luego enviarlos de regreso a su tierra natal como gobernantes títeres. Esa era la práctica estándar en el mundo antiguo, y las naciones todavía siguen esa práctica hoy en día.

Cuando los rusos invadieron Afganistán, tomaron a jóvenes afganos y los colocaron en escuelas especiales en Rusia, donde se les enseñó las filosofías del marxismo y el comunismo. La idea era enviarlos de regreso a Afganistán para ser gobernantes títeres del Kremlin. Hitler a menudo hizo lo mismo con los jóvenes de las naciones que invadió en la Segunda Guerra Mundial. Después de inculcarles las filosofías de la Alemania nazi, debían regresar a sus propios países y propagar lo que habían aprendido en Alemania. Y eso es lo que el rey Nabucodonosor hizo también.

El primer capítulo de Daniel nos habla de los jóvenes que Nabucodonosor trajo de regreso a Babilonia después de conquistar Jerusalén.

Y dijo el rey a Aspenaz, jefe de sus eunucos, que trajese de los hijos de Israel, del linaje real de los príncipes, muchachos en quienes no hubiese tacha alguna, de buen parecer, enseñados en toda sabiduría, sabios en ciencia y de buen entendimiento, e idóneos para estar en el palacio del rey; y que les enseñase las letras y la lengua de los caldeos (vers. 3, 4, RVR 1960).

La palabra traducida como “hijos” es una palabra hebrea especial que podría traducirse mejor como “adolescentes”, o “adultos jóvenes”. Daniel, probablemente, tenía 17 o 18 años cuando fue llevado cautivo junto con Ananías, Misael y Azarías (vers. 6). Observa las características de estos jóvenes:

- *“Sin defecto, de buen parecer”*. Físicamente, eran bien parecidos, musculosos y en buen estado.
- *“Entendidos en toda sabiduría, cultos e inteligentes”*. Eran inteligentes, educados y aprendían con rapidez.
- *“Y aptos para servir en el palacio del rey”*. Estos eran hombres jóvenes capaces de asumir la responsabilidad, que sabían cómo manejarse y encajar con aquellos en posiciones de poder.
- *“Y que les enseñara las letras y la lengua de los caldeos”*. El plan era adoctrinarlos en el idioma y las costumbres de Babilonia.

Estos jóvenes debían ser inscritos en un programa de entrenamiento de tres años, y al final serían evaluados ante el rey. Nabucodonosor les asignó una provisión diaria de la misma comida que él comía, y del vino que él bebía bebía. Debían ser educados en la cultura y la religión de Babilonia (vers. 5).

Por qué los nombres son importantes

Para completar este proceso de lavado de cerebro de Daniel y sus tres amigos, el rey cambió sus nombres hebreos por otros babilónicos. Les dio nombres que hacían referencia a dioses paganos de Babilonia. El nombre de Daniel se convirtió en Beltsasar; Hananías ahora se llamaba Sadrac; Misael fue renombrado Mesac; y Azarías se convirtió en Abed-nego (vers. 7).

El rey quería cambiar el nombre de ellos porque quería cambiar su identidad. Como ya hemos señalado, los nombres tenían un significado específico en los tiempos bíblicos; no eran solo nombres. En Génesis, Jacob, cuyo nombre significa “engañador”, engañó a su padre con respecto a la primogenitura (Gén. 27). Pero cuando Jacob se encontró con Dios y luchó con él en busca de bendición, su nombre fue cambiado de “Jacob” a “Israel” (Gén.

32). El nombre Israel significa “el que ha prevalecido”. Un cambio de nombre implica un cambio de carácter. Jacob, el engañador, se había convertido en Israel, el que prevalece ante Dios. Al cambiar los nombres de estos cautivos hebreos, Nabucodonosor daba a entender que su carácter iba a ser cambiado. Iban a convertirse en “babilonios”, en actitud y lealtades. Ya hemos señalado que el nombre de Daniel significa “el Dios que juzga” o “Dios es mi juez”. Durante todo su cautiverio en Babilonia, durante todo este proceso de lavado de cerebro, durante todo el tiempo en que Nabucodonosor estuvo tratando de influir en su mente, Daniel se decía a sí mismo: “Mi nombre es Daniel. Dios es mi juez. Dios está en el Trono. Dios va a arreglar todas las cosas, no el rey Nabucodonosor”.

¿Qué significaba el nuevo nombre de Daniel? El nombre Beltsasar significa “el guardián de los tesoros ocultos de Bel”. Hay algo muy interesante en relación con el nuevo nombre dado a Daniel. Al describir la victoria de Nabucodonosor sobre Jerusalén, Daniel 1:2 dice: “Y el Señor entregó en su mano [Nabucodonosor] a Joacim, rey de Judá, y parte de los utensilios de la casa de Dios. Los llevó a la tierra de Sinar, a la casa de su dios, y guardó los utensilios en la casa del tesoro de su dios”.

Nabucodonosor ordenó a sus soldados tomar algunos de los objetos sagrados del Templo de Jerusalén y colocarlos en el templo pagano del dios babilónico Bel. Esto quería dar a entender que el dios de Babilonia era superior al Dios de los hebreos. Bel, a veces también conocido como Marduk, era la deidad principal de los trece dioses de Babilonia. El nuevo nombre de Daniel, Beltsasar, significa “el guardián de los tesoros ocultos de Bel”. Con este cambio de nombre, el rey estaba diciendo: “Daniel, Dios no es tu juez. Jerusalén está en ruinas. Tenemos los vasos sagrados del templo de tu Dios, que ustedes

los hebreos usan en su adoración a él. Nuestro dios, Bel, está a cargo de esos vasos sagrados ahora. Y ya no eres 'Daniel', sino 'Beltsasar', el que coopera con Bel, el guardián de los tesoros sagrados y ocultos que he tomado de Jerusalén".

El rey hizo lo mismo con los tres amigos de Daniel. El nombre de Hananías significa "el Señor es misericordioso conmigo". Al crecer, cada vez que el niño decía: "Mi nombre es Hananías", se le recordaba: "El Señor es misericordioso conmigo". Cada vez que su madre lo llamaba, se le recordaba: "El Señor es misericordioso conmigo". Nabucodonosor declaró: "Tu nombre será 'Sadrac', que significa 'inspiración del Sol'. Es el dios del Sol el que brilla misericordiosamente sobre ti".

El nombre Misael significa "uno que es como Dios". Tenemos un nombre similar en español: Miguel. El nombre de Misael denotaba a alguien que tiene paciencia, bondad y amor de una manera divina. Nabucodonosor cambió el nombre de Misael a Mesac, que significa "el siervo de la diosa de Sabá". Cada cambio de nombre que hizo Nabucodonosor representó un cambio de enfoque, del Dios del cielo a un dios pagano de Babilonia. Cambió el nombre de Azarías a Abed-nego, que significa "el siervo del dios Nebo". Azarías significa "el Señor es mi ayudante". Nabucodonosor estaba diciendo: "El Señor ya no es tu ayudador. Eres un cautivo en Babilonia; nunca volverás a ver a tu madre o a tu padre. Tu Dios no puede ayudarte. Ahora vas a servir a los dioses babilónicos".

Resistir la presión a conformarse

¿Puedes imaginar cómo era la vida de Daniel, Ananías, Misael y Azarías durante esos primeros días en Babilonia? Arrancados de sus hogares en Judá, estaban confundidos y perplejos con respecto a por qué Dios había permitido que los babilonios

paganos derrotaran su ciudad y los llevaran a una tierra extraña y extranjera. Eran solo adolescentes, que enfrentaban presiones increíbles para adaptarse a la sociedad materialista, centrada en el sexo, moralmente insensible y que buscaba emociones a su alrededor. Todo lo que tenían que hacer era seguir el programa del rey, y un futuro rico y seguro se avecinaba. Sería tan fácil. Resistirse sería muy difícil.

¿Por qué crees que Dios comenzó el libro de Daniel con una historia y no con una profecía? Dios sabe que, en el tiempo del fin, los días en que vivimos, la sociedad intentará lavar el cerebro de su pueblo, así como el rey de Babilonia trató de lavar el cerebro de Daniel y sus amigos. Dios no comienza este libro con alguna profecía espectacular que predice eventos en el futuro. Comienza contando la historia de un joven y sus amigos que están lejos de casa. Cuatro jóvenes, cuyos corazones no están en la sociedad en la que se encuentran físicamente. Cuatro jóvenes en un país extranjero. Cuatro jóvenes que están bajo una presión increíble para acomodarse al mal. Algunos jóvenes de hoy dicen: “Sabes, es imposible ser realmente un cristiano y servir a Dios, porque todos en mi colegio secundario están teniendo sexo prematrimonial. Todo el mundo en mi escuela está metido en drogas. Todo el mundo en mi colegio asiste a fiestas y bebe alcohol. Es imposible servir a Dios en este tipo de ambiente”. Daniel y sus amigos podrían haber dicho lo mismo. Pero no lo hicieron. Algunos hombres dicen: “Trabajo en una fábrica con un ambiente muy áspero, donde todo el mundo maldice y jura, y todo el mundo cuenta chistes de mal gusto. En el ambiente en el que trabajo, es imposible servir a Dios”. Algunos hombres de negocios dicen: “Mira, no puedes servir a Dios y ser completamente honesto. Si vas a salir adelante en los negocios, tienes que tomar atajos aquí y allá”. Daniel y sus amigos podrían haber dicho lo mismo. Pero no lo hicieron.

La batalla por tu mente

Dios comienza el libro de Daniel con la historia de un joven en una sociedad corrupta y alejada de Dios, cuya mente podría haber sido moldeada fácilmente por esa sociedad. De hecho, este joven estaba bajo una presión casi incomprensible para adaptarse a las presiones de Babilonia. Pero Daniel 1:8 dice: “Y Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la comida ni con el vino del rey; por eso pidió al jefe de los eunucos permiso para no contaminarse”.

“Daniel *se propuso* en su corazón”. ¿Qué significa eso? Significa que Daniel *tomó una decisión*. Significa que él *resolvió*. Significa que él *eligió*. Daniel *decidió* en su corazón. Él *resolvió* en su corazón. *Elijó* en los rincones internos de su corazón. En la Biblia, particularmente en el Antiguo Testamento, el “corazón” se usa de una manera especial para referirse a la sede tanto del intelecto como de las emociones. Es el centro de los procesos de pensamiento. Proverbios 4:23 dice: “Por encima de todo guarda tu corazón”. Proverbios 23:7 dice: “Porque tal como piensa en su corazón, así es él”.

El libro de Daniel comienza con la historia de un joven que toma la clara decisión, en las profundidades de su mente y sus emociones, de que no se contaminará al amoldarse al mal que lo rodea. Y lo hace porque la verdadera batalla en el momento del fin, en los últimos días de la historia de la Tierra, no es una batalla en el Medio Oriente. La verdadera batalla justo antes de que Jesús regrese es la batalla por tu mente. El diablo hará todo lo que pueda por medio de esta sociedad secular y alejada de Dios para influir en tus procesos de pensamiento, porque la mente es el asiento de tus pensamientos y emociones. Satanás estaba allí en Babilonia, haciendo todo lo posible para influir en la mente y las emociones de Daniel, mediante las tentaciones de

la cultura pagana que lo rodeaba. Pero “Daniel propuso en su corazón no contaminarse”. La historia de Daniel capítulo 1 ilustra cómo Dios quiere que reaccionemos a la cultura en la que vivimos. Al igual que Daniel, necesitamos proponernos firmemente, en nuestro corazón, seguir el camino de Dios, no el camino del mundo. En estos días restantes de la historia de la Tierra, antes de que Jesús regrese, es importante que determinemos que, por su gracia, permaneceremos fieles a él y a su voluntad para nuestra vida.

El poder de escoger

Verás, no somos simplemente animales altamente evolucionados. Podemos elegir. Podemos ejercer nuestro poder para tomar decisiones sobre cómo viviremos. Y si le pedimos, Dios nos ayudará a poner en práctica esas decisiones. La voluntad es el poder gobernante de nuestra naturaleza humana, que pone a todas las demás facultades bajo su influencia. Los seres humanos son diferentes de la Creación animal.

Por ejemplo, hace algunos años, científicos de una de las grandes universidades de la Costa Este de los Estados Unidos estaban llevando a cabo experimentos con monos. Señalaron que había un área en el cerebro de estos animales que controlaba el placer. Así que, estos científicos conectaron un electrodo a este “centro de placer” en lo profundo del cerebro del mono. Los monos operan en un nivel físico, biológico, no en el nivel humano de la razón o la decisión. Los científicos prepararon un botón que se podía presionar, y cada vez que se presionaba ese botón, una estimulación eléctrica entraba en el área del cerebro del mono que controla el placer. El mono experimentaba la sensación de sentirse realmente feliz. Pusieron al mono en una jaula con el botón para ver qué tan fuerte sentiría la necesidad de experimentar placer. No pasó mucho tiempo hasta que el mono

descubrió la relación del botón con esa sensación de felicidad. Comenzó a presionar el botón repetidamente.

Pusieron un mono hembra en la jaula con él. Ni siquiera la miró; simplemente, siguió presionando el botón. Pusieron comida en la jaula, pero él estaba más interesado en el botón. Nada de lo que hicieran pudo distraerlo del botón y del placer que proporcionaba.

Eso es lo que el diablo trata de hacer con nosotros. Él trata de mantenernos tan enfocados en los placeres y las atracciones de este mundo que tendremos poco interés en el mundo por venir. Pero los seres humanos no son monos. Tampoco somos monos evolucionados. Sin embargo, hay algunas personas que actúan como lo hizo ese mono. Vuelven una y otra vez a las cosas que les traen placeres temporales y fugaces. Estas cosas pueden estar destruyendo su vida, incluso aquí en la Tierra, pero continúan presionando el botón del placer una y otra vez.

Dios bendice la fidelidad de Daniel

Todos los placeres del reino más poderoso de la Tierra en ese momento estaban al alcance de Daniel, pero el versículo 8 dice que tomó una decisión: resolvió no contaminarse con la comida y la bebida del rey. Además, decidió darle a Dios la oportunidad de mostrar su poder. Daniel propuso una prueba.

Entonces Daniel dijo al guarda que el jefe había puesto sobre Daniel, Ananías, Misael y Azarías: “Prueba, te ruego, a tus siervos durante diez días. Danos legumbres a comer y agua a beber. Después compara nuestro rostro con el de los jóvenes que comen la

comida del rey. Y según veas, haz después con tus siervos” (vers. 11–13).

Una razón por la que Daniel decidió que no se alimentaría con la comida del rey ni bebería su vino fue que era una comida pesada y poco saludable, gran parte de la cual era ”impura”, de acuerdo con las regulaciones que Dios había establecido para Israel. Pero, aún más importante, Daniel sabía que este alimento había sido ofrecido a los ídolos de los dioses babilónicos antes de ser servida en la casa real. Consumir esta comida era participar en la ceremonia de idolatría. Daniel no consumiría alimentos que habían sido ofrecidos a los ídolos. Hacerlo sería reconocer la deidad de estos dioses paganos. Sería repudiar al Dios del cielo.

Cuando Daniel se propuso en su corazón servir a Dios, Dios se propuso en su corazón bendecir a Daniel. ¿Cuál fue el resultado de esta prueba de diez días?

Al cabo de los diez días el rostro de ellos se veía mejor y más nutrido que el de los otros jóvenes que comían de la comida del rey. Desde entonces el guarda quitaba la ración y el vino de ellos, y les daba legumbres.

A estos cuatro jóvenes Dios les dio conocimiento e inteligencia en todas las letras y ciencias. Además, Daniel tuvo entendimiento en toda visión y sueños. Al fin del tiempo fijado para llevarlos al rey, el oficial jefe los presentó ante Nabucodonosor. El rey habló con ellos, y entre todos no fueron hallados otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Así quedaron al servicio del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los encontró diez veces

mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino (vers. 15-20).

Dios bendijo la fidelidad de Daniel con salud y sabiduría. Mientras el rey examinaba a los cautivos que había traído de su conquista de Jerusalén, Daniel y sus amigos que habían permanecido fieles a Dios se destacaron en marcado contraste con los jóvenes que habían comprometido sus principios al comer la comida idólatra del rey.

Dios te bendecirá como lo hizo con Daniel

Durante los tres años de entrenamiento, el mayordomo “quitaba la ración y el vino de ellos, y les daba legumbres” (vers. 16). Cuando una persona decide permanecer fiel a lo que sabe que es correcto, siempre habrá cosas que se le quitarán. Pero Dios los reemplazará con cosas que son mejores. Él derramará sus bendiciones en “medida buena, apretada, remecida y rebosante” (Luc. 6:38). A menos que permitas que Dios te quite las cosas que te separan de él, no puedes recibir las ricas bendiciones que tiene reservadas para ti.

Hay tres pasos para recibir las bendiciones de Dios en tu vida, al igual que Daniel y sus amigos.

Primero, toma la determinación de agradar a Dios. Como Daniel, proponte en tu corazón no hacer nada que conscientemente sepas que desagrada a Dios.

Segundo, permite que Dios quite los obstáculos. Cuando Dios señala algún pecado en tu vida, no importa cuánto aprecies esa cosa, no importa cuánto placer te dé presionar ese botón, reconoce que Dios sabe cómo complacerte aún más de lo que tú sabes complacerte a ti mismo. Si haces eso, serás mucho más feliz

en la vida. Permite que Dios quite cualquier obstáculo en tu vida y abra tu corazón para recibir sus ricas bendiciones.

Tercero, confía en el poder y la gracia de Dios que te capacitan para avanzar con la decisión que has tomado de ser fiel a él. Es cierto que somos débiles y que, con nuestra propia fuerza, a menudo somos incapaces de hacer las cosas que sabemos que debemos hacer, las cosas que *queremos* hacer. Incluso el gran apóstol Pablo tuvo este problema. Él dice: “Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero” (Rom. 7:19). ¡Todos podemos identificarnos con Pablo en esto! ¿Cuál es la respuesta? El apóstol continúa diciendo: “¡Miserable de mí! ¿Quién me librará [...]? ¡Gracias doy a Dios por nuestro Señor Jesucristo! (vers. 24, 25). Cuando nos proponemos en nuestro corazón ser fieles a Dios, él nos ayudará. Él nos dará el poder de resistir la tentación y hacer lo que es correcto.

El bien triunfa sobre el mal

El capítulo 1 de Daniel comienza con una gran derrota para el Dios verdadero. La ciudad de Dios, Jerusalén, está en ruinas. El hombre de Dios, Daniel, y sus amigos están en cautiverio. El mal parece haber triunfado sobre el bien. Pero, cuando llegamos al final de este primer capítulo, Daniel y sus amigos han triunfado sobre las tentaciones de Babilonia. Se han mantenido fieles al Dios del Cielo, y Dios ha demostrado su poder en la vida de ellos.

Entre todos no fueron hallados otros como Daniel, Ananías, Misael y Azarías. Así quedaron al servicio del rey. En todo asunto de sabiduría e inteligencia que el rey los consultó, los encontró diez veces mejores que todos los magos y astrólogos que había en todo su reino (vers. 19, 20).

Daniel obtuvo su doctorado en la universidad de Babilonia, sin mancha. Este hombre de Dios fue un testigo incondicional de honestidad e integridad.

Escondidas en el último versículo del capítulo 1 se encuentran las palabras que están llenas de significado: “Y Daniel siguió allí hasta el primer año del rey Ciro” (vers. 21). Los reyes son coronados y luego pierden su reino. Los imperios surgen y caen. Babilonia fue el imperio mundial dominante desde el año 605 a.C. hasta el año 539 a.C. Nabucodonosor fue seguido en el trono por su hijo y su nieto. Pero la Biblia dice que Daniel continuó desde el reino de Babilonia hasta el reino de Medopersia. Durante todos los largos años de su vida, Daniel sirvió a Dios. Como Daniel, hay hombres y mujeres en nuestro mundo de hoy que tienen un deseo supremo en la vida: la pasión de su corazón por servir a Dios. Y, como Daniel, seguirán allí. Los babilonios de este mundo colapsarán como torre realizada con cartas. El falso brillo del secularismo y la impiedad pronto se esfumará como un castillo de arena ante las olas, pero un nuevo Rey está viniendo. Los hombres y las mujeres de Dios que tienen el propósito en su corazón de servirlo pasarán de un reino a otro, y vivirán para siempre jamás. Ese es el mensaje que Daniel capítulo 1 tiene para nosotros hoy. Dios bendecirá a aquellos que tienen el propósito en su corazón de permanecer fieles a él, y ellos vivirán con él para siempre.

Capítulo 2

El Dios que revela el futuro

Daniel 2

En el segundo capítulo de Daniel, Dios nos revela un sueño que le dio a Nabucodonosor, un sueño que predijo el futuro con unos 2.500 años de anticipación. Hoy tenemos problemas para predecir el clima, incluso con unos días de antelación. Cada año, en enero, los periódicos encabezan sus predicciones para los próximos meses, y casi siempre están muy equivocados. ¡Pero lo asombroso de las predicciones encontradas en Daniel 2 es que se han cumplido con precisión durante los últimos 2.500 años! Muchos detalles de este sueño profético ya se han cumplido. Y eso nos da la confianza de que las partes que quedan por cumplir sucederán tal como Dios ha dicho que lo harían. Así que, veamos este sueño increíble y lo que significa para nosotros hoy.

Recuerda, Daniel 1 cierra con Daniel firmemente establecido en el palacio real de Babilonia, como un consejero del rey. Forma parte de un grupo de consejeros y asesores de la corte. Dios le había dado “entendimiento en toda visión y sueños” (Dan. 1:17). Ese entendimiento está a punto de ser puesto a prueba.

Dios habla en un sueño

En el segundo año de su reinado,
Nabucodonosor tuvo un sueño que turbó su
espíritu, y no pudo seguir durmiendo. Y el
rey mandó llamar a magos, astrólogos,
encantadores y caldeos para que le dijeran lo
que había soñado. Vinieron, pues, ante el rey.
El rey les dijo: “Tuve un sueño y mi espíritu

se ha turbado por saber el sueño” (Dan. 2:1-3).

En la antigüedad, los sueños se consideraban una forma importante por medio de la cual los dioses se comunicaban con los seres humanos. Hoy en día, no consideramos los sueños de esa manera. Consideramos que los sueños son fruto, en realidad, de que nuestra mente reúne una variedad de pensamientos, experiencias y otras cosas en una mezcla complicada, a menudo confusa. No pensamos en ellos como si Dios tratara de decirnos algo, pero esa no era la forma en que la gente veía los sueños en los días de Daniel.

El rey Nabucodonosor tuvo un sueño que lo perturbó mucho. Lo despertó y no pudo volver a dormir. Tampoco podía recordar lo que había soñado. Sabía que era importante, pero no podía recordar el sueño. Así que, llamó a su equipo de asesores: los magos, los astrólogos y los hechiceros. “El rey les dijo: ‘Tuve un sueño y mi espíritu se ha turbado por saber el sueño’. Entonces los caldeos dijeron al rey en lengua aramea: ‘¡Rey, para siempre vive! Di el sueño a tus siervos y te daremos la interpretación’ ” (vers. 4). Por supuesto, Nabucodonosor no pudo decirles el sueño, porque no podía recordarlo.

Ahora, podría parecerle que el rey estaba siendo irrazonable. ¿Cómo podía esperar que sus consejeros supieran lo que había soñado?

Pero, eso era exactamente lo que estos “magos”, “astrólogos” y “hechiceros” debían ser capaces de hacer. Se suponía que debían estar en contacto con los dioses. Se suponía que debían ser capaces de saber cosas que la gente común no tenía forma de saber. Se suponía que los dioses debían hablarles y darles una visión y conocimiento especiales. Así que, cuando pidieron

conocer su sueño antes de que pudieran interpretárselo, Nabucodonosor sabía exactamente lo que estaban haciendo. Una vez que conocieran el sueño, podrían llegar a una interpretación que pensarán que lo complacería.

El rey respondió y dijo:

“Veo que están procurando ganar tiempo, pero mi decisión es firme. Si no me cuentan el sueño, una sola sentencia hay para ustedes. Ciertamente prepararán una respuesta mentirosa y perversa, esperando que la situación cambie. Así, díganme el sueño, para que yo sepa que pueden darme su interpretación” (vers. 8, 9).

Daniel entra en escena

Si sus consejeros de gobierno no podían decirle al rey lo que había soñado la noche anterior, ¿cómo podrían decirle lo que sucedería en el futuro? Mientras seguían negociando y tratando de ganar tiempo, el rey se puso furioso. Dio la orden de “matar a todos los sabios de Babilonia. Así se publicó la orden de matar a los sabios; y buscaron a Daniel y a sus compañeros para matarlos” (vers. 12, 13).

Daniel no era uno de estos magos, astrólogos y hechiceros. No era un adivino, pero formaba parte de la élite educada. Él era uno de los consejeros del rey, y el decreto de muerte se aplicaba también a él. Aparentemente, Daniel no estaba en la sala en que se había desarrollado este intercambio entre el rey y estos magos, porque los soldados del rey fueron a buscarlo cuando ejecutaron el decreto de matar a estos consejeros (vers. 13). Él no sabía lo que estaba sucediendo (vers. 15). Pero, cuando se enteró de por qué el rey estaba tan enojado, y con qué urgencia

Nabucodonosor quería saber lo que había soñado y lo que significaba, “Daniel entró y pidió al rey tiempo para mostrarle la interpretación” (vers. 16).

Piensa en lo que implica este versículo. Piensa en la fe que se requirió por parte de Daniel para hacer lo que él hizo. Cuando fue a pedirle tiempo a Nabucodonosor, ¿tenía Daniel alguna idea de lo que el rey había soñado? No, no la tenía. ¿Tenía alguna idea de lo que podría implicar la interpretación del sueño? No. Pero *tenía fe* en que Dios le daría a conocer todo esto. Y Nabucodonosor, también, debió de haber creído que Daniel podía cumplir lo que había prometido.

Luego Daniel volvió a su casa y explicó el caso a sus compañeros Ananías, Misael y Azarías; y los instó a implorar la misericordia del Dios del cielo acerca de este misterio, para que Daniel y sus compañeros no perecieran con los otros sabios de Babilonia. Entonces el misterio fue revelado a Daniel en una visión de noche. Y Daniel alabó al Dios del cielo (vers. 17–19).

Daniel no sabía lo que el rey había soñado, pero conocía a alguien que sí lo sabía. No conocía la interpretación, pero conocía a alguien que sí. Y supo qué hacer. En el lugar secreto de oración, Daniel y sus amigos encontraron la respuesta al dilema que enfrentaban. “Entonces el misterio fue revelado a Daniel en una visión de noche” (vers. 19).

En la crisis al final de la historia de esta Tierra, vamos a enfrentar muchos problemas que nunca podremos superar a menos que sepamos cómo orar. Hay problemas que todos enfrentamos cada día en estos momentos: problemas en nuestro

matrimonio, problemas en nuestro hogar con nuestros hijos, problemas financieros, problemas de salud. Necesitamos llevarlos al Señor en oración. Sí, a veces hay personas que pueden ayudarnos con nuestros problemas cotidianos. Hay médicos y asesores financieros, y consejeros familiares. Tenemos que aprovechar todos estos recursos humanos. Pero, en lugar de esperar hasta que lleguemos a agotar nuestras posibilidades de abordar estas situaciones, es importante reconocer que Dios siempre está allí. Día a día, en el lugar secreto de la oración, podemos recibir la fuerza de Dios para que, cuando los problemas lleguen, tengamos la determinación interna de prosperar en medio de los desafíos de la vida.

No había ningún ser humano que pudiera resolver el problema de Daniel. Y, cuando nos adentremos en la crisis de los tiempos finales, también descubriremos que Dios es la única solución a los problemas que enfrentamos. Al igual que Daniel y sus amigos, necesitaremos “implorar la misericordia del Dios del cielo” (vers. 18). En la crisis de su vida, Daniel encontró la respuesta en el lugar secreto de la oración, y ahí es donde también puedes encontrar tus respuestas.

Daniel explica el sueño

Armado con el conocimiento que había recibido de Dios, Daniel compareció ante el rey y dijo: “El misterio que el rey demanda, ni sabios, ni astrólogos, ni magos, ni adivinos lo pueden revelar. Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios. Él ha mostrado al rey Nabucodonosor lo que ha de suceder en los últimos días” (vers. 27, 28).

Daniel tuvo cuidado de no adjudicarse el crédito de ser capaz de revelar el sueño del rey (ver vers. 30). “Hay un Dios en el cielo —dijo— que revela los misterios”. Habría sido fácil

aumentar su credibilidad y poder para con el rey, señalándose a sí mismo como el que era capaz de hacer lo que ninguno de los otros consejeros del rey podía hacer. Pero Daniel señaló, en cambio, al Dios del Cielo. Con certeza y confianza, anunció: “Hay un Dios en el cielo”. No “tal vez haya”. No “quizás haya”. No “Me parece”. Hay un Dios en el Cielo.

Observa, también, lo que Daniel dice sobre el enfoque del sueño. Dios “ha mostrado al rey Nabucodonosor lo que *ha de suceder en los últimos días*” (vers. 28; énfasis añadido). Así que, sin importar cuándo comienza este sueño, termina “en los últimos días”. Este es un sueño que nos lleva por los pasillos del tiempo hasta los últimos días de la historia de la Tierra. Echemos un vistazo al sueño del rey.

“Rey, tú viste una estatua majestuosa, enorme y muy brillante. Estaba en pie, y su aspecto era terrible. La cabeza de esa estatua era de oro fino; su pecho y sus brazos, de plata; su vientre y sus muslos, de bronce; sus piernas, de hierro; y sus pies, en parte de hierro y en parte de arcilla. Mientras tú mirabas, una piedra fue cortada, sin intervención de ninguna mano, que hirió a la estatua en sus pies de hierro y arcilla, y los desmenuzó. Entonces se desmenuzaron también el hierro, la arcilla, el bronce, la plata y el oro; y se volvieron como el tamo de las eras del verano, que el viento llevó sin dejar rastro alguno. Pero la piedra que hirió a la estatua llegó a ser un gran monte, que llenó toda la tierra” (vers. 31–35).

¿Te imaginas cómo debió de haber reaccionado Nabucodonosor cuando escuchó a Daniel describir su sueño? “¡Sí! Eso es justo lo que vi. ¡Recuerdo ahora esta enorme imagen de diferentes metales, y la roca que vino y la destrozó en pedazos! Ahora empiezo a recordarlo todo”. La Biblia no nos dice la reacción del rey, pero debió haber sido algo así. Había estado tan preocupado por este sueño que no podía recordarlo. Sabía que era importante, pero se mantuvo atormentadoramente fuera del alcance de su memoria. Ahora Daniel lo había ayudado a que pudiera recordarlo. Pero, por supuesto, la pregunta realmente importante era: ¿Qué significa? ¿Cuál es su interpretación? Ahora, algunas personas dicen que la profecía bíblica es solo un asunto de interpretación personal, que podemos hacer que una profecía aluda a cualquier hecho que queramos que señale. Podemos leer en ella lo que queramos. Pero ¿no tiene sentido que el Dios que dio la profecía también provea la interpretación correcta de la profecía? ¿No sería una conclusión lógica? Si Dios le dio a Nabucodonosor un sueño que se aplica a los últimos días, ¿no sería lógico que la explicación del sueño que mencionó Daniel provenga del mismo Dios que entregó esa profecía? Así que, veamos cómo Dios interpretó el sueño que le dio a Nabucodonosor y luego explicó a Daniel.

Babilonia, la cabeza de oro

Daniel comienza diciendo:

“Tú, rey, eres rey de reyes, porque el Dios del cielo te ha dado reino, poder, fuerza y majestad. Y dondequiera que habitan los hombres, las bestias del campo y las aves del cielo, él los ha entregado en tu mano y te ha dado dominio sobre todo. Tú eres esa cabeza de oro” (vers. 37, 38).

¿Quién estaba representado por la cabeza de oro: Nabucodonosor o el reino de Nabucodonosor? El texto dice: “Tú eres esa cabeza de oro” (vers. 38; énfasis añadido), refiriéndose al anillo de Nabucodonosor. Pero, vayamos más allá. Como veremos en los siguientes versículos de la interpretación, los metales restantes de la imagen representan reinos, no los gobernantes individuales de esos reinos. Así que, tiene sentido entender que, cuando Daniel le dijo a Nabucodonosor: “Tú eres esa cabeza de oro”, se estaba refiriendo principalmente al reino de Babilonia, sobre el que Nabucodonosor gobernaba. Dios estaba dando a Nabucodonosor un resumen de la historia del mundo y de los sucesivos reinos que serían poderes mundiales desde sus días hasta el fin de los tiempos. Los cuatro metales de la imagen, en valor descendente, representan cuatro grandes reinos del mundo. El primero, la cabeza de oro, representa a Babilonia. La interpretación de Daniel de la imagen no nombra los reinos que seguirían a Babilonia en el escenario mundial. Pero el capítulo 8 de Daniel identifica a dos de ellos como Medopersia y Grecia.

Mientras Nabucodonosor escuchaba con gran atención, Daniel continuó con la interpretación que había recibido de Dios. “Tú, rey, eres rey de reyes [...]. Después de ti se levantará otro reino inferior al tuyo, y un tercer reino de bronce que dominará toda la tierra” (vers. 37, 39).

La cabeza de oro representa a Babilonia. El pecho y los brazos de plata de la imagen representan el siguiente reino mundial después de Babilonia, y ese reino fue Medopersia. Los muslos de bronce representan a Grecia, la nación que seguiría a Medopersia. Entonces, la Biblia dice que habría un cuarto reino mundial representado por las piernas y los pies de hierro de la imagen.

“Y el cuarto reino será fuerte como el hierro; y así como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará a todos. Y los pies y los dedos que viste, en parte de arcilla y en parte de hierro, será un reino dividido; y así como viste el hierro mezclado con la arcilla, tendrá algo de la fortaleza del hierro. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de arcilla, el reino será en parte fuerte y en parte frágil. Y eso que viste, el hierro mezclado con la arcilla, significa que se mezclarán por medio de casamientos pero no se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se mezcla con la arcilla” (vers. 40-43).

¿Qué reino nos dice la historia que siguió a Grecia como potencia mundial? Roma. El imperio de hierro de Roma gobernó al mundo después de Grecia. La historia se ha desarrollado tal como el sueño de Nabucodonosor predijo, siguiendo el plan que Dios dio siglos antes. Repasemos la milagrosa exactitud de esta profecía.

Babilonia, representada por la cabeza de oro, gobernó al mundo entre los años 605 y 539 a.C. El oro era un símbolo muy apropiado para Babilonia. La riqueza de Babilonia no tenía parangón. De hecho, Marduk, el dios de Babilonia, estaba sentado en un trono dorado, junto a una mesa dorada, contiguo a un candelabro dorado, en un templo con cúpula dorada. El profeta Jeremías describió a Babilonia como “una copa de oro [...] en la mano del Señor” (Jer. 51:7).

Medopersia, el pecho y los brazos de plata

Pero entonces otro imperio iba a suceder a Babilonia: Medopersia, simbolizado por el pecho y los brazos de plata. Los medos y los persas derrocaron a Babilonia en el año 539 a.C.

Babilonia era un imperio tan poderoso que parece impensable que pudiera ser derrocado. Su capital tenía muros de más de treinta metros de alto y lo suficientemente anchos como para que dos carros transitaran, lado a lado, por la parte superior. El río Éufrates corría a través de la ciudad de Babilonia, lo que le proporcionaba un suministro de agua constante. En aquellos días, cuando una nación atacaba a otra, sus soldados rodeaban la ciudad enemiga y la sitiaban, impidiendo que entrara comida. Los historiadores más confiables nos dicen que Babilonia tenía un suministro de alimentos como para sobrevivir unos veinte años dentro de la ciudad. Era una ciudad bien fortificada, que parecía invencible. El río Éufrates lo abastecía con su agua dulce. Sus ejércitos comprendían una de las fuerzas combatientes más grandes y fuertes del mundo antiguo. Su riqueza era incomparable, y sus fortificaciones parecían invencibles.

Entonces, ¿cómo cayó Babilonia en manos de Medopersia? Veamos una asombrosa profecía en el libro de Isaías. En esta profecía, Dios no solo mencionó por nombre al líder que derrocaría a Babilonia, sino también la estrategia que usaría para vencer a la ciudad:

“Así dice el Señor a su ungido, a Ciro, a quien tomó por su mano derecha para sujetar naciones ante él y desatar lomos de reyes; para abrir puertas ante él, puertas que no se cerrarán: Yo iré delante de ti [...] romperé cerrojos de hierro” (Isa. 45:1, 2).

“Así dice el Señor [...] Que digo a las aguas profundas: ‘Séquense’, y sus ríos se secan. Que

digo de Ciro: ‘Es mi pastor, cumplirá todo lo que quiero’ ” (Isa. 44:24–28).

¡Más de cien años antes de que Ciro naciera, Dios lo mencionó por nombre como aquel que derrocaría a Babilonia! Los videntes pueden hacer conjeturas; los astrólogos y los magos pueden arrojar sus especulaciones ociosas, ¡pero Dios *lo sabe!* La profecía no hace conjeturas, porque mira hacia el futuro con los ojos del Dios que todo lo ve.

En 539 a.C., Ciro, el gobernante persa, y Darío el Medo, de la coalición del Imperio Medopersa, dirigieron sus ejércitos para derrocar a Babilonia. Más de un siglo antes, Dios había dicho que esto sucedería. Él conoce el futuro. ¿Cómo sucedió la caída de Babilonia?

El río Éufrates atravesaba Babilonia. Y, donde se entraba y salía de la ciudad, había enormes puertas que podían cerrarse para sellar la ciudad a los invasores. Pero Ciro cavó grandes afluentes, o canales, río arriba de la ciudad. Desvió el río hacia estos canales, lo que detuvo el flujo de agua del río. Luego marchó con sus soldados por el lecho vacío del río, por debajo de las puertas de la ciudad.

Pero Babilonia también tenía muros a lo largo del río dentro de la ciudad para tal emergencia. Cualquiera que atravesara las principales murallas de la ciudad, por donde entraba el río, todavía tenía que pasar estas murallas interiores a lo largo de las orillas del río dentro de la ciudad. La noche del ataque de Ciro, las “puertas dobles” de estas paredes interiores se habían dejado abiertas, porque se estaba celebrando un banquete en el que todos se habían emborrachado. Y así el río se secó, las puertas fueron dejadas abiertas, y Ciro entró en la ciudad y la derrocó.

Dios había predicho todo esto más de un siglo antes, ¡incluso mencionando a Ciro por su nombre! La profecía no hace estimaciones. Medopersia siguió a Babilonia como el imperio mundial dominante, tal como Daniel le dijo al rey Nabucodonosor que lo haría. Tuvo su supremacía entre los años 539 y 331 a.C.

Grecia, el vientre y los muslos de bronce

Daniel continuó su interpretación del sueño del rey. Un tercer reino mundial surgiría, dijo, simbolizado por el vientre y los muslos de bronce de la imagen. La nación de Grecia gobernó el mundo desde el año 331 a.C. hasta 168 a.C.

El poderoso líder griego Alejandro Magno, con 32 años, expandió el Imperio Griego por toda la región mediterránea. Brillante estratega militar, guerrero despiadado y luchador implacable, Alejandro mismo a menudo lideraba a sus soldados en el combate. Para cuando Alejandro tenía 33 años, Grecia era una potencia mundial dominante. Nación tras nación cayeron antes de sus ataques. Un historiador afirma que Alejandro se lamentó porque no había más mundos que conquistar. La historia estaba siguiendo el esquema trazado por la profecía.

Alejandro planeaba reconstruir la torre del templo en Babilonia. Quería hacer de Babilonia una capital provincial. Durante dos meses, diez mil hombres trabajaron para limpiar los escombros de Babilonia. Entonces Alejandro murió repentinamente, debilitado por la malaria y vencido por el alcohol, y el proyecto fue abandonado.

Alejandro y Jesús murieron a los 33 años. Cuando Jesús tenía 33 años, colgó de una cruz, atravesado por clavos en sus manos y sus pies, y con una corona de espinas en su cabeza. Uno tenía todos

los reinos de este mundo, pero murió sin tener nada de valor real; el otro no tenía nada en este mundo, pero murió victorioso, teniendo todo lo de valor real. Cuando llegamos a nuestro último día y miramos a la muerte a la cara, solo una cosa realmente importa: conocer a Dios. Lo único que importa, entonces, es la seguridad de que tu vida está segura en sus manos y que vivirás para siempre con él en su Reino. Alejandro no tenía esa seguridad. Se fue a la tumba sin conocer la paz que proviene solo de esta relación personal e íntima con el Creador del Universo. Hay un sentido de satisfacción interior y gozo profundo en la seguridad de que hay un Dios en el Cielo que está guiando los asuntos de tu vida. Cuando tienes la certeza de que no eres una mota de polvo cósmico en el Universo, sino que eres creado a imagen de Dios y tienes un valor incalculable ante su vista, tu vida adquiere una nueva profundidad de significado.

Roma, las piernas de hierro

Grecia, a su vez, se desvanecería y daría lugar a otro reino mundial. En el año 168 a.C., Roma, el “imperio de hierro”, conquistó Grecia en la batalla de Pidna, lo que marcó su ascenso al dominio mundial. La historia mundial había alcanzado el punto cúlmine en el sueño de Nabucodonosor, representado por la porción de hierro de la gran imagen. Los romanos unieron su imperio con un sistema de caminos romanos, el culto a los dioses romanos, la cultura romana, los gobernadores romanos, y un fuerte y despiadado ejército romano que inmediatamente suprimió toda oposición. Roma gobernó con puño de hierro.

Edward Gibbon escribió en su libro de renombre mundial *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano*: “Las imágenes de oro, plata o bronce, que podrían servir para representar a las naciones y sus reyes, fueron rotas con éxito por la monarquía de hierro de Roma”. ¿No es sorprendente que el historiador use las

mismas palabras de la profecía bíblica para describir estas piernas de hierro?

Cabe destacar que la imagen que el rey vio en su sueño estaba compuesta por diferentes metales: oro, plata, bronce y hierro, en orden descendente de valor. Los pies de la imagen estaban hechos de hierro mezclado con barro. ¿Podría esto decirnos que el mundo se está volviendo cada vez más inestable? Económicamente, las naciones se tambalean al borde del desastre financiero. El calentamiento global impacta gravemente nuestro medio ambiente. Las tormentas asesinas son cada vez más frecuentes. El crimen y la violencia están aumentando, y los tiroteos en las escuelas se han convertido en algo común. Las naciones que poseen armas nucleares están haciendo que nuestro mundo sea cada vez menos seguro.

Además, los valores morales y los principios éticos se están deteriorando rápidamente. La Biblia advierte de un tiempo así en los últimos días. El apóstol Pablo dice:

Esto ten en cuenta: En los últimos días
vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres
amantes de sí mismos, avaros, vanagloriosos,
soberbios, blasfemos, desobedientes a los
padres, ingratos, impíos, sin afecto natural,
desleales, calumniadores, intemperantes,
crueles, aborrecedores de lo bueno,
traidores, arrebatados, infatuados, amantes
de los placeres más que de Dios, que tendrán
apariencia de piedad, pero negarán su
eficacia (2 Tim. 3:1-5).

La profecía de Daniel 2 predice una sucesión de cuatro reinos mundiales que seguirían uno al otro: Babilonia, Medopersia,

Grecia y Roma. Cuatro reinos; no cinco ni seis, sino cuatro. Esta profecía no es una predicción general, vaga, como muchas de las que encontramos en los periódicos sensacionalistas. Es exacta y específica: cuatro reinos mundiales. El libro de Daniel incluso menciona por nombre a tres de ellos: Babilonia, Medopersia y Grecia (Dan. 2:36-38; 8:19-21). ¿Qué dice la profecía que sucederá después del imperio de hierro de Roma?

“Y el cuarto reino será fuerte como el hierro; y así como el hierro desmenuza y rompe todas las cosas, desmenuzará y quebrantará a todos. Y los pies y los dedos que viste, en parte de arcilla y en parte de hierro, será un reino dividido; y así como viste el hierro mezclado con la arcilla, tendrá algo de la fortaleza del hierro. Y por ser los dedos de los pies en parte de hierro y en parte de arcilla, el reino será en parte fuerte y en parte frágil. Y eso que viste, el hierro mezclado con la arcilla, significa que se mezclarán por medio de casamientos pero no se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se mezcla con la arcilla” (vers. 40-43).

Los pies de hierro y arcilla

Nota que esta profecía dice que no habría un quinto imperio que gobernaría el mundo después de Roma. Pero ¿qué revela la profecía que sucedería después de Babilonia, la cabeza de oro; Persia, el pecho y los brazos de plata; Grecia, los muslos de bronce; y Roma, las piernas de hierro? Si hiciéramos una deducción informada, basada en una lógica simple, probablemente predeciríamos más de lo mismo. Podríamos

suponer que surgirían naciones adicionales descritas por metales adicionales. Es lógico suponer que después de cuatro naciones gobernantes, habría una quinta, una sexta y una séptima, y así sucesivamente. La marcha de la historia continuaría. Pero aquí nos deparamos con una sorpresa.

¿Qué sabemos sobre la caída de la cuarta nación en la secuencia, Roma? ¿Fue Roma conquistada por un quinto gran imperio? ¡No! Quedó rota y dividida. Esto es exactamente lo que el sueño de Nabucodonosor predijo. El hierro no fue seguido por otro metal poderoso, sino por pies y dedos de arcilla y hierro, dos cosas que no se pegarán en absoluto. Daniel 2:41 declara: “Y los pies y los dedos que viste, en parte de arcilla y en parte de hierro, será un reino dividido”.

¿Contrario a la lógica? Sí, definitivamente, pero sucedió justo como la Biblia lo predijo: varias tribus bárbaras invadieron desde el norte, atacaron el Imperio Romano, y lo destrozaron. Los francos conquistaron y luego se establecieron en la zona que ahora conocemos como Francia. Los anglosajones invadieron Inglaterra. Los alamanes invadieron Alemania. Los hérulos ocuparon Italia. Los visigodos dominaron el sur de España. Los suevos se establecieron en Portugal, y los vándalos se establecieron en el norte de África. El antiguo Imperio Romano quedó dividido tal como la profecía pronostica, y el mapa de Europa hoy refleja en parte estas antiguas divisiones. Aunque las fronteras de los países han cambiado debido a guerras posteriores a lo largo de los siglos, el estado dividido de Europa todavía refleja la exactitud de esta antigua profecía.

La profecía de Daniel declara que el reino de hierro sería dividido, y eso es justo lo que sucedió. Entre los años 351 y 476 d.C., Roma se desmoronó a causa de la indolencia, la corrupción y la inmoralidad que la carcomían por dentro. Roma se

fracturaría en numerosos reinos simbolizados por los diez dedos de los pies. Durante los siglos IV y V (351 a 476), invasores bárbaros del norte se abalanzaron sobre el decadente Imperio Romano, dando golpe tras golpe. Eventualmente, numerosas naciones independientes se establecieron dentro de los límites de lo que hoy es Europa occidental. Algunos de estos eran fuertes como el hierro; otros eran frágiles y débiles como la arcilla, tal como la profecía predijo. Estos se convirtieron en los precursores de las naciones modernas de Europa. Los dedos de los pies de la estatua, de hierro mezclado con arcilla, representan estas naciones en las que se dividió el Imperio Romano. La profecía fue cumplida de manera literal, y la historia nuevamente armoniza con lo que Dios predijo. La historia siguió el esquema bíblico.

Nota el versículo 43: “Y eso que viste, el hierro mezclado con la arcilla, significa que se mezclarán por medio de casamientos, pero no se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se mezcla con la arcilla”. Habría intentos de reunir a estas naciones de una Roma dividida y reunir las en una sola potencia mundial. Se mezclarían “por medio de casamientos”. La historia de Europa es una historia de reyes que surgen e intentan casar a sus hijos y sus hijas con los hijos de reyes de otras naciones poderosas, para unirse y formar grandes conglomerados familiares que podrían dominar toda Europa. En varias ocasiones a lo largo de la historia, muchos de los gobernantes de Europa estuvieron estrechamente relacionados entre sí. Otros, como Napoleón y Hitler, trataron de unir a las naciones de Europa en un solo imperio por medio de la guerra y la conquista. Pero todos estos intentos de crear un quinto imperio mundial han fracasado. La Palabra de Dios dijo: “No se unirán el uno con el otro, así como el hierro no se mezcla con la arcilla” (vers. 43).

Esas palabras han detenido a todos los aspirantes a gobernantes de un quinto imperio mundial. Durante un tiempo, parecía que el comunismo se estaba extendiendo más allá de los límites de Rusia, hacia Ucrania, Hungría, Polonia, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia. Pero también se detuvo. ¿Por qué? Porque la Palabra de Dios dice: “No se unirán el uno con el otro”. La profecía no hace conjeturas acerca del futuro, ni se fundamenta en deseos o esperanzas. Es cierta porque Dios está guiando el destino de las naciones.

La roca que rompe en pedazos la estatua

Ahora, nota el gran clímax de la profecía de Daniel 2:

“Y en los días de estos reyes, el Dios del cielo establecerá un reino que nunca jamás será destruido ni será entregado a otro pueblo; desmenuzará y dará fin a todos esos reinos, y él permanecerá para siempre. Por eso viste que una piedra fue cortada del monte sin mano alguna y desmenuzó el hierro, el bronce, la arcilla, la plata y el oro. El gran Dios ha mostrado al rey lo que ha de suceder en el futuro; el sueño es verdadero y su interpretación es cierta” (vers. 44, 45).

La roca cortada del monte sin manos representa claramente el Reino eterno de Jesucristo. La profecía dice que el Reino de Dios se establecerá “en los días de estos reyes”: las naciones de la Europa moderna que se formaron a partir de las divisiones del Imperio Romano. Vivimos hoy, no en la cabeza de oro, ni en el pecho y los brazos de plata, ni en los muslos de bronce, ni en las piernas de hierro, ni siquiera en los días de los pies de hierro y arcilla. ¡Estamos viviendo en las uñas de los pies de la historia!

Estamos viviendo en los días justo antes de que la Roca golpee los reinos de este mundo y los rompa en pedazos para que el Dios del Cielo pueda establecer su Reino eterno de paz y justicia.

Este mundo no terminará en un gran holocausto nuclear. Este mundo no terminará con una hambruna abrumadora. Este mundo no terminará con un terremoto masivo. No terminará con alguna catástrofe humana. Babilonia surgió y cayó. Medopersia surgió y cayó. Grecia surgió y cayó. Roma surgió y cayó. El Imperio Romano quedó dividido. Los líderes políticos intentaron unir a Europa. No lo lograron. Durante 2.500 años, esta profecía ha sido exacta en cada detalle preciso. Y Dios dice que el siguiente evento en la profecía es la roca cortada sin manos que impactará la estatua: su Reino eterno.

A lo largo de la Biblia, Jesucristo es simbolizado como la gran Roca de los siglos. Es sólido e inamovible. Él es permanente y eterno. Babilonia tuvo su momento bajo el sol de la fama y la gloria. También lo tuvieron Medopersia, Grecia y Roma. Pero esos reinos han llegado y se han ido. El Reino eterno de Cristo está en camino. Estamos viviendo al final de los tiempos. Las palabras de Daniel al antiguo rey de Babilonia hablan en tonos de trompeta a esta generación: “El sueño es verdadero y su interpretación es cierta”. Para una generación que busca respuestas con respecto al futuro, la Palabra de Dios presenta certeza. El Reino de Dios pronto será establecido. El sufrimiento terminará pronto. Los reinos de esta Tierra darán paso al Reino de Dios.

Cuando Daniel terminó de interpretar el sueño del rey, Nabucodonosor “se postró sobre su rostro” ante el profeta y proclamó: “Realmente el Dios de ustedes es Dios de dioses, Señor de los reyes, que revela los misterios” (vers. 47). Hizo a Daniel “jefe supremo de todos los sabios de Babilonia” (vers. 48). A su

favor, Nabucodonosor aceptó esta palabra del Dios del Cielo. Una vez más, la fidelidad de Daniel a su Dios había tenido un impacto en el gobernante pagano de Babilonia, aunque no sería duradera, como veremos en Daniel capítulo 3.

Capítulo 3

El Dios que libera a su pueblo

Daniel 3

Hay una gran desconexión entre los versículos finales del capítulo 2 y el primer versículo del capítulo 3. No sabemos cuánto tiempo transcurrió entre el registro de estas dos historias. Probablemente no haya sido un período largo, pero fue lo suficientemente distante como para que el rey Nabucodonosor comenzara a cambiar de opinión sobre el sueño y su significado, según lo había explicado Daniel. Nabucodonosor había quedado muy impresionado al escuchar que Daniel le señaló el sueño que él no podía recordar y al percibir que este captó la interpretación. Él “se postró sobre su rostro” y declaró públicamente: “Realmente el Dios de ustedes es Dios de dioses, Señor de los reyes, que revela los misterios” (Dan. 2:46, 47). Parecía aceptar que el Dios de Daniel le estaba mostrando el futuro.

Pero es probable que el rey luego haya comenzado a pensar en el hecho de que su reino iba a ser reemplazado por otro. Le gustaba la idea de ser la cabeza de oro, pero que otro reino reemplace a Babilonia era otro asunto. Leemos en el versículo inicial del capítulo 3: “el rey Nabucodonosor hizo una estatua de oro de sesenta codos (27 m) de altura y seis codos de ancho. Y la levantó en el campo de Dura, en la provincia de Babilonia” (Dan. 3:1).

Nabucodonosor desafía a Dios

La diferencia entre la estatua que Nabucodonosor vio en su sueño y la que erigió en la llanura de Dura es obvia. La estatua que el rey vio en su sueño tenía una cabeza de oro, pero el resto estaba hecho de plata, bronce, hierro y arcilla. La estatua que el rey erigió era toda de oro. La declaración que Nabucodonosor estaba haciendo también era obvia. Babilonia duraría para siempre; ningún otro reino tomaría su lugar. Daniel le había dicho al rey que la piedra que vio en su sueño representaba el Reino eterno de Dios, que reemplazaría a todos los reinos de la Tierra. Pero Nabucodonosor no quiso aceptar eso. Dios le había dado un mensaje en un sueño. Había quedado impresionado en ese momento, pero ahora estaba decidido a no aceptarlo. La estatua de Daniel 2 era la estatua de Dios. La estatua del capítulo 3 era la estatua de Nabucodonosor. Una fue la descripción precisa de Dios del futuro. En la otra, un hombre expresaba rebelión y resistencia a la voluntad de Dios.

La estatua que el rey Nabucodonosor erigió medía 60 codos de alto y 6 codos de ancho. En otras palabras, era 10 veces más alta que ancha. Esa es una proporción bastante inusual. La Estatua de la Libertad mide 46 metros de alto y 10 metros de ancho en la cintura. Eso es un poco más de 4 veces más alta que ancha. La estatua del Cristo Redentor, que se erige sobre Río de Janeiro, mide unos 30 metros de alto y 8 de ancho, o unas 3 veces y media más alto que ancho. La famosa estatua de Miguel Ángel, *David*, es un poco más de 2 veces y media más alta que ancha (aproximadamente 5 metros de alto y 2 metros de ancho). ¡Pero la estatua dorada de Nabucodonosor es 10 veces más alta que ancha! Se estima que un codo bíblico equivalía a unos 45 a 53 centímetros. Así que, la estatua del rey habría medido unos 27 a 32 metros de altura y solo 2,75 a 3,20 metros de ancho. Habría sido una estatua inusualmente delgada, con una excepción. Las medidas dadas en la Biblia muy probablemente incluían la base

de la estatua. Tomar en cuenta una base de aproximadamente 9 metros haría que la estatua fuera perfectamente proporcional.

Nabucodonosor señaló su desafío al mensaje de Dios con una estatua completamente de oro.

Pero eso no fue todo.

Y el rey llamó a los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, presidentes y a todos los oficiales de las provincias para que viniesen a la dedicación de la estatua que había levantado. Se reunieron, pues, los sátrapas, magistrados, capitanes, oidores, tesoreros, consejeros, jueces y todos los oficiales de las provincias a la dedicación de la estatua que el rey Nabucodonosor había levantado; y estaban en pie ante ella. Entonces el pregonero anunció: “Se les manda a ustedes, pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, se postren y adoren la estatua de oro que el rey Nabucodonosor levantó” (vers. 2-5).

A todos los que ostentaban algún puesto en el reino y sus provincias se les ordenó asistir a la gran dedicación de la imagen dorada, y postrarse y adorarla. Si no recibías una invitación, eras un don nadie sin alguna posición de prominencia en el imperio. Adorar la imagen de oro de Nabucodonosor implicaba la lealtad de la persona hacia el rey. También significaba que la persona se estaba uniendo al rey en su desafío al mensaje de Dios sobre el

futuro, y que él o ella estaba eligiendo adorar a un ídolo en lugar de al Dios del Cielo.

La falsificación era una imagen de oro erigida por un hombre y no por Dios, y todos los gobernantes que representaban a su pueblo habían venido a la llanura de Dura por orden del rey. La llanura de Dura era plana —podías contemplar el horizonte por kilómetros— y esta enorme imagen dorada sobresalía contra el horizonte en marcado relieve, brillando mientras el sol hacía relucir el oro. Nadie podía dejar de notar este monumento a la gloria del rey; no una estatua con una cabeza dorada, sino una estatua entera hecha de oro, de la cabeza a los pies.

Dios le había dicho a Nabucodonosor: “Tú eres esa cabeza de oro. Después de ti se levantará otro reino”. Por sus acciones, Nabucodonosor declaró: “De ninguna manera. No acepto tu interpretación. Mi camino es mejor que el tuyo. Mi reino, Babilonia, durará para siempre”.

De hecho, excavaciones arqueológicas recientes en Babilonia han descubierto una tablilla de arcilla firmada por Nabucodonosor. Los arqueólogos la consideran auténtica. La tablilla dice: “Oh Babilonia, el deleite de mis ojos, la excelencia de los reinos, que ella, mi reino Babilonia, dure para siempre”. Una vez más, la pala del arqueólogo ha corroborado el testimonio de la Escritura. Nabucodonosor estaba determinado a que la profecía de Dios sobre Babilonia no ocurriera de esa forma.

Nota el versículo 6: “El que no se postre y la adore, en el acto será echado dentro de un horno de fuego ardiente”.

Examinemos cuidadosamente los problemas que estaban sucediendo aquí en la llanura de Dura. Un poderoso gobernante

mundial, Nabucodonosor, aprobó un decreto universal de obediencia forzada. Él declaró: “Se les manda a ustedes, pueblos, naciones y lenguas” (vers. 4). El tema central era la adoración. Todos se vieron obligados a adorar la imagen. Para los tres amigos hebreos de Daniel (Sadrac, Mesac y Abed-nego), esta imagen falsa estaba en oposición directa a la verdad de Dios. Para ellos, este fue un gran momento de angustia, más grande que cualquiera que hubieran experimentado. Su vida estaba en juego. No inclinarse significaba una muerte segura. Pero, como veremos, estos tres hebreos tenían una fe que desafiaba la muerte.

Una confederación político-religiosa

En Daniel 3, encontramos un poderoso líder mundial que ordena y obliga adorar a una imagen falsificada. En Babilonia, la Iglesia y el Estado estaban unidos. Nabucodonosor no solo gobernó políticamente, sino también ejerció autoridad religiosa. Él ordenó lealtad absoluta de la población. Al estudiar las profecías de la segunda mitad del libro de Daniel, veremos las predicciones divinas de que un poder religioso-político surgirá al final de los tiempos, y también ejercerá autoridad espiritual y exigirá lealtad en oposición a Dios. Las profecías predicen una crisis en los últimos días sobre el tema de la adoración y la autoridad espiritual. El pueblo de Dios enfrentará una prueba mortal de lealtad.

La historia que leemos aquí en Daniel 3 no solo sucedió realmente, sino también ilustra los problemas que el pueblo de Dios enfrentará al final de los tiempos. El libro de Apocalipsis, en el Nuevo Testamento, es la contraparte profética, el complemento, del libro de Daniel en el Antiguo Testamento. Apocalipsis declara que los problemas descritos en Daniel se

repetirán al final de los tiempos. Hablando de este poder religioso-político que surgirá, Juan escribió:

Ejercía toda la autoridad de la primera bestia en presencia de ella; y hacía que la tierra y sus habitantes adorasen a la primera bestia, cuya herida mortal fue sanada.[...] Se le permitió infundir aliento a la imagen de la primera bestia, para que la imagen pudiera hablar y dar muerte a todo el que no adore a la imagen de la bestia (Apoc. 13:12-15).

Estudiaremos estos versículos y sus símbolos con más detalle cuando abordemos el libro de Apocalipsis. Pero podemos ver en Apocalipsis 13 que este poder representa una autoridad poderosa que hace que la Tierra adore una imagen que ha establecido, y que decreta la muerte a cualquiera que se niegue a hacer lo que ordena. Los problemas aquí son los mismos que los de la llanura de Dura: adorar al poder opuesto a Dios o ser ejecutado. Existe un marcado paralelo entre Daniel 3 y Apocalipsis 13. Uno describe una imagen del poder de Nabucodonosor; el otro describe una imagen del poder de la bestia. Ambos describen el culto falso y forzado, representando la desobediencia a Dios. Y, en ambos casos, aquellos que no se postren en adoración, serán asesinados.

Hubo una prueba sobre la adoración, la obediencia y los mandamientos de Dios en los días de Daniel. Una prueba similar con respecto a la adoración, la obediencia y los mandamientos de Dios ocurrirá en los últimos días. Una vez más, un poderoso gobernante mundial aprobará un decreto universal que unirá la Iglesia y el Estado. La imagen de oro en la llanura de Dura era un signo de la autoridad de Babilonia, y la adoración a esa imagen constituía la adoración a Babilonia. Así también, en el momento

del fin, habrá una señal, o marca, de la autoridad de un poder resultado de la unión entre Iglesia y Estado. Y aquellos que se nieguen a seguir este Estado-Iglesia y adoren la imagen que establece enfrentarán la muerte. En ese momento, el pueblo de Dios necesitará tener una fe que desafíe la muerte y una lealtad inquebrantable a Dios, como las mostradas por Sadrac, Mesac y Abed-nego.

En la llanura de Dura, Nabucodonosor ordenó: “Se les manda a ustedes, pueblos, naciones y lenguas, que al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, se postren y adoren la estatua de oro”.

“Por eso, al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, todos los pueblos, naciones y lenguas se postraron, y adoraron la estatua de oro que el rey Nabucodonosor había levantado” (Dan. 3:7). Todos, en esa vasta multitud que rodeaba la imagen de oro, cayeron sobre sus rostros en obediencia al mandato del rey y adoraron la imagen, excepto tres jóvenes hebreos: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Los funcionarios que estaban cerca de ellos estaban más que felices de informar su desobediencia al rey.

Dijeron al rey Nabucodonosor: “Rey, para siempre vive. Tú ordenaste que todo hombre, al oír el son de la bocina, la flauta, el tamboril, el arpa, el salterio, la zampoña y todo instrumento músico, se postre y adore la estatua de oro. Y el que no se postre y adore, sea echado dentro de un horno de fuego ardiente. Hay unos varones judíos, que tú pusiste sobre los negocios de la provincia de Babilonia: Sadrac, Mesac y Abed-nego. Rey, esos varones no te han respetado; no adoran

a tus dioses ni honran la estatua de oro que tú levantaste” (vers. 9–12).

La Biblia dice que la reacción de Nabucodonosor a esta información fue rabia y furia. Pero él no estaba dispuesto a tomar la acusación de sus funcionarios a primera vista. Quizá sospechara que estaban celosos de estos cautivos hebreos a quienes había elevado a puestos de responsabilidad. Tal vez recordara la prueba que estos tres jóvenes habían pasado cuando estaban preparados para servir, y la manera en que habían pasado esa prueba y habían resultado “diez veces mejores” (Dan. 1:20) que aquellos que comieron su comida y bebieron su vino. Tal vez Nabucodonosor estuviera lo suficientemente intranquilo por desafiar el sueño de Dios como para darles a Sadrac, Mesac y Abed-nego una segunda oportunidad. En cualquier caso, decidió escuchar por sí mismo lo que tenían que decir en su defensa.

En esto, el rey mostró más juicio que nosotros a veces. ¿Alguna vez has oído que alguien dijo que alguien más había dicho algo negativo sobre ti? Es tan fácil creer el rumor y tan difícil ir a esa persona y averiguar la verdad. Muchos problemas en las relaciones humanas se resolverían si siguiéramos el ejemplo de Nabucodonosor en esto.

Fe que desafía la muerte

Entonces el rey, lleno de ira y enojo, hizo traer a Sadrac, Mesac y Abed-nego delante de él, y mirándolos a los ojos dijo: “¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que ustedes no honran a mi dios, ni adoran la estatua de oro que levanté?” (Dan. 3:14). Les estaba dando el beneficio de la duda. “Te di una oportunidad una vez, pero no me presiones. No pruebes mi paciencia. Cuando la banda vuelva a sonar, ¿será mejor que te postres esta vez y adores la imagen!”

La respuesta de estos jóvenes contiene una valiosa lección para nosotros hoy. “Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor: ‘Acercas de esto no necesitamos responderte’ ” (vers. 16).

Algunas decisiones en la vida necesitan ser resueltas antes de que seamos puestos a prueba. Sadrac, Mesac y Abed-nego obedecieron al rey todo lo que pudieron. Fueron a la dedicación, porque él se lo ordenó. Pero ya habían decidido que no iban a ceder a traicionar su conciencia y adorar la imagen. Serían leales a Dios. Ellos respondieron: “Oh rey, no necesitamos pensarlo mucho. No tienes que darnos una segunda oportunidad. Ya hemos pensado mucho en esta situación, y nos hemos decidido. Permaneceremos fieles a Dios. Puedes arrojarnos al horno de fuego, pero no adoraremos tu imagen de oro”.

No creo que dijeran esto con un tono de voz arrogante y desafiante. Creo que estaban tratando de ayudar al rey a ver el dilema en el que los había metido y por qué no podían obedecerlo. Ellos explicaron el razonamiento detrás de su decisión: “Nuestro Dios, a quien honramos, puede librarnos del horno de fuego; y de tu mano nos librarás. Y aunque no nos libraras, sepas que no adoraremos a tu dios ni la estatua que has levantado” (vers. 17, 18). Sadrac, Mesac, y Abed-nego preferirían morir creyendo en Dios antes que renunciar a las convicciones de su conciencia.

Algunas personas tienen la idea de que la fe es algo así como magia o un amuleto de buena suerte; que si oras y crees lo suficiente, nunca te enfermas, nunca te quedas endeudado, o nunca te desanimas. Toda su idea es que la fe es como una tarjeta de “salir de la cárcel gratis” que puedes presentar, y Dios te concederá lo que pidas. Sadrac, Mesac y Abed-nego no tenían ninguna duda de que Dios *podía* liberarlos, pero no asumieron

automáticamente que lo *haría*. Reconocieron que su fidelidad a Dios podría llevarlos al horno ardiente. La fe no siempre nos libra *del* fuego, pero siempre nos hará pasar *a través* del fuego confiando en Dios. La fe no es un amuleto de buena suerte que garantiza que las cosas siempre salgan bien. Es una fuerte creencia en que Dios está en el control, incluso si las cosas no salen como anticipamos.

Una mujer fue a su pastor y le dijo:

—Soy cristiana, y creía que, si tenía suficiente fe, nunca tendría cáncer. Pero luego fui a mi médico, porque noté que estaba perdiendo peso, y tenía un poco de náuseas y algunos otros síntomas. Mi médico diagnosticó mi problema como un cáncer que estaba creciendo rápidamente. Así que, comencé los tratamientos. Eso fue hace unos seis meses, y he estado en quimioterapia y radioterapia, pero mi cáncer ha hecho metástasis, y el pronóstico médico no es bueno. Mis médicos han indicado que tengo poco tiempo de vida. Una de mis amigas dijo: “Si solo tienes suficiente fe, Dios te liberará del cáncer”.

La mujer le dijo a su pastor:

—Ahora tengo dos problemas. Tengo cáncer, y no tengo suficiente fe. Aunque oré fervientemente, mi cáncer empeoró. Volví con mi amiga y le dije que mi cáncer estaba empeorando a pesar de que le había estado pidiendo a Dios que me liberara de él. Y ella dijo: “Tal vez haya algún pecado en tu vida, y esa es la razón por la que Dios no puede sanarte”. Ahora, tengo tres problemas. Tengo cáncer, no tengo suficiente fe y hay algún pecado en mi vida.

Y ella continuó:

—En ese momento, estaba realmente deprimida y desanimada. Sentí que debía ser una terrible pecadora y que Dios se había dado por vencido conmigo. Entonces, leí en Daniel 3 acerca de Sadrac, Mesac y Abed-nego y cómo no estaban seguros de que Dios los libraría de las llamas. Pero estaban seguros de que Dios estaba con ellos cuando entraron en las llamas. Ahora entiendo que tener fe no significa que las cosas siempre saldrán bien. La fe es creer que Dios está allí, incluso cuando las cosas no van bien.

Esa es una lección importante que podemos aprender de la experiencia de los tres amigos de Daniel. Cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego rechazaron la oferta del rey de una segunda oportunidad de inclinarse y adorar la imagen, él estaba aún más furioso que antes.

Entonces Nabucodonosor se llenó de ira, y se le demudó el rostro contra Sadrac, Mesac y Abed-nego, y ordenó que el horno se encendiese siete veces más de lo común. Y mandó a hombres muy vigorosos de su ejército que atasen a Sadrac, Mesac y Abed-nego y los echasen en el horno de fuego ardiente. Así, estos varones fueron atados con sus mantos, calzas, turbantes y vestimentas, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente (vers. 19–21).

Liberación divina

¡El fuego estaba tan caliente que mató a los hombres que los arrojaron a él! Pero ¿qué hay de Sadrac, Mesac y Abed-nego? Ellos “cayeron atados en medio del horno de fuego encendido” (vers. 23). Pero Dios obró un milagro en favor de ellos. Él honró su fe y los libró de una muerte horrible. ¡Jesús mismo bajó y se

paró en medio del fuego con ellos! ¡El fuego, que mató a los hombres que se acercaron lo suficiente para arrojarlos en él, solo quemó las cuerdas que los ataban!

Entonces el rey Nabucodonosor se espantó; se levantó aprisa y dijo a los de su consejo: “¿No echaron a tres varones atados dentro del fuego?” Ellos respondieron al rey: “Es verdad”.

Agregó él: “Yo veo cuatro varones sueltos, que se pasean en el fuego sin sufrir ningún daño; y el parecer del cuarto es semejante a un hijo de los dioses” (vers. 24, 25).

Cuando pasas por las llamas de la vida, Dios está allí. Él es el Dios que nos libera. Hay un tiempo de angustia que viene sobre toda la Tierra antes de que Jesús venga, y requerirá lealtad a Dios como la de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Pero a veces nos enfrentamos a un tiempo de prueba, no en el futuro, sino ahora mismo. Y, cuando eso sucede, Dios también está ahí. Él es el Dios que nos rescata de las llamas de la vida. Cuando tu corazón está roto, Dios está ahí. Cuando tu matrimonio se ha derrumbado, Dios está ahí. Cuando tu médico te dice que tienes una enfermedad terminal, Dios está allí. Cuando estás pasando por las llamas de la vida y parece que vas a ser consumido por el desánimo y la depresión, Dios está allí. En cada angustia, cada decepción, Dios está ahí. Él es el Dios que nos libera.

Esto no significa que él siempre recompondrá tu matrimonio o sanará tu enfermedad terminal. Los tres hebreos le dijeron al rey: “Nuestro Dios, a quien honramos, puede librarnos del horno de fuego [...]. Y aunque no nos librara [...]” (vers. 17, 18). Se dieron cuenta de que el plan de Dios podría ser que su vida terminara en las llamas. Pero aun así, todavía confiarían en él.

Ellos seguirían siendo fieles, porque él es el Dios que libera. Él puede elegir liberarnos al apagar las llamas o puede elegir liberarnos permaneciendo en las llamas con nosotros y dándonos el valor y la lealtad para mantener nuestra mano en la suya sin importar el costo.

Cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego pasaron por su prueba de fuego y permanecieron fieles a Dios, Dios les estaba enseñando a confiar en él en la oscuridad. Les estaba enseñando a tener más fe y más coraje. No fue porque Dios no los amara que pasaron por el fuego. Fue porque él vio en ellos algo valioso y precioso que tenía que ser refinado por las llamas de la dificultad. Tal vez no estés pasando por ninguna llama en este momento. Tu vida puede estar avanzando por un camino fácil. Pero, tarde o temprano, experimentarás las llamas de la adversidad. Cada vida tiene sus penas y angustias. El mundo en el que vivimos no siempre es amable. Pero, cuando somos arrojados a las llamas, hay alguien que entra en el horno con nosotros. Cuando Sadrac, Mesac y Abed-nego entraron en el horno, no entraron solos. Nabucodonosor vio al “Hijo de Dios” caminando en el horno con ellos. Y, cuando estamos en el horno de la vida, podemos mirar con el ojo de la fe a través del humo, las llamas y las lágrimas, y ver al Hijo de Dios rodeándonos con sus brazos, susurrando valor en nuestros oídos, mientras camina con nosotros en el horno de la aflicción.

Cambiado por el poder de Dios

Daniel 3 termina en una magnífica demostración de gloria: un rey pagano es impactado por la fe de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Nabucodonosor llamó a los tres hebreos para que salieran del horno. Observa que, al parecer, ¡no salieron del horno hasta que el rey les dijo que podían! ¡Creo que yo habría salido corriendo del horno tan pronto como me hubiera dado cuenta de que no

iba a ser quemado vivo! Pero Sadrac, Mesac y Abed-nego estaban contentos de permanecer en el horno con Jesús. Cuando finalmente salieron del horno, el rey y todos los oficiales cercanos “vieron que el fuego no había dañado el cuerpo de esos varones, ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado, ni su ropa se había mudado, ni siquiera tenían olor a fuego” (vers. 27). ¡Qué testimonio para el Dios que libera! El fuego había matado a esos hombres que los arrojaron al horno, ¡pero ni siquiera había podido chamuscar el cabello en la cabeza de estos jóvenes hebreos!

Entonces Nabucodonosor exclamó: “¡Alabado sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego, que envió su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él; los cuales desobedecieron la orden del rey y entregaron sus cuerpos antes que servir y adorar a otro dios que su Dios! Por tanto decreto que toda persona de cualquier pueblo, nación o lengua que hable contra el Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego sea descuartizada y su casa sea destruida; por cuanto no hay dios que pueda librar como él” (vers. 28, 29).

Nabucodonosor había mirado en medio del fuego y había visto al Hijo de Dios, Cristo, el poderoso Libertador. Nabucodonosor vio que estos tres hebreos tenían algo que él no tenía, un Dios que era capaz de liberar. Todavía tenía sus viejas tendencias autocráticas. Todavía no entendía al Dios del amor y del libre albedrío. Pasó de exigir que el pueblo adorara su imagen de oro a exigir que adoraran al Dios de Sadrac, Mesac y Abed-nego. Había amenazado con la muerte en el horno de fuego a cualquiera que fallara en adorar la imagen de oro. Ahora

amenazaba a cualquiera que fallara en adorar al Dios del cielo con ser cortado en pedazos. Él no entendió completamente; sin embargo, estaba plenamente convencido de que Dios libera. Dios estaba hablando al corazón de Nabucodonosor. Tal vez un día, en un lugar donde no hay sufrimiento, dolor o muerte, el rey estará caminando por las calles de oro con Sadrac, Mesac y Abed-nego, recordando ese momento de hace mucho tiempo en la llanura de Dura, cuando los había arrojado al horno de fuego y cómo Dios los había liberado. Si es así, será debido a su testimonio fiel y su lealtad a Dios. Necesitamos tener la firme determinación, como ellos, de servir a Dios sin importar el costo.

Capítulo 4

El Dios que gobierna sobre todo

Daniel 4

Hay algo único en el cuarto capítulo de Daniel. Es el único capítulo del libro que no fue escrito por Daniel; al menos, él no escribió la mayor parte, sino que fue escrita por un rey pagano: Nabucodonosor.

El capítulo comienza: “El rey Nabucodonosor, a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra: Paz les sea multiplicada” (Dan. 4:1).

En el capítulo anterior, este rey brutal y arrogante erigió una estatua gigante de oro en la llanura de Dura, desafiando así a Dios y el mensaje que Dios le había dado. ¡Ordenó a todos inclinarse ante esa imagen en reconocimiento de su poder o ser quemados vivos en un horno de fuego! Ahora él escribe “a todos los pueblos, naciones y lenguas que moran en toda la tierra”. Y ¿cuál es su mensaje?

“Paz les sea multiplicada. Conviene que yo publique las señales y milagros que el Altísimo Dios ha hecho conmigo” (vers. 1, 2).

La conversión de un rey

¿Qué fue lo que provocó un cambio tan dramático? El capítulo 4 narra la historia de conversión de Nabucodonosor. Es la historia de un rey pagano transformado por el poder de Dios. La liberación milagrosa obrada en favor de Sadrac, Mesac y Abednego por parte de Dios causó una profunda impresión en Nabucodonosor. Ahora es como si estuviera diciendo: “Tengo que

hablar. Dios transformó mi vida radicalmente. Dios me cambió. Dios hizo algo radical en mi corazón, mi mente y mi alma”. Este rey pagano está brillando con la gracia de Dios. Está lleno de la bondad de Dios. Él tocó a Nabucodonosor en el hombro, y su vida cambió radicalmente. Si Dios puede tomar a un jefe de Estado idólatra, cruel y malvado como Nabucodonosor y transformarlo radicalmente, y colocar la paz dentro de su corazón, entonces hay esperanza para ti y para mí. No importa cuán desesperado te sientas, no importa cuánto hayas desobedecido a Dios, no importa cuán culpable te sientas por algún pecado que hayas cometido, si Dios puede tomar a alguien como el rey Nabucodonosor y cambiar su vida, entonces Dios puede acercarse a ti y cambiar tu vida también.

Daniel 4 es el testimonio de Nabucodonosor de cómo Dios cambió su vida. Él era el poderoso rey de Babilonia. Llevaba una vida de lujo, opulencia, popularidad y fama. Tenía cientos de sirvientes que atendían todos sus deseos. Él era rico y poderoso. Él testificó: “Estaba yo tranquilo en mi casa, floreciente en mi palacio” (vers. 4). Pero todo eso estaba a punto de cambiar.

El segundo sueño de Nabucodonosor

Verás, a pesar del reconocimiento de Nabucodonosor de la grandeza de Dios en el capítulo 3, a pesar de haber sido impresionado por las maravillas y las señales que Dios le había mostrado, Nabucodonosor todavía tenía un corazón inconverso. Seguía siendo un gobernante orgulloso y despótico. Así que, Dios le habló de nuevo en un sueño dramático. El rey dice: “Estaba yo tranquilo en mi casa, floreciente en mi palacio, y tuve un sueño que me espantó. Tendido en mi cama, las imaginaciones y visiones de mi cabeza me turbaron” (vers. 4, 5).

Una vez más, Dios rompió la complacencia de Nabucodonosor con un sueño preocupante. ¿Cómo reaccionó el rey? Él reaccionó como lo había hecho antes cuando Dios le envió el sueño de la imagen metálica. Llamó a sus cerebros de confianza: los magos, los astrólogos y los adivinos. Esto, en sí mismo, muestra que Nabucodonosor realmente no entendió al Dios de Daniel. A pesar de sus palabras que ensalzaban al Dios del Cielo y su poder, Nabucodonosor realmente no había permitido que Dios tuviera el control total de su vida. Cayó de nuevo en los mismos viejos patrones, con los mismos viejos resultados que antes.

“Por eso mandé llamar a todos los sabios de Babilonia para que me mostrasen la interpretación del sueño. Vinieron los magos, astrólogos, caldeos y adivinos. Les conté el sueño, pero no me pudieron dar su interpretación” (vers. 6, 7).

El “síndrome de Nabucodonosor”

Nota lo que dice el versículo 8: “Pero al fin vino ante mí Daniel” (LBLA). ¿Al fin? ¿No había pasado Nabucodonosor por esto antes? ¿Había olvidado cómo todos sus sabios habían fallado en interpretar su sueño anterior y que Daniel, solo él, era capaz de decirle el mensaje que Dios tenía para él? ¿No pensarías que Daniel sería la primera persona que vendría a la mente del rey en esta situación? Pero ¿con qué frecuencia exhibimos el “síndrome de Nabucodonosor”? Estamos preocupados por algún problema aparentemente irresoluble. Nuestro estómago está lleno de nudos. Estamos llenos de tensión y ansiedad, y hacemos todo lo que podemos para resolver el problema, todo excepto entregarlo a aquel que puede resolver cualquier problema. Hacemos todo lo humanamente posible, y cuando eso no funciona, por fin, nos dirigimos a Dios. ¡Necesitamos arrodillarnos y llamar a Dios primero!

Así que, finalmente, Daniel apareció para escuchar el sueño del rey. Esta vez, Nabucodonosor recordó lo que soñó. Estaba vívido en su mente. Pero no sabía lo que significaba. “Vi un gran árbol en mi sueño”, le dijo a Daniel. “Ese árbol creció y se hizo fuerte; su altura llegó hasta el cielo. Se podía ver desde todo el mundo. Llevaba abundantes frutos y los animales se resguardaban bajo su sombra. Era un árbol muy hermoso” (vers. 10–12, paráfrasis del autor).

“Mientras estaba en mi cama vi, en las visiones de mi cabeza, que un vigilante y santo descendió del cielo. Y clamó con fuerza:

“ ‘Corten el árbol, desmochen sus ramas, derriben su copa y desparramen su fruto.

“Váyanse las bestias que están debajo de él y las aves de sus ramas.

“Pero dejen en tierra la cepa y su raíz, con atadura de hierro y bronce entre la hierba del campo.

“Y sea mojado con el rocío del cielo, y con las bestias sea su parte entre la hierba de la tierra.

“Su mente sea cambiada de mente de hombre en mente de bestia,

“y pasen sobre él siete tiempos.

“ ‘La sentencia es por decreto de los vigilantes, y por orden de los santos la decisión; para que conozcan los vivientes

“que el Altísimo manda sobre el reino de los hombres’ ” (vers. 13–17).

“Eso es lo que soñé —le dijo Nabucodonosor a Daniel—. ¿Qué significa eso?”

Daniel explica el segundo sueño del rey

El propósito de Dios al enviar este sueño al rey se encuentra en el sueño mismo. En su sueño, Nabucodonosor escuchó a “un vigilante y santo” del Cielo decir que el sueño fue dado “para que conozcan los vivientes que el Altísimo manda sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da” (vers. 17). Así que, cualquiera que sea el significado de este sueño, su propósito es revelar que Dios gobierna, que Dios está en el control.

En Daniel 1, vimos al Dios que, cuando Daniel fue llevado en cautiverio, convirtió su derrota en victoria. Daniel 1 nos enseña que Dios debe ser alabado, porque él puede tomar nuestra vida destrozada, nuestros sueños rotos, nuestras esperanzas frustradas, y convertirlos en victoria.

En Daniel 2, en el gran sueño de la imagen de metal, vimos a un Dios que revela el futuro. Y vimos que podemos confiar en él con seguridad, porque podemos poner nuestro futuro en sus manos.

En Daniel 3, vimos al Dios que libera. Él es nuestro Salvador, y también nuestro Redentor. Sadrac, Mesac y Abed-nego se adentraron en las llamas para permanecer fieles a Dios, y Jesús descendió con ellos al horno para librarlos de una muerte segura. Así que, en medio de las llamas de nuestra vida, cuando no hay esperanza, él es nuestro Salvador. Cuando llegemos al final del camino, y no haya lugar a donde ir, él es el Salvador.

Aquí, en Daniel 4, vemos a Dios como el verdadero Rey del Universo. Él gobierna sobre los reinos de los hombres. Él está en el control. Dios se revela como digno de ser alabado, porque él es el Rey de reyes, y él quiere ser el Rey de nuestro corazón.

Nabucodonosor estaba en su palacio. Había reconocido la sabiduría y el poder de Dios, pero no había reconocido al Dios del Universo como el Rey de su corazón. Así que, Dios le dio una

llamada de atención. Dios le reveló este sueño de un gran árbol que albergaba y proveía para todo el mundo. Entonces vino un decreto del Cielo: “Corta el árbol, pero deja el tronco en la tierra y sujeten una banda de hierro y bronce a su alrededor”. ¿Qué significaba el sueño? Eso es lo que Nabucodonosor quería saber. Cuando Daniel escuchó al rey describir su sueño, “estuvo callado por algún tiempo, y sus pensamientos lo turbaban. Pero el rey le dijo: ‘Beltsasar [nombre babilónico de Daniel, ¿recuerdas?], ni el sueño ni su interpretación te espanten’. Beltsasar respondió: ‘Señor mío, el sueño sea para tus enemigos y su interpretación para los que mal te quieren’ ” (vers. 19).

Nabucodonosor notó, por la reacción de Daniel a su sueño, que la interpretación no iba a ser positiva para él. Sin embargo, animó a Daniel a no ocultar nada. “No te preocupes”, instó. “Quiero saber qué significa el sueño, incluso si no son buenas noticias”.

Observa la respuesta de Daniel. No le dijo a Nabucodonosor: “Vas a recibir tu merecido ahora. Destruiste mi ciudad, Jerusalén. Me llevaste cautivo. Te lo mereces. Ahora sí que tendrás lo que te mereces. Tu reino va a ser cortado hasta los cimientos. ¡Alabado sea el Dios del Cielo!” Daniel sabía que nunca podría influir en Nabucodonosor, a menos que demostrara genuino cuidado, preocupación y amor por el rey. Daniel es un excelente ejemplo de alguien a quien el cautiverio, el maltrato y la injusticia no lo amargaron, sino que lo mejoraron. Daniel había sido llevado cautivo y separado de su tierra natal cuando tenía unos 17 años, para no volver a ver su casa o a su familia. Dios le había mostrado a Daniel la interpretación del sueño del rey, y no era una buena noticia para Nabucodonosor. Pero Daniel tenía tal amor por este rey pagano que estaba preocupado por lo que el sueño implicaba.

Ese es un ejemplo para nosotros. Nunca seremos capaces de alcanzar con el evangelio a ese esposo o esa esposa que nos ha tratado tan mal, si los tratamos como nos han tratado a nosotros. Nunca influiremos en ese socio que nos estafó al no pagarnos el dinero que nos debe si lo tratamos con odio por su mala conducta hacia nosotros. Verás, Dios nunca nos trata como nos merecemos. Él siempre nos trata con amor, no importa lo poco amorosos que hayamos sido con él. Dios es amor, y es imposible que él no sea amoroso.

Daniel estaba tan asombrado y abrumado por el significado del sueño que no quería decirle nada a Nabucodonosor. Nabucodonosor tuvo que hacer que reaccionara. En el versículo 20, Daniel comenzó a explicar el sueño. “El árbol que viste, que crecía y se hacía fuerte, cuya copa llegaba hasta el cielo, y que podía verse desde los extremos de la tierra, de hermosa copa y abundante fruto, [...] eres tú mismo, que creciste y te hiciste fuerte” (vers. 20–22).

El sueño se vuelve oscuro

Ese árbol representaba personalmente a Nabucodonosor. En el sueño del capítulo 2, la cabeza de oro simbolizaba el reino de Babilonia, no al propio Nabucodonosor. Pero este sueño involucraba al rey como persona. Nabucodonosor había crecido y se había hecho fuerte como el árbol de su sueño. Pero entonces el sueño se volvió oscuro. Daniel continuó con la interpretación:

“Y en cuanto al vigilante y santo que viste, que descendía del cielo y decía: ‘Corten el árbol y destrúyanlo; pero dejen en la tierra la cepa y su raíz, con atadura de hierro y bronce en la hierba del campo; y sea mojado con el rocío del cielo, y su parte sea con las

bestias del campo, hasta que pasen sobre él siete tiempos', este es el significado, y la sentencia del Altísimo, que ha venido sobre mi señor el rey: Te echarán de entre los hombres, vivirás con las bestias del campo, con hierba del campo te apacentarán como a los bueyes y con el rocío del cielo serás bañado. Y siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que entiendas que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da" (vers. 23–25).

Cortar el árbol representaba el juicio de Dios sobre el orgullo de Nabucodonosor. No se nos dice cómo reaccionó Nabucodonosor a las palabras de Daniel. Estaba preparado para las malas noticias. ¿Le creyó a Daniel? ¿Crejó que el sueño provenía del Dios del Cielo? ¿Crejó que realmente se haría realidad? Tal vez se sintió alentado cuando Daniel continuó explicando que, tal como el tronco del árbol debía permanecer en la tierra, así su reino permanecería, y él sería restaurado al trono algún día.

¿Qué hay de esta misteriosa banda de hierro y bronce que se iba a colocar alrededor del tronco del árbol? En la Biblia, el hierro siempre representa la autoridad y el gobierno (ver Sal. 2:9). El bronce es un símbolo de salvación o purificación.

La fuente del Santuario estaba hecha de bronce, y los sacerdotes se lavaban en ella antes de ingresar en el Lugar Santo, porque era un símbolo de salvación. Así que, la banda de hierro y bronce simbolizaba la autoridad y la salvación. Dios protegería al rey durante su tiempo de juicio. La autoridad y el gobierno de Dios evitarían que alguien más se apoderara del reino. Pero Nabucodonosor perdería su reino y su dominio hasta que "siete tiempos pas[e]n sobre ti, hasta que entiendas que el

Altísimo domina sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da” (vers. 25).

Dios apela al corazón de Nabucodonosor

El mensaje de Dios a Nabucodonosor fue en realidad una apelación a su corazón. El sueño le mostró lo que sucedería si continuaba en su curso de orgullo, arrogancia e independencia de Dios. Él sería expulsado de la morada humana y viviría con los animales. Comería hierba como los bueyes. La lluvia y el rocío caerían sobre él. Pero un tocón permanecería en el suelo. El gobierno y la protección de Dios permanecerían sobre su reino. Dios le estaba diciendo a Nabucodonosor: “Todo esto no tiene que suceder. No tienes que perder tu reino. No tienes que ser removido de tu trono. Vuélvete a mí, y sálvate de los resultados de tu orgullo y egoísmo”.

Daniel dejó en claro al rey el llamado que Dios le estaba haciendo:

“Y la orden de dejar en la tierra la cepa y la raíz del árbol significa que tu reino te será restaurado, cuando reconozcas que el cielo es el que rige. Por tanto, aprueba mi consejo. Renuncia a tus pecados y haz lo justo, renuncia a tu maldad y sé bondadoso con los oprimidos. Tal vez eso prolongue tu tranquilidad” (vers. 26, 27).

Dios estaba dando al rey Nabucodonosor la oportunidad de arrepentirse, incluso a esta hora tardía. Hay momentos en que Dios nos toca en el hombro. Nos toca una vez, nos toca dos veces, y comenzamos a alejarnos de él, viviendo una vida descuidada, una vida sin oración, preocupados por las cosas temporales más

que por las cosas de la Eternidad. Al alejarnos de él, sentimos su suave golpeteo en nuestro hombro. Una pequeña crisis llega a nuestra vida. Dios no la causa, pero él no evita que suceda porque sabe que puede llevarnos a él. Pero, si continuamos en un curso de negligencia y rechazo, Dios permite que el volumen de su voz se eleve. Su propósito es enseñarnos, en tiempos de dolor, lo que no pudimos aprender en un tiempo más pacífico. Dios te ama tanto que quiere que aprendas las lecciones que necesitas con el fin de estar preparado para el Cielo. Cuando naciste en este mundo, Dios tenía un plan para tu vida. A lo largo de ella, al seguir ese plan y tomar decisiones que están en armonía con la voluntad de Dios, él guía tu vida. Su plan para tu vida es darte felicidad y alegría en abundancia. Hay veces que le pasan cosas malas a la gente buena. Sin que sea nuestra culpa, nuestra vida cambia repentinamente. Incluso en esos casos, Dios está allí para guiarnos más cerca de él y enseñarnos una dependencia más profunda.

A menudo, a medida que nos alejamos de su plan y de su propósito para nuestra vida, Dios nos toca en el hombro. Algo sucede para advertirnos que ya no estamos siguiendo su plan. Dios nos ama tanto que prefiere que pasemos por alguna decepción o tristeza, si es necesario, antes que perdernos por toda la eternidad.

Dios miró a Nabucodonosor, y dijo: “Nabucodonosor, no quiero que pierdas tu trono. Esa no es mi decisión. Pero, si no te arrepientes, la única manera en que puedo alcanzarte es permitir que ocurran circunstancias que te llevarán a ver tu necesidad de mí”.

Dios le da a Nabucodonosor tiempo para arrepentirse

Nota los siguientes dos versículos aquí en Daniel 4. Son algunos de los textos más poderosos de la Biblia. “Todo esto vino sobre el rey Nabucodonosor. Al cabo de doce meses, el rey se paseaba sobre el palacio real de Babilonia” (vers. 28, 29).

Dios le dio tiempo a Nabucodonosor. Doce meses después de su sueño del árbol que iba a ser cortado, ¡Nabucodonosor todavía estaba caminando alrededor de su palacio real sin preocuparse! ¿Puedes imaginarlo? El rey entendió el sueño. Entendió la predicción de que perdería su reino si no hacía cambios en su vida. “Arrepiéntete de tus pecados”, lo había instado Daniel. “Esto no tiene que suceder”. Y no pasó nada durante un mes, dos meses, tres meses, seis meses. No pasó nada durante doce meses. Un año después del sueño, Nabucodonosor todavía vivía de la misma manera en que había vivido antes.

Podemos preguntarnos por qué el rey no prestó atención. Podemos pensar: “Si Dios me advirtiera como lo hizo con Nabucodonosor, yo escucharía y haría cambios”. Pero ¿será tan así? ¿Con qué frecuencia Dios nos toca en el hombro y dice: “Mira, te estoy dando una oportunidad. No quiero retirar mis bendiciones de tu vida y permitir que algo dramático suceda”? ¿Con qué frecuencia, como Nabucodonosor, nos precipitamos de todos modos, viviendo como siempre lo hemos hecho?

Un año después de su sueño, el rey estaba caminando alrededor del palacio real, mirando su esplendor y pensando en la grandeza de su reino. “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué con la fuerza de mi poder, para residencia real y para gloria de mi grandeza?” (vers. 30). Lleno de orgullo mientras examinaba su reino, Nabucodonosor expresó su jactancia. Y, en verdad, Babilonia era grandilocuente. Los arqueólogos han descubierto la antigua Babilonia. Se encuentra en el moderno Iraq, a más de 150 kilómetros al sur de Bagdad. La avenida que

conduce al palacio de Nabucodonosor, “Avenida de las procesiones”, está pavimentada con miles de ladrillos. ¡Cada uno de ellos tiene el nombre de Nabucodonosor estampado en él! Miles de ellos, y todos dicen: “Nabucodonosor”. “Nabucodonosor”. “Nabucodonosor”.

En el apogeo de su arrogancia, este antiguo rey proclamó jactanciosamente: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué?” Y la Escritura dice:

Aún estaba la palabra en la boca del rey, cuando vino una voz del cielo que dijo: “Rey Nabucodonosor, a ti se te dice: El reino ha sido quitado de ti. De entre los hombres te echan, vivirás con las bestias del campo y como a los bueyes te apacentarán. Siete tiempos pasarán sobre ti, hasta que reconozcas que el Altísimo domina sobre el reino de los hombres y a quien él quiere lo da” (vers. 31, 32).

Nabucodonosor no escuchó la advertencia de Dios. No escuchó la invitación de Dios a arrepentirse. Él no aceptó la misericordia de Dios, y perdió su trono y su razón en un instante. Vivió al aire libre con los animales. La Biblia dice que su cabello creció como las plumas de las águilas y sus uñas eran como las garras de un pájaro. En mi imaginación, puedo verlo. Está en cuatro patas. Su pelo sucio es largo y enmarañado. Tiene barba y su cuerpo apesta. Sus manos están retorcidas; sus uñas son como garras. Este es el hombre que una vez fue el rey de Babilonia. Se sentaba en un trono con el cetro real en la mano. Una vez los ejércitos marcharon bajo sus órdenes. Él era rico más allá de toda imaginación. Tenía palacios de invierno y palacios de verano. Poseía todo lo que se pudiera pedir para deleitar la vista y

tentar el gusto. Pero ahora, sus ojos están vacíos; se ve y deambula como un animal. Lo perdió todo.

Hay un nombre científico para la condición de Nabucodonosor. Es una enfermedad mental llamada locura licantrópica. Si estás interesado, puedes buscarlo en cualquier manual de disfunciones mentales. La locura licantrópica ocurre cuando una persona se percibe a sí misma como un animal, generalmente parte de la familia de los gatos. Se descuida la higiene personal. El individuo camina en cuatro patas, se asocia con el reino animal y se comporta como un animal. La locura licantrópica aparece de repente. A las personas que sufren de esta condición no les importa cómo se ven; no les importa cómo huelen. Empiezan a deambular en cuatro patas. Es una condición muy rara, pero bien conocida por los especialistas médicos en el campo de la salud mental.

Dios permitió que esta extraña enfermedad le sobreviniera a Nabucodonosor. Siete “tiempos”, o años, iban a pasar mientras él viviera como un animal. Pasó un año. Transcurrieron dos años. Tres años, y todavía seguía deambulando con los animales: cuatro, cinco, seis años; sin cambios.

La historia de Nabucodonosor es nuestra historia

La verdad del asunto es que la historia de Nabucodonosor es nuestra historia, la tuya y la mía. Es la historia de la raza humana. Cuando Dios creó la Tierra, les dio el dominio a Adán y a Eva. Ellos eran los gobernantes de la Tierra. Estaban vestidos con un manto real de justicia. Eran parte de la familia real del Cielo. Adán y Eva eran hijos e hijas de Dios. Ellos gobernaron este nuevo planeta. Pero, al caer en el pecado de la rebelión, el orgullo y la arrogancia, ellos lo perdieron. Su naturaleza fue cambiada para que se volviera más fácil hacer el mal que el bien.

Podemos identificarnos con Nabucodonosor. Nosotros también perdimos el camino. Nosotros también tenemos una naturaleza humana cambiada. El pecado nos ha hecho perder nuestra paz interior.

¿Alguna vez te has preguntado por qué es más fácil enojarse que ser paciente? ¿Alguna vez te has preguntado por qué es más fácil ser egoísta que amable? ¿Ya te has preguntado por qué tienes que luchar contra esos pensamientos lujuriosos constantemente? ¿Te has preguntado alguna vez por qué tienes que luchar a cada instante para contener esas palabras críticas? Se debe a que nuestra naturaleza ha cambiado, fundamentalmente, en su esencia. En última instancia, hay algo que está mal en nuestro interior. El profeta Jeremías lo dice claramente: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso” (Jer. 17:9).

Las Escrituras muestran que hay esperanza para aquellos que tienen una naturaleza contaminada. Hay esperanza para aquellos que tienen corazones corruptos.

“Al fin del tiempo, yo Nabucodonosor alcé mis ojos al cielo y mi sentido me fue devuelto. Entonces alabé al Altísimo; honré y glorifiqué al que vive para siempre [...].

“En el mismo tiempo mi razón me fue devuelta, y la majestad de mi reino, mi dignidad y mi grandeza volvieron a mí [...]. Ahora yo, Nabucodonosor, alabo, engrandezco y glorifico al Rey del cielo, porque todas sus obras son verdad, sus caminos justos y puede humillar a los que andan con soberbia” (vers. 34–37).

Dios hizo por Nabucodonosor lo que este nunca pudo hacer por sí mismo. Dios cambió el corazón de Nabucodonosor. Y él puede hacer lo mismo por ti y por mí. La Biblia dice: “Si alguno está en Cristo, es una nueva creación. Las cosas viejas pasaron, todo es nuevo” (2 Cor. 5:17). Esta es una transformación tan completa y de largo alcance que es como nacer de nuevo (Juan 3:1-7). Nos convertimos en personas completamente nuevas.

Nabucodonosor se transformó milagrosamente mientras miraba al Cielo. Lo imposible ocurrió. Nabucodonosor no pudo cambiarse a sí mismo, y nosotros tampoco. Ninguno de nuestros intentos de ser pacientes nos hará pacientes. Ninguno de nuestros intentos de ser puros nos hará puros. Ninguno de nuestros intentos de ser honestos nos hará honestos, porque hay algo fundamentalmente incorrecto en nuestro interior. El cambio viene cuando, como Nabucodonosor, miramos al Cielo. No hay otro lugar donde buscar. No hay nadie más a quien mirar. Mirando en nuestro interior, vemos solo nuestra naturaleza humana caída. Pero, al mirar a Jesús, su fuerza se convierte en nuestra fuerza, su justicia se convierte en nuestra justicia, su sabiduría se convierte en nuestra sabiduría, y por la fe, su vida se convierte en nuestra vida. El sueño de Nabucodonosor se cumplió exactamente como Daniel lo había predicho. Pero ¡cuánto dolor y tristeza podría haberse evitado el rey si solo hubiera escuchado la advertencia de Dios y seguido el consejo de Daniel!

Capítulo 5

El Dios de la justicia y el juicio

Daniel 5

El capítulo 5 de Daniel se desarrolla después de que Nabucodonosor había muerto. Belsasar es ahora el rey de Babilonia. Belsasar era hijo de Nabonido. La “Crónica de Nabonido” describe a Belsasar como el nieto de Nabucodonosor. En toda la Biblia, Belsasar es mencionado solo en este capítulo. Y es conocido por una sola cosa. “El rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus príncipes, y en presencia de los mil bebía vino” (Dan. 5:1).

Esto es lo que lanzó a Belsasar a la fama: era un gran comedor y bebedor. ¡La única vez que se lo menciona en la Biblia es en el contexto de organizar una fiesta espectacular! Alguien ha dicho que los grandes comedores y bebedores rara vez son grandes en otra cosa. Y Belsasar parece confirmar esto.

Conocer y actuar

El problema de Belsasar no era que no tuviera información. Su problema era que no actuaba según la información que poseía. Esa es otra característica de Belsasar que se hace evidente en esta historia. Conoce, pero no hace nada con lo que sabe.

Imaginemos la escena mientras volvemos a la antigua Babilonia en la noche descrita en el capítulo 5. Caminamos por las calles de Babilonia. La luna brilla en un cielo sin nubes. Las estrellas parecen diamantes esparcidos por los cielos. La luz de la luna baila en las puertas y los edificios de Babilonia. A medida que

nos acercamos al palacio de Belsasar, escuchamos música a través de las ventanas abiertas. Al mirar hacia adentro, podemos ver el magnífico salón de banquetes donde la banda está tocando. Hombres guapos y mujeres hermosas están bailando. Han estado bebiendo; y su claridad mental se ha ido. Oímos risas. El vino sigue fluyendo. Es un banquete de borrachos, donde todo vale. En un estado de semiebriedad, Belsasar se pone de pie y comienza a hablar.

Excitado por el vino, Belsasar mandó traer los vasos de oro y de plata que Nabucodonosor su padre había traído del templo de Jerusalén; para beber en ellos el rey y sus príncipes, sus esposas y concubinas. Entonces trajeron los vasos de oro que habían sacado del templo de Dios en Jerusalén, y el rey y sus príncipes, sus esposas y sus concubinas bebieron en ellos. Bebieron vino, y alabaron a sus dioses de oro y de plata, de bronce y de hierro, de madera y de piedra (vers. 2-4).

Belsasar está borracho. No piensa con claridad. Su conciencia está comprometida. Unos setenta años antes, el rey Nabucodonosor había sitiado a Jerusalén y la había conquistado. Había robado muchos de los utensilios de oro y plata utilizados en las ceremonias sagradas de los servicios religiosos del antiguo Templo judío. Los había trasladado a Babilonia como símbolos de su triunfo y como evidencia de que los dioses de Babilonia eran más poderosos que el Dios de los hebreos y que el Templo de Jerusalén. Ahora, en su estado de embriaguez, Belsasar ordena que se traigan estas copas de oro y plata para que él y sus invitados puedan beber vino de ellas.

Belsasar conocía los antecedentes de estos vasos del Templo. Sabía que venían del Templo de Jerusalén. Conocía el simbolismo de que sus invitados estén bebiendo vino en ellos durante esta orgía pagana e inmoral de borrachos. Sabía que hacer esto desafiaba al Dios del Cielo e indicaba su desdén por él.

También conocía las experiencias de su abuelo, Nabucodonosor. Estaba bien familiarizado con la historia que se cuenta en Daniel 4: cómo debido a su orgullo y autoglorificación, Nabucodonosor había sido desterrado de la sociedad humana por el decreto de Dios. Él sabía cómo y por qué Nabucodonosor había sido restaurado. Pero él ignoró todo eso e hizo lo que quiso. Y, sobre todo, se complacía en darse placer. La Biblia dice que, mientras bebían vino de los vasos sagrados del Templo de Dios, “alabaron a sus dioses de oro y de plata, de bronce y de hierro, de madera y de piedra” (vers. 4). ¿Dónde vimos esa secuencia antes? ¿Oro, plata, bronce, hierro y piedra? Estos son los metales de la gran imagen que Nabucodonosor vio en su sueño en el capítulo 2. ¿Podría ser que Belsasar y sus invitados se burlaran del sueño que Dios había dado para predecir la historia del mundo?

Cruzando la línea

Ahora, mientras se burlaba y desafiaba al verdadero Dios en esta jugera ante la aristocracia reunida de Babilonia, Belsasar fue demasiado lejos. Hay una línea en la arena que Dios ha trazado. Él es paciente y misericordioso con los pecadores, y no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento (2 Ped. 3:9). Pero llega un momento en que Dios dice: “Has ido demasiado lejos. Puedes ir hasta aquí en tu desafío y rebelión, pero no más allá”. Dios trazó una línea en la arena para Belsasar y sus invitados esa noche.

Una mano escribe en la pared

En esa misma hora apareció una mano de hombre y escribió delante del candelabro sobre la cal de la pared del palacio real; y el rey veía la mano que escribía. Entonces el rey palideció, sus pensamientos se turbaron, se debilitaron sus lomos y sus rodillas se batían una contra la otra (vers. 5, 6).

En un momento, Belsasar era el alma de la fiesta. Al siguiente, está aterrorizado. El horror se manifiesta en cada gesto de su rostro. Y está a la vista. Sus rodillas se sacuden por el miedo. Todo su cuerpo está temblando. Sus manos se sacuden. Su corazón se acelera. En medio de la risa barata y la blasfemia sacrílega, la mano de Dios aparece de la nada: ¡una mano pálida, que escribe extrañas y misteriosas palabras en la pared con letras que brillan como fuego! No es una alucinación; todos los que están ahí las ven. Nadie puede entender lo que significan estas extrañas palabras. La fiesta se ha detenido bruscamente. La música dejó de sonar. Los aristócratas babilónicos, de túnicas largas, permanecen atónitos ante la misteriosa escritura. Las mujeres babilónicas, finamente vestidas y dulcemente perfumadas, tiemblan de miedo.

Belsasar, sacudido y aterrorizado, recurre al protocolo acostumbrado. ¡Llama a su grupo de expertos! “A gritos el rey mandó traer a magos, caldeos y adivinos. Y dijo a los sabios de Babilonia: ‘El que lea esta escritura, y me muestre su significado, será vestido de púrpura, tendrá collar de oro en su cuello y será tercero en el reino’ ”(vers. 7). Uno pensaría que Belsasar habría aprendido algo de la experiencia de Nabucodonosor. Pero, aparentemente, no ha aprendido nada. Los sabios de Babilonia hacen su entrada: un conjunto de astrólogos y adivinos, diferentes de sus predecesores de la época de Nabucodonosor.

Pero, al igual que sus contrapartes anteriores, no son de ayuda. No pueden leer la escritura ni decirle a Belsasar lo que significa. En Daniel 2, no podían decirle a Nabucodonosor lo que había soñado. En Daniel 4, no pudieron presentarle la interpretación, incluso cuando les contó lo que había soñado. En Daniel 5, ¡ni siquiera pueden decirle a Belsasar el significado de la escritura cuando la ven por sí mismos en la pared!

Parece que Dios nos está diciendo algo aquí. Aunque vivimos en una era de avance científico, informatización y sofisticación educativa, todavía no hemos superado por completo nuestra fascinación por la astrología, los adivinos y los fenómenos psíquicos. Millones de personas todavía guían su vida por horóscopos, columnas de astrología y pronósticos parapsicológicos. Todavía tenemos periódicos que imprimen sus predicciones para el próximo año. Las películas populares que cautivan la mente de nuestros hijos los condicionan a aceptar fantasmas y duendes, hechiceros y brujos, como una forma de vida. Pero ¿qué es lo que realmente está pasando aquí? Mediante su anhelo por lo sobrenatural, multitudes permiten que su mente sea influenciada por el diablo. Dios es la única fuente verdadera de sabiduría, guía y verdad. “Si alguno necesita sabiduría, pídale a Dios, quien da a todos generosamente y sin reprochar; y le será dada” (Sant. 1:5). Podemos ir a Dios y encontrar en él nuestra Fuente de sabiduría. Podemos ir a él y encontrar dirección para nuestra vida.

La reina madre señala a Daniel

Belsasar está desesperado por saber lo que significa la escritura. Está asustado y confundido. Su rostro tiene el terror escrito por todas partes. No así la reina. Aparentemente, ella no había estado en la fiesta, pero entra en la sala de banquetes cuando todo se detiene y todo está en confusión.

La reina entró a la sala del banquete y dijo:
“Rey, vive para siempre. No te turben tus
pensamientos ni palidezca tu rostro. Hay en
tu reino un hombre en quien mora el Espíritu
del Dios santo. En los días de tu padre se
halló en él luz, inteligencia y sabiduría, como
la sabiduría de los dioses. Y el rey
Nabucodonosor, tu padre, lo nombró jefe de
todos los magos, astrólogos, caldeos y
adivinos; porque en Daniel, a quien el rey
llamó Beltsasar, se halló un espíritu superior,
y ciencia y entendimiento, para interpretar y
descifrar enigmas y dudas. Llama, pues,
ahora a Daniel, y él te dará el significado”
(Dan. 5:10–12).

Necesitamos aquí revisar un poco el árbol genealógico de Nabucodonosor. Los sabios habían fracasado. Los astrólogos fallaron. Los caldeos fracasaron. Los magos fallaron. Los adivinos fracasaron. Entonces, la reina entró con una sugerencia diferente. ¿Quién es esta reina? Daniel 5 menciona a Nabucodonosor como el padre de Belsasar. Pareciera como si Belsasar fuera el hijo de Nabucodonosor. Pero este no es el caso. La Biblia, como otros documentos antiguos, a menudo usa la palabra padre en el sentido de antepasado o ancestro. Por ejemplo, Lucas habla de que David es el padre de Jesús (Luc. 1:32). Pero David vivió unos mil años antes de Jesús. ¿Era Jesús el hijo literal de David? No. Si fueras a llamar a alguien el padre terrenal de Jesús, tendrías que escoger a José. Ciertamente, no fue David, quien vivió mil años antes de que Jesús naciera en Belén.

Así que, aquí en Daniel 5, cuando la reina se refiere a Nabucodonosor como “tu padre” (vers. 11), ella está usando la palabra en el sentido de “antepasado”. No es una relación padre-hijo, como solemos pensar. Conocemos la relación filial entre Nabucodonosor y Belsasar por la arqueología. Nabucodonosor tuvo muchos hijos, pero una de sus hijas se casó con un rey llamado Nabonido. Nabonido era yerno de Nabucodonosor. Nabonido y su esposa (la hija de Nabucodonosor) tuvieron un hijo, y ese hijo era Belsasar. Así que Belsasar era, en realidad, el nieto de Nabucodonosor.

Ahora, ¿quién es la reina que aparece en Daniel 5:10? La mayoría de las traducciones modernas utilizan la expresión *reina madre*. Ella pudo haber sido la madre de Belsasar, no su esposa. Numerosos comentaristas de la Biblia creen que ella era Nitocris, la esposa de Evil-Merodac, que vivió durante el tiempo en que Nabucodonosor deambulaba como bestia por el desierto.¹ Quienquiera que fuera, ella tenía un conocimiento íntimo de la influencia de Daniel en el reino de Babilonia. Esto es interesante, porque Belsasar llama a los astrólogos. Fracasan. Llama a los magos. Fracasan. Llama a los adivinos. Fracasan. Belsasar está al borde de un colapso mental cuando aparece la anciana y sabia reina madre. Recuerda: su madre conoce bien a Daniel y los asuntos del reino. Tuvo que haber conocido a Daniel. Ella sabía que Daniel interpretó el sueño de Nabucodonosor de la imagen metálica con su cabeza de oro, pecho y brazos de plata, vientre y muslos de bronce, y piernas de hierro. Ella sabía que Daniel había interpretado su sueño acerca del gran árbol y cómo ese sueño se había cumplido al pie de la letra.

Así que, la reina madre llega a la sala de banquetes porque se ha corrido la voz, por todo el palacio real, de que el rey Belsasar está en grandes problemas debido a una mano misteriosa, que

escribió letras incomprensibles en la pared del palacio. Ella le recuerda a su hijo lo que Daniel pudo hacer por su abuelo, y dice: “Llama, pues, ahora a Daniel, y él te dará el significado” (vers. 12).

El hombre de Dios en Babilonia

En este momento, Daniel está en sus ochenta años. Ha estado en Babilonia por cerca más de sesenta años. Daniel conoce muy bien las complejidades políticas y la historia de Babilonia durante estas seis décadas. Es un estadista maduro. Daniel es sabio, inteligente, conocedor, y un siervo del Dios altísimo. Ha interpretado sueños, resuelto problemas y proporcionado un consejo sabio. Daniel es el hombre de Dios en Babilonia. Durante sesenta años, ha tenido una excelente reputación por su carácter honesto e íntegro.

Si Daniel pudiera ser fiel a Dios en Babilonia, esa ciudadela de inmoralidad, embriaguez y religión falsa, tú y yo podemos ser fieles a Dios donde estemos. Podemos ser fieles a Dios en nuestra escuela, en nuestro hogar y en nuestro lugar de trabajo. Podemos ser fieles a Dios en nuestros entretenimientos, en nuestras finanzas y en nuestro estilo de vida y alimentación. No importa lo que otros a nuestro alrededor estén haciendo, podemos ser fieles a Dios. No importa en qué circunstancias nos encontremos, podemos ser fieles a Dios. Pero recuerda esto: Daniel no estaba en Babilonia por su decisión. Cuando eres colocado en un ambiente que no eliges, cuando las circunstancias a tu alrededor no están bajo tu control, Dios todavía puede mantenerte fiel, así como él mantuvo fiel a Daniel.

La reina madre le dijo al rey: “Trae a Daniel si quieres saber lo que significa la escritura en la pared”. Y Belsasar, aún medio borracho, llamó a Daniel.

Y el rey dijo a Daniel: “¿Eres tú aquel Daniel, de los exiliados de Judá, que mi padre trajo de Judea? He oído que el Espíritu de Dios reside en ti, y que tienes luz, entendimiento y mayor sabiduría. [...] Si ahora puedes leer esta escritura y darme su significado, serás vestido de púrpura, collar de oro tendrás en tu cuello y en el reino serás el tercer señor” (vers. 13-16).

¡Híblame de insultar! Daniel es el estadista con más experiencia del Imperio Babilónico. Ha estado allí durante unos sesenta años a lo largo de todos los altibajos del rey. Belsasar puede ser el rey, pero es un joven, descarado, rebelde advenedizo que mira a los ojos de este gran hombre de integridad. “He oído hablar de ti”, le dice a Daniel con condescendencia. “¿No eres tú ese hebreo cautivo que mi abuelo trajo de Judá?” ¿Quién pensó que dirigía el imperio mientras Nabucodonosor estuvo fuera comiendo hierba durante siete años? “He oído que puedes interpretar cosas misteriosas. Si puedes interpretar la escritura en la pared, te deberé un favor”.

El mejor momento de Daniel

¿Cuál fue la respuesta de Daniel? “Tus dones sean para ti —respondió—, y tus presentes dalos a otro. De todos modos, te leeré la escritura y te daré su interpretación” (vers. 17).

“No tengo interés en tus sobornos”, le dijo Daniel. “No puedo ser comprado, pero te diré lo que quieres saber”. ¿Qué haría Daniel con una túnica púrpura y una cadena de oro? ¿Por qué querría ser el tercer gobernante en el reino, cuando había sido el segundo gobernante bajo Nabucodonosor? Daniel no estaba marchando al compás terrenal de la riqueza o el poder. Su meta

era servir a Dios y agradecerlo. Hay una cita bien conocida que resume acertadamente la fuerza espiritual interna de Daniel:

La mayor necesidad del mundo es la de hombres que no se vendan ni se compren; hombres que sean sinceros y honrados en lo más íntimo de sus almas; hombres que no teman dar al pecado el nombre que le corresponde; hombres cuya conciencia sea tan leal al deber como la brújula al polo; hombres que se mantengan de parte de la justicia aunque se desplomen los cielos.²

Daniel no podía ser comprado ni vendido. No cedió a sus convicciones de conciencia durante unos momentos de fama. En lo más íntimo de su alma, era verdadero y honesto. Se jugó por lo correcto, independientemente de las consecuencias.

Este es el momento culminante de Daniel. Él le dijo al rey: “Te voy a dar la interpretación de la escritura, no porque me das dinero, sino porque es lo correcto”. A esta altura, la mano sobrenatural había dejado de escribir y desaparecido. Las copas de vino medio vacías quedaron intactas sobre las mesas. Hombres y mujeres, bellamente vestidos, se paran como estatuas en el centro de la pista de baile de Babilonia, con sus brazos colgando a sus lados. Todo el mundo está mirando las palabras en la pared. Donde antes había risas, ahora hay silencio. Donde alguna vez hubo juerga, ahora hay ansiedad tensa. Donde una vez hubo una búsqueda desenfrenada de placer, ahora hay miedo asolado por el terror.

Daniel sabe que los ejércitos medopersas están marchando hacia la ciudad en ese mismo momento. Ya ha leído la escritura en la pared. Él sabe lo que significa. Sabe que esta es la última

noche de Babilonia. Él ya sabe que Belsasar estará muerto antes de que salga el sol y que nadie de pie, en esa pista de baile, saldrá vivo de la sala de banquetes. Y, al saberlo, Daniel hace un llamado final. Él comienza a trazar elocuentemente la historia de Babilonia bajo el gobierno de Nabucodonosor. Dios le dio a Nabucodonosor su reino, declara Daniel. Y, mientras Nabucodonosor seguía a Dios, prosperaba como su reino. Pero, cuando se apartó de Dios, perdió su reino y llegó a ser semejante a un animal.

Entonces, el anciano profeta dice:

“Y tú, su hijo Belsasar, sabiendo todo esto, no has humillado tu corazón; antes contra el Señor del cielo te has ensoberbecido, e hiciste traer ante ti los vasos de su casa. Y tú y tus príncipes, tus esposas y tus concubinas bebieron vino en ellos. Además, alabaste a dioses de plata y oro, de bronce, de hierro, de madera y de piedra, que ni ven, ni oyen, ni saben; y no honraste al Dios en cuya mano está tu vida” (vers. 22, 23).

¡Qué acusación!

“Lo sabías”, declara Daniel. “Sabías por lo que pasó Nabucodonosor. Sabías que Dios es poderoso. Lo sabías, pero no hiciste nada al respecto”. ¿Qué nos dirá Dios en esta generación que vive a la luz de la profecía bíblica cumplida? ¿Tendrá que decir de ti o de mí: “Lo sabías, pero no hiciste nada al respecto”? ¡Qué tonto fue Belsasar al volcarse a los adivinos!

Entonces, Daniel se volvió hacia la escritura en la pared y la interpretó para todos los que estaban allí. “La interpretación es:

‘Mene: Contó Dios tu reino y le dio fin. Tekel: Has sido pesado en balanza y fuiste hallado falto. Peres: Tu reino ha sido roto y es dado a medos y persas’ ”(vers. 26–28).

La última noche de Belsasar

Era la última noche de Babilonia. Era la última hora de Belsasar. Era el último momento del reino en el horizonte de la historia. El pecado acumulado de Babilonia había llegado al punto en que Dios dijo: “Es suficiente”. Belsasar había cruzado la línea de Dios en la arena. Mientras Daniel pronunciaba la perdición de la nación, las puertas de la sala de banquetes se abrieron. Las espadas de los soldados medopersas brillaban a la luz de las velas. Belsasar cayó al suelo, atravesado por las espadas de sus enemigos. Hubo una terrible masacre en toda Babilonia. La misericordia de Dios los había estado llamando. Con amor, apeló a ellos, pero ellos se habían negado. Y ahora, el juicio cayó. “Esa misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino, cuando tenía sesenta y dos años” (vers. 30, 31).

Hay un último baile, un último trago, una última fiesta, una última noche para todos y todo en la Tierra. Todos experimentaremos nuestros últimos momentos en este planeta. El tiempo se acaba para tu vida y para la mía. Nadie se perderá por lo que no sabía. Aquellos que están perdidos se perderán porque no hicieron lo que sabían que era correcto. Ellos no respondieron al llamado del Espíritu de Dios. Ellos no aceptaron la salvación que él ha provisto tan gratuitamente. No cedieron a la súplica de su gracia.

Dios le dio tiempo a Belsasar. Dios le dio el ejemplo de Nabucodonosor. Pero Belsasar ignoró los esfuerzos de Dios para salvarlo. Desperdió el tiempo que Dios le dio para

arrepentirse. Como Babilonia, este mundo se acerca rápidamente a su última noche. Como Babilonia, los juicios de Dios pronto caerán. La pregunta que este capítulo nos trae a casa a cada uno de nosotros es esta: ¿Seguiremos los pasos de Belsasar y estaremos perdidos en el momento final de la Tierra porque no hacemos lo que sabemos que deberíamos? ¿O nos mantendremos, como Daniel, fieles al Dios del Cielo? Al leer estas páginas, el Espíritu de Dios te está llamando. La mano de Dios está escribiendo su llamado en las tablas de tu corazón. Él te está impresionando para que entregues tu vida completamente a él. Si ya has entregado tu vida a este Dios de amor eterno, ¿inclinarse tu cabeza y le pedirás que te mantenga fiel a él siempre? Si nunca has respondido a su amable invitación a seguirlo, ¿tomarás esa decisión ahora mismo? Él llenará tu corazón con gozo, paz y satisfacción que nunca habías conocido. ¿Por qué no inclinas la cabeza y oras ahora mismo?

¹ David Bayliss, “Daniel 5 - Nitocris/Belshazzar”, *Bible Exposition*, consultado el 17 de abril de 2020, <http://www.dabhand.org/Essays/OT572%20C5%20Nitocris.htm>.

² Elena de White, *La educación* (Florida, Buenos Aires: Asociación Casa Editora Sudamericana, 2009), p. 57.

Capítulo 6

El Dios que premia la fidelidad

Daniel 6

El quinto capítulo de Daniel nos conecta directamente con los sucesos del capítulo 6. El capítulo 5 termina con la muerte de Belsasar y la caída de Babilonia ante los medos y los persas. “Esa misma noche fue muerto Belsasar, rey de los caldeos. Y Darío de Media tomó el reino” (Dan. 5:30, 31). Así que, Babilonia cayó. Nabopolasar, Nabucodonosor, Nabonido, Belsasar (los grandes reyes de Babilonia) fueron derrotados. Su reino se derrumbó en el polvo. Se convirtieron en recuerdos en el montón de cenizas de la historia. Entonces, Darío el Medo tomó el reino.

Resumamos lo que descubrimos en estos primeros capítulos del libro de Daniel. El capítulo 1 nos presenta al Dios que convierte la derrota en victoria. En el capítulo 2, él es el Dios que revela el futuro. En Daniel 3, es el Dios que libera a su pueblo. El capítulo 4 lo retrata como el Dios que gobierna sobre todo. Luego, en el capítulo 5, lo vemos como el Dios de justicia y juicio. Su amor no conoce límites, su misericordia es infinita, pero nuestras elecciones pueden endurecer nuestro corazón para que ya no seamos capaces de responder a su amor. Ahora, aquí en el capítulo 6, lo veremos como el Dios que nunca nos deja ni nos abandona. Él es el Dios que nunca cambia.

Daniel recibe autoridad en el nuevo reino

Cuando los medopersas se apoderaron del reino, tal como Dios había predicho que lo harían en el sueño que le dio a Nabucodonosor, Darío decidió reorganizar el gobierno.

A Darío le pareció bien nombrar a ciento veinte gobernadores que estuviesen en todo el reino. Y sobre ellos tres presidentes, de los cuales Daniel era uno, a quienes esos gobernadores diesen cuenta, para que el rey no recibiese daño. Pero Daniel se distinguió tanto entre esos gobernadores y presidentes por su espíritu superior, que el rey pensaba ponerlo sobre todo el reino (Dan. 6:1-3).

Observa lo que ha sucedido aquí. Babilonia ha caído, y Medopersia ahora gobierna el Medio Oriente. El nuevo rey, Darío el Medo, nombra al primer ministro de Babilonia, para ser uno de sus funcionarios de confianza. Incorporó a Daniel a su gobierno y lo puso a cargo de todos los demás funcionarios, ¡solo superado por el mismo Darío! ¡Eso es absolutamente increíble! En la mayoría de los países, incluso hoy, cuando entra una nueva administración, arrasa con la anterior y pone a su propio pueblo en posiciones de poder. Lo que hizo Darío sería como que China derrocara a los Estados Unidos y luego convirtiera al vicepresidente estadounidense en el segundo oficial más poderoso del Gobierno chino, o viceversa. Simplemente, no sucede de esa manera. Se vuelve aún más increíble cuando recordamos la edad de Daniel a esta altura. Daniel ha pasado unas seis décadas en Babilonia. Tiene unos ochenta años.

Claramente, Darío vio algo especial en Daniel. A lo largo de su carrera en Babilonia, Daniel había sido un hombre íntegro. Un hombre honesto. Un hombre que cumplió fielmente sus responsabilidades, tanto en relación con el reino como hacia su Dios. El rey podía confiar en la palabra de Daniel. Darío sabía que Daniel lo serviría tan fielmente como había servido a los reyes de Babilonia.

El mundo de hoy necesita más personas como Daniel. Incluso en este mundo materialista, loco de placer y despiadado, hay quienes admiran la integridad, la autenticidad, la transparencia y la honestidad. Tal vez recuerdes la historia de la antigua Grecia acerca de Diógenes y su linterna. El filósofo Diógenes caminaba por las calles de Atenas por la noche llevando una linterna. Se acercaba a la gente y sostenía la linterna junto a su rostro:

—¿Qué estás haciendo? —le preguntaban.

Y Diógenes respondía:

—Estoy buscando a un hombre honesto.

Estaba tratando de llamar la atención sobre este asunto.

Hoy, Dios está buscando a personas como Daniel. Está buscando hombres y mujeres que dispongan en su corazón servirlo. Dios busca hoy hombres y mujeres íntegros. Darío encontró a un hombre así en Daniel; por eso puso a Daniel como segundo al mando del Imperio Medopersa. Fue un movimiento meditado por parte del nuevo rey. Sin embargo, como pueden imaginar, ¡no les sentó bien a aquellos a quienes Darío había pasado por alto para elevar al “extranjero”, Daniel!

La envidia hacia Daniel se convierte en un problema significativo

La Biblia dice que Darío estableció ciento veinte “sátrapas”, o gobernadores, sobre el reino. Y sobre estos gobernadores puso tres presidentes, de los cuales Daniel era la cabeza. Todos los gobernadores respondían ante los tres presidentes, y dos de los presidentes respondían a Daniel, presidente principal. Daniel solo respondía directamente ante Darío, el rey. No tomó mucho

tiempo para que los celos llenaran la mente de los dos presidentes y los ciento veinte gobernadores. No tomó mucho tiempo para que la envidia consumiera sus pensamientos. Se vieron amenazados por el carácter destacado de Daniel y su reputación intachable. Es posible que tuvieran pensamientos como este: “¿Quién se cree que es este Daniel? Es una reliquia de los babilonios. Y ni siquiera es un verdadero babilonio; es un prisionero judío. ¿Cómo podemos confiar en él ahora? ¿Qué le hace pensar a Darío que Daniel será leal a Medopersia? ¿Qué derecho tiene Daniel para gobernarnos?” Sin duda, estas fueron algunas de las objeciones que plantearon. Cuanto más lo pensaban, más enojados, celosos y envidiosos estaban de Daniel. El odio llenó el corazón de ellos. “Entonces los presidentes y gobernadores buscaron ocasión contra Daniel en algún asunto del reino; pero no pudieron hallar ninguna ocasión o falta, porque él era fiel y ningún vicio ni falta había en él” (vers. 4).

Buscaron en vano para encontrar algo que pudieran reportar a Darío. Trataron de encontrar algo, cualquier cosa, por lo que pudieran condenarlo. Buscaban alguna falta, algún error, o algún indicio de deslealtad. Intentaron encontrar algo que pudieran señalar en Daniel. ¡Debe tener algunos esqueletos en algún lugar de su armario! Si hubieran existido computadoras en esos días, habrían intentado *hackear* su correo electrónico. Si hubiera habido teléfonos celulares en esos días, habrían puesto micrófonos en su teléfono. Sin duda, husmearon en su oficina y revisaron las cuentas reales, tratando de encontrar evidencia de irregularidades por parte de Daniel. Revisaron todo lo que podían chequear. Escudriñaron la vida oficial de Daniel, y no pudieron encontrar una sola cosa de la que pudieran acusarlo.

¿Y si alguien revisara tu vida privada tan intensamente? ¿Y si revisaran la mía? ¿Qué pasaría si examinaran cuidadosamente el

tipo de libros y revistas que lees, el tipo de programas de televisión que ves, el tipo de películas que ves, las palabras que expresas, la navegación que haces en Internet y las cosas que haces cuando nadie está mirando? ¿Qué encontrarían? Eso es lo que estos funcionarios celosos le hicieron a Daniel, y descubrieron que Daniel no tenía nada que ocultar.

Es algo maravilloso cuando no tienes nada que esconder. Hay una paz maravillosa cuando puedes ir a la cama por la noche y saber que no hay nada a lo que puedas temer, nada que otros no puedan descubrir en ti ni con lo que acusarte. Hay una paz que acompaña a una vida como esa.

El complot contra la vida de Daniel

No pudieron encontrar nada malo en la conducta oficial de Daniel. “Entonces dijeron esos hombres: ‘No hallaremos contra Daniel ocasión alguna si no la procuramos en la ley de su Dios’ ” (vers. 5).

Si alguien te condena por tu obediencia y lealtad a Dios, que así sea. Si alguien te condena porque eres una persona moral de principios, que así sea. Usa esa crítica como una insignia de honor.

Entonces esos gobernadores y presidentes se juntaron ante el rey y le dijeron: “Rey Darío, para siempre vive. Todos los presidentes del reino, magistrados, gobernadores, grandes y capitanes han acordado que promulgues un edicto real, y lo confirmes, mandando que cualquiera que en el espacio de treinta días dirija algún pedido a cualquier dios u hombre fuera de ti sea echado en el foso de

los leones. Ahora, confirma el edicto y
fírmalo, para que no se pueda cambiar,
conforme a la ley de Media y de Persia, que
es irrevocable” (vers. 6–8).

Inmediatamente, reconocemos que lo que le dijeron al rey fue una mentira descarada. ¿Por qué? Nota cuidadosamente lo que dijeron: “Todos los gobernadores del reino han acordado en proponer este decreto”. Afirmaron que *todos* los gobernadores habían acordado que no se orase a nadie más que al rey durante treinta días. El primer presidente ¿estuvo de acuerdo con esto? ¿Habían consultado con Daniel y obtenido su apoyo para esta ley? ¡Claro que no! Habían tramado este plan para atrapar a Daniel. Por supuesto, él no lo sabía y no había sido consultado.

¿Por qué Darío no consultó con su jefe de Gobierno antes de firmar el decreto? No lo sabemos. Quizá la vanidad haya sido una de las razones. Tal vez le haya gustado la idea de ser el único que recibiría oraciones durante treinta días. Cualquiera que haya sido su razón, Darío siguió adelante sin ninguna pregunta. Firmó la ley, como sus funcionarios sugirieron (vers. 9).

Observa lo que está sucediendo aquí. Los funcionarios estaban celosos de Daniel. Sus celos llevaron a la mentira, y sus mentiras llevaron a la voluntad de matar a un hombre inocente. Así es como funciona el pecado. El pecado acariciado nunca se vuelve menos poderoso en la vida; siempre se vuelve más poderoso. Los drogadictos describen la adicción a la cocaína como “el mono en tus espaldas”. El mono comienza siendo pequeño, pero luego crece hasta convertirse en un gorila maduro. Si hay un mono en tu espalda, puede parecer lindo al principio, pero si lo alimentas, el mono se convertirá en un gorila y, finalmente te aplastará. Comienza poco a poco. No parece gran cosa. Pero crece y crece, y crece hasta que te mata. El pecado es así. Si dejamos

que permanezca en nuestra vida, nunca se hace más pequeño; siempre se hace más grande. Una vez que comiences a complacer consciente y voluntariamente el pecado en tu mente, solo crecerá a medida que pasen los años, hasta que aplaste tu vida. Para estos funcionarios medopersas, los celos llevaron a la envidia, la envidia llevó a la mentira, y la mentira llevó a la esperanza de asesinar a su rival.

Le dejaron claro a Darío, antes de que firmara, que el decreto no podía ser revocado o anulado. En Medopersia, cuando se ponía en vigencia una ley, ni siquiera el rey tenía poder de veto sobre ella. Una vez firmada, todos tenían que obedecerla. El decreto quedaba vigente. No se podía alterar, cambiar o retraer. Darío sabía esto, y él firmó voluntariamente lo que pusieron delante de él.

Daniel permanece fiel a Dios

Estoy seguro de que los funcionarios no perdieron tiempo en publicar la ley y asegurarse de que todo el mundo lo supiera. Estoy seguro de que Daniel, cuando se enteró de la ley, sabía exactamente quién y qué había detrás de ella. Pero ¿cómo reaccionó?

“Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa, donde tenía las ventanas de su cámara alta abiertas hacia Jerusalén. Y como solía hacerlo antes, tres veces al día se arrodillaba, y oraba y daba gracias a Dios” (vers. 10).

Daniel no trató de ocultar su desobediencia a la nueva ley. Oró en su habitación, con las ventanas abiertas hacia Jerusalén. No le preocupaba que los funcionarios del rey lo vieran. No se preocupó por la pena que le correspondería al desobedecer el decreto real. Ciertamente, no estaba diciendo: “Arréstame, si

puedes, soy el segundo hombre más poderoso del reino. Estoy por encima de la ley, y te mostraré que soy más poderoso que tú”.

Algunas personas podrían ver las acciones de Daniel de esa manera, excepto que el versículo dice que oró en su habitación frente a las ventanas abiertas “*como solía hacerlo antes*”. Lo que Daniel estaba haciendo no era nada nuevo. Era lo que siempre hacía. Era su costumbre orar tres veces al día con las ventanas abiertas hacia Jerusalén, la ciudad de su juventud, la ciudad donde se encontraba el templo de su Dios. Daniel no actuó desafiante a propósito. Estaba permaneciendo fiel a su Dios.

Daniel sabía que donde no hay oración no hay poder. Daniel no permitiría que su relación con Darío interfiriera con su lealtad a Dios. Dios había estado con él durante sesenta años en Babilonia. Dios lo había fortalecido cuando era solo un adolescente y propuso en su corazón ser fiel a Dios. Dios le había dado sabiduría, conocimiento y habilidad para interpretar el sueño del rey. Dios había librado a Sadrac, Mesac y Abed-nego del horno de fuego. Dios le había permitido mantener unido al Imperio Babilónico por siete años, durante el tiempo en que Nabucodonosor perdió la cabeza y se comportó como un animal. Dios le había mostrado el significado de las palabras escritas en la pared del palacio de Belsasar. Dios le había dado el puesto de primer presidente en el Imperio Medopersa.

Daniel sabía que Dios había estado con él, y que iba a seguir estando con él. No iba a ceder a los mandamientos de un rey pagano cuando estos entraran en colisión con su lealtad a Dios. Daniel sabía que Dios era la fuente de su fuerza y que la oración era su conexión con Dios. Para Daniel, la oración no era una mera formalidad. No era un ritual sin sentido. Era una experiencia viviente con el Rey del Universo. En oración, Daniel abrió su corazón a Dios y se comunicó con él como un amigo. La

oración no era una fórmula memorizada para recitar sin pensar demasiado en ella. Para Daniel, la oración era el aliento mismo de su alma, la conexión vital entre él y Dios. Así que, Daniel no iba a dejar de orar solo porque estos funcionarios celosos estaban buscando alguna manera de destruirlo.

Nota algo más con respecto a este decreto. ¿Qué dice sobre cómo los enemigos de Daniel lo veían a él? ¿Dice que sabían que desobedecería el decreto! ¿Por qué se tomarían la molestia de convencer a Darío de firmar la ley si pensaran que Daniel simplemente dejaría de orar a Dios por treinta días? El decreto mismo nos dice que sabían que Daniel permanecería fiel a su Dios, que seguiría orando como siempre lo había hecho. Tan pronto como sus enemigos vieron a Daniel orando, se apresuraron a contarle al rey lo antes posible que Daniel estaba desobedeciendo la nueva ley. Sabían que Darío tenía a Daniel en alta estima. Estoy seguro de que estaban encantados de informar que él estaba haciendo caso omiso de la ley que Darío había firmado.

El tema de la adoración en los últimos días

Ahora, hay algunas cuestiones muy importantes involucradas en este decreto. Considerémoslo con cuidado. El corazón del decreto se refiere al conflicto entre la lealtad a Dios y la lealtad al rey, entre la Ley de Dios y la ley de los seres humanos. El primero de los Diez Mandamientos de Dios dice: “No tendrás otros dioses fuera de mí” (Éxo. 20:3). Es bastante claro. La ley que Darío firmó declaraba: “No adoren a nadie más que al rey”. Es claro que la Ley de Dios y la ley de los hombres estaban en conflicto directo.

Al atardecer de su vida, Daniel enfrentó un conflicto por la adoración. ¿A quién adoras? ¿Adoras a Dios o al hombre? ¿Cómo

adoras? ¿Adoras siguiendo los mandamientos de Dios o el decreto del rey? ¿Cuándo adoras? ¿Retirarás tu adoración a Dios por treinta días? Cerca del final de la vida de Daniel, tuvo que enfrentar todas estas preguntas sobre lealtad y la adoración.

Al final de los tiempos, estos temas ocuparán otra vez el centro del escenario para todos en la Tierra. Vendrá una prueba que llamará a los hombres y las mujeres a adorar a su Creador. En las últimas horas de la historia de la Tierra, el tema, una vez más, se centrará en la adoración, la lealtad y la obediencia. En el libro de Apocalipsis, el apóstol Juan escribe:

Entonces vi otro ángel que volaba por el cielo con el evangelio eterno para predicarlo a los que habitan en la tierra, a toda nación y tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: “¡Temen a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio! Y adoren al que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas” (Apoc. 14:6, 7).

El mensaje de este ángel es universal. Atraviesa fronteras geográficas, alcanza a todos los países del mundo y penetra en todos los grupos lingüísticos. Es un llamado a “temer” a Dios; es decir, a reverenciarlo y respetarlo. Esto no significa que debemos tenerle miedo a Dios. Debemos reverenciarlo y darle gloria. Glorificamos a Dios al seguirlo fielmente y obedecer sus mandamientos. Lo reverenciamos y obedecemos porque él es el Creador. Nos da la vida. Él hizo nuestro mundo y todo lo que hay en él. He aquí un llamado a adorar al Creador, a entregar nuestra lealtad a aquel que nos hizo. Ese es el mensaje de este primer ángel que Juan vio en la visión. Pero también vio un tercer ángel.

“Y un tercer ángel los siguió diciendo a gran voz: ‘Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe su marca en su frente o en su mano, este también beberá del vino de la ira de Dios’ ” (vers. 9, 10).

Tendremos más que decir acerca de estos ángeles y sus mensajes cuando exploremos el libro de Apocalipsis. Pero está claro, a partir de estos dos versículos, que va a haber un conflicto en los últimos días relacionado con la adoración. El versículo 6 dice: “Adora al Creador”. El versículo 9 dice: “No adoren a la bestia ni a su imagen”. Y el versículo 12 nos dice cómo evitar adorar a la bestia. “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” Aquellos que no adoran a la bestia tienen fe en Jesús y la fe de Jesús, y eso los lleva a obedecer todos los mandamientos de Dios.

En los últimos días, una autoridad humana unirá la Iglesia y el Estado, y aprobará un decreto que prohíbe la adoración genuina al Creador. Daniel 3 y Daniel 6 son experiencias paralelas. En Daniel 3, un poderoso líder mundial aprobó un decreto por el que, si alguien no se inclinaba y adoraba la imagen que el líder había hecho, esa persona sería arrojada a un horno de fuego. Sadrac, Mesac y Abed-nego eran leales y fieles a Dios. Con el poder de Dios, permanecieron obedientes a los mandamientos del Cielo mientras la nación babilónica se inclinaba ante la imagen de oro. En Daniel 6, al final de la vida de Daniel, Darío aprobó el decreto por el que, a menos que una persona lo adorara de la manera prescrita y aprobada, esa persona sería condenada a muerte en una cueva de leones. Según el libro de Apocalipsis, habrá un decreto similar en los últimos días. Una vez más, aquellos que sean leales a Dios serán amenazados de muerte. Una vez más, el asunto girará alrededor de la adoración, la lealtad y la obediencia.

¿Qué haremos cuando nos enfrentemos a la crisis de los últimos días? ¿Nos mantendremos firmes como Daniel y sus tres amigos? Si no podemos defender a Dios hoy en un tiempo de libertad, ¿cómo lo haremos cuando todo el poder combinado de la unión entre Iglesia y Estado se vuelque contra nosotros, ordenándonos bajo pena de muerte obedecer estos poderes humanos y desobedecer a Dios? ¿Crees que Daniel se preparó para esta crisis en los momentos siguientes al decreto que firmó Darío? ¿O fue capaz de mantenerse firme de parte de Dios porque había estado tomando decisiones a lo largo del camino para servir a Dios sin importar el costo? Si en aquellos primeros días como cautivo en Babilonia Daniel no se hubiera propuesto en su corazón no contaminarse con la comida y la bebida del rey, nunca habría podido, cerca del final de su vida, continuar orando a Dios tres veces al día, a pesar del decreto del rey.

Darío intenta salvar a Daniel

Tan pronto como los funcionarios informaron a Darío que Daniel estaba desobedeciendo su decreto, el rey se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. Vio que había sido engañado para poner en marcha su celoso complot contra su enemigo. “Cuando el rey oyó esto, le pesó en gran manera y procuró librar a Daniel. Hasta la puesta del sol trabajó para librarlo” (Dan. 6:14). Pero, por mucho que lo intentara, no había salida. Los funcionarios le recordaron que ni siquiera el rey podía anular un decreto debidamente firmado. Darío, a regañadientes, dio la orden de arrojar a Daniel al foso de los leones hambrientos. Pero, antes de hacerlo, el rey hizo una declaración sorprendente. Él le dijo a Daniel: “Tu Dios, a quien tú continuamente sirves, te libre” (vers. 16).

¿Cómo podría Darío estar tan seguro de que Dios liberaría a Daniel? Solo podía ser porque, en el corto tiempo en que su vida

se había cruzado con este anciano profeta, Daniel había sido capaz de testificar al rey tanto con palabras como con su vida sobre el Dios al que servía. Darío debió haber visto a Dios en la vida de Daniel. Debió haber escuchado todo lo que Daniel le había contado acerca del Dios del Cielo. Él tenía fe en que Daniel era inocente de cualquier maldad. Y tenía suficiente fe en el Dios de Daniel para creer que él lo salvaría de ser comido por los leones. Qué declaración tan tremenda sobre el testimonio fiel de Daniel.

Luego, arrojaron a Daniel al foso con los leones hambrientos. Cerraron la boca del foso con una piedra grande y la sellaron usando el anillo de sello del rey y los anillos de sello de sus funcionarios. Los enemigos de Daniel no querían arriesgarse a que alguien pudiera tratar de mover la piedra y salvar la vida de Daniel.

Paz versus no paz

“Luego el rey volvió a su palacio y se acostó en ayunas; no trajeron instrumentos de música ante él, y se le fue el sueño” (vers. 18). Darío sabía que lo que había hecho estaba mal. Su estómago estaba hecho un nudo. No podía comer. No podía dormir. Dio vueltas y vueltas toda la noche. “*¿Daniel está muerto? ¿Habrà salvado su Dios su vida?*” Su mente giraba en círculos. Pensamientos de culpa se arremolinaban en su cabeza y lo atormentaban.

Mientras el rey pasaba la noche en un magnífico palacio con todo el esplendor y la opulencia de Babilonia, Daniel la pasaba en la guarida de leones sucia y maloliente. ¿Crees que Daniel durmió esa noche? No lo sabemos. ¿Tal vez se haya ido a dormir con la cabeza apoyada sobre un león por almohada! Tal vez se haya quedado despierto toda la noche orando. Tal vez haya

dormido un rato y se haya quedado despierto otro rato. No lo sabemos. Pero sí conocemos esta promesa: “Tú guardas en completa paz al que persevera pensando en ti, porque en ti confía” (Isa. 26:3). Daniel confiaba en Dios; su mente estaba enfocada en él. Así que, pasó esa noche en la guarida del león en perfecta paz.

El Señor nos dice: “La paz les dejo. Mi paz les doy. No se la doy como el mundo la da. No se turbe su corazón ni tenga miedo” (Juan 14:27). La paz no viene de afuera. La paz no proviene de tener una cuenta bancaria grande o amigos ricos e influyentes. La paz viene del interior. Viene de conocer a Dios y confiar en él. Daniel tenía una paz perfecta, aun dentro de esa guarida de leones apestosa y sucia, porque sabía que las cosas estaban bien entre él y Dios. Darío, por otro lado, pasó la noche en su hermoso palacio, pero no tenía paz en absoluto, porque sabía que lo que había hecho estaba mal. La paz no depende de las circunstancias; la paz depende de conocer y seguir a Dios.

Dios cierra la boca de los leones

El rey, por tanto, se levantó muy de mañana y fue aprisa al foso de los leones.

Y acercándose al foso llamó a gritos a Daniel con voz triste: “¡Daniel, siervo del Dios viviente! Tu Dios, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?”

Entonces Daniel respondió: “Rey, para siempre vive. Mi Dios envió su ángel, que cerró la boca de los leones para que no me hiciesen ningún daño” (Dan. 6:19, 20).

Dios es un domador de leones. Cuando los leones de la tentación, la ira, la lujuria y el desaliento rugen en tu vida, Dios puede cerrar su boca para que no puedan lastimarte. “Entonces el rey se alegró en gran manera y mandó sacar a Daniel del foso. Y cuando lo sacaron no hallaron ninguna lesión en él, porque había confiado en su Dios” (vers. 23).

Dios todavía cierra la boca de los leones. Él lo hizo por Daniel, y puede hacerlo por ti. Los acusadores de Daniel no fueron tan afortunados. Darío los hizo arrojar al foso en el que Daniel había pasado la noche. La Biblia dice que “aún antes de llegar al suelo del foso, los leones se apoderaron de ellos y quebraron sus huesos” (vers. 24). Un final triste. Pero ilustra los resultados del pecado. El diablo, como un león rugiente, anda buscando a quien devorar (1 Ped. 5:8). Aquellos que, como los acusadores de Daniel, se han colocado fuera de la protección de Dios, no tienen escudo contra los esfuerzos de Satanás para destruirlos. Pero Dios puede cerrar la boca del diablo en favor de aquellos que han puesto su confianza en él. Qué esperanza, qué gloriosa seguridad: Dios es confiable por siempre. Él nunca nos dejará ni nos abandonará. Dondequiera que nuestras circunstancias nos encuentren, en la enfermedad o en la salud, en la pobreza o en la riqueza, solos o rodeados de amigos, en el dolor o en la alegría, Dios está allí. Él es el Dios que cuida, el Dios que escucha, el Dios que fortalece, el Dios que llena nuestro corazón de esperanza y nos da la capacidad de manejar cualquier cosa que el diablo nos arroje. Él es el Señor siempre presente y todopoderoso, y eso es algo para regocijarse.

Capítulo 7

Reinos en colisión

Daniel 7

Los primeros seis capítulos del libro de Daniel destacan el gran conflicto entre Dios y Satanás, específicamente en relación con la Ley de Dios y las cuestiones de adoración. En el capítulo 1, el rey Nabucodonosor atacó el Templo de Dios en Jerusalén y lo profanó al tomar los vasos sagrados y llevarlos a Babilonia. En el capítulo 2, Dios reveló a Nabucodonosor, en un sueño, que él es el Rey de reyes y supremo sobre todos los asuntos de la Tierra. En el capítulo 3, Nabucodonosor se negó a aceptar la supremacía de Dios y estableció una imagen falsa. El poderoso gobernante mundial aprobó un decreto por el que ordenaba a hombres y mujeres violar los mandamientos de Dios al adorar la imagen que él había hecho. En el capítulo 4, Dios humilló a Nabucodonosor para mostrarle que Dios está en el control. En el capítulo 5, Belsasar, deliberadamente, desafió a Dios al profanar los vasos sagrados del Santuario de Jerusalén. Babilonia cayó esa misma noche cuando Medopersia triunfó. Y, en el capítulo 6, el tema gira en torno a la adoración y la obediencia. Se establece un decreto de muerte contra aquellos que adoran a Dios y son obedientes a sus mandamientos.

El capítulo 7 marca una transición en el libro de Daniel. Los primeros seis capítulos son en su mayoría históricos; los últimos seis son proféticos. Los primeros seis capítulos tratan sobre reyes literales y el Templo literal en Jerusalén. Los últimos seis capítulos no se centran en el Santuario terrenal; se centran en el Santuario que está en el Cielo. En los últimos seis capítulos, surge un nuevo poder, que combina tanto la autoridad religiosa como la política. Este poder procura hacer que los hombres y las mujeres contaminen el Santuario del Cielo. Desafía la Ley de Dios, tal como está establecida en el Cielo mismo. Las lecciones que hemos aprendido en los primeros seis capítulos de Daniel incluyen la fidelidad, la obediencia y la adoración al Dios verdadero. Los últimos seis capítulos aplican estas lecciones en un momento en que este poder político y religioso trata de cambiar el corazón mismo de la Ley de Dios.

Los dos santuarios de la Biblia

Para entender los últimos seis capítulos de Daniel, primero debemos entender algo acerca de los dos santuarios de la Biblia. Después de que Dios sacó a los hijos de Israel de Egipto y los puso en camino hacia la Tierra Prometida, le dijo a Moisés:

“Y [los israelitas] me harán un santuario, para que yo habite entre ellos. Harás el santuario y su mobiliario conforme al modelo que te mostraré” (Éxo. 25:8, 9).

Concluyó su instrucción, diciendo: “Y cuida de hacer todo [el santuario y sus utensilios] conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte” (vers. 40).

Dios llevó a Moisés al monte Sinaí, y allí le mostró el “modelo”: las dimensiones, la disposición y el diseño del Santuario terrenal. El santuario que Moisés construyó en el desierto en el camino a la Tierra Prometida era una estructura similar a una tienda de campaña rodeada por un atrio, o patio. Más tarde, después de que Israel se estableció en la Tierra Prometida, Salomón construyó un santuario permanente siguiendo el mismo “patrón” que el que Moisés construyó. El Templo de Salomón era el de Jerusalén, del que Nabucodonosor se llevó los utensilios sagrados cuando conquistó la ciudad.

En el modelo del Santuario que Dios mostró a Moisés, el edificio se dividía en dos partes: el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. Este Santuario terrenal ilustra el plan de salvación. Era la manera que Dios tenía para enseñar lecciones que la nación israelita necesitaba con el fin de prepararse para la venida de Jesús como el Mesías y Salvador del mundo.

En el Antiguo Testamento, si alguien pecaba, esa persona debía llevar una ofrenda al Santuario. Por ejemplo, si era un cordero, debía ser perfecto, sin mancha ni contaminación. ¡El pecador debía confesar su pecado sobre el cordero y cortarle la garganta con un cuchillo, dejando que su sangre fuera derramada completamente! Esto no era fácil de hacer, sin duda. Esa era la idea. La intención era demostrar la seriedad del pecado: que el pecado resulta en la muerte. Como dice el apóstol Pablo: “La paga del pecado es muerte” (Rom. 6:23). La muerte del cordero también tenía la intención de ilustrar que el Cordero de Dios, el Mesías, vendría a morir en lugar del pecador. Cuando el pecador confesaba su pecado, este era transferido simbólicamente del pecador al cordero. El pecador era culpable. El pecador merecía morir, pero el cordero moría en su lugar. Era el plan de salvación actuado en forma de parábola. “Porque la paga del pecado es muerte, mientras que la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, nuestro Señor” (Rom. 6:23, NVI).

Cuando Juan vio a Jesús, que venía hacia él, dijo: “¡Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” (Juan 1:29). Jesús es nuestro Cordero. Merecemos morir. Quebrantamos la Ley de Dios. Merecemos ir a la tumba y nunca salir de allí. Pero Dios tomó nuestros pecados sobre sí mismo, tal como lo simbolizaba el cordero. En el Santuario terrenal, el pequeño cordero que moría cuando el pecador confesaba su pecado no tenía poder para salvar a nadie. La sangre de ese cordero

no podía perdonar el pecado. Representaba a Jesús, el Cordero de Dios. “La sangre de su Hijo Jesús nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Los israelitas del Antiguo Testamento estudiaron el Santuario y participaron en sus ceremonias y simbolismo. Al hacerlo, se dieron cuenta de que el pecado podía ser perdonado. Se dieron cuenta de que vendría un Cordero que tomaría sus pecados sobre sí mismo y moriría en su lugar. El sacerdote que oficiaba en el Santuario terrenal también representaba a Jesús. El cordero representaba a Jesús en su muerte sacrificial por nosotros. El sacerdote representaba a Jesús, quien vive para nosotros. Todo en el Santuario —cada ceremonia, cada utensilio, cada objeto— representaba algún aspecto del plan de salvación. En sí mismas, estas ceremonias y sacrificios no tenían poder para salvar o perdonar. Eran símbolos que mostraban el poder de Dios para perdonar el pecado y salvarnos de sus consecuencias. El Santuario terrenal era una lección objetiva del gran plan de salvación de Dios.

La Biblia nos habla de otro santuario aparte del que existió en la Tierra durante los tiempos del Antiguo Testamento. “Tenemos un Sumo Sacerdote que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en el cielo; y es ministro del santuario, de aquel verdadero santuario que levantó el Señor y no el hombre” (Heb. 8:1, 2).

¿Recuerdas que Dios le dijo a Moisés que construyera el Santuario terrenal “conforme al modelo” que se le mostró (Éxo. 25:40)? Siguió refiriéndose a un “patrón” que debía ser copiado por el Santuario terrenal. Esto se debe a que hay un santuario en el Cielo, “aquel verdadero santuario que levantó el Señor y no el hombre” (Heb. 8:2). El Santuario en la Tierra era un modelo a escala del gran Santuario original en el Cielo. Hebreos 8 dice que el Santuario terrenal y todas sus ceremonias y sacrificios sirvieron como “copia y sombra del que está en el cielo” (vers. 5).

La conclusión es esta: Se llama la atención sobre dos santuarios en la Biblia: uno en la Tierra y otro en el Cielo. El que está en la Tierra es una copia del que está en el Cielo. Las ceremonias y los sacrificios del Santuario terrenal simbolizaban e ilustraban las realidades de lo que estaba sucediendo en el Santuario del Cielo.

El Santuario Celestial es el foco del conflicto

Ahora, todo esto es el trasfondo para entender los últimos seis capítulos de Daniel. El conflicto en estos capítulos involucra el Santuario celestial. Sin embargo, debido a que el Santuario terrenal era una copia del que está en el Cielo, podemos entender el conflicto que sucede en el Cielo al entender el conflicto que sucede con respecto al Santuario terrenal. A partir de lo que podemos ver en la Tierra, podemos entender lo que no podemos ver en el Cielo.

En los primeros seis capítulos de Daniel, los reyes de Babilonia atacaron el Santuario terrenal en Jerusalén. En los últimos seis capítulos, Satanás trabaja por medio de un poder político y religioso falso que trata de llegar hasta el Cielo mismo y atacar el Santuario de Dios allí. Daniel 7 comienza a hablarnos acerca de ese poder y su ataque al Santuario de Dios. Este es el drama de los siglos. Este es el conflicto entre Cristo y Satanás, que se está desarrollando en todo el Universo.

Daniel recibe su primera visión

En este momento, Daniel está en sus sesenta años. Esta es su primera visión. Él ha interpretado visiones y sueños para Nabucodonosor, como hemos visto. Leyó la misteriosa escritura en la pared para Belsasar. Pero esta es la primera visión que él mismo ha recibido de Dios. La experiencia espiritual de Daniel se enriqueció a medida que pasaba el tiempo.

En el primer año de Belsasar rey de Babilonia, Daniel tuvo un sueño y visiones que pasaron por su cabeza mientras estaba en su cama. Y en seguida escribió un resumen del sueño.

Daniel dijo: “Vi en mi visión de noche que los cuatro vientos del cielo agitaban el gran mar. Y cuatro grandes bestias, diferentes una de la otra, subían del mar. La primera era como un león, y tenía alas de águila. Mientras yo miraba, sus alas le fueron arrancadas; fue levantada de la tierra, y se puso sobre los pies a manera de hombre y le fue dado corazón de hombre.

“La segunda bestia era semejante a un oso. Se puso más alta de un lado, tenía en su boca tres costillas entre sus dientes, y le fue dicho: ‘Levántate, traga mucha carne’.

“Seguí mirando, y vi otra bestia semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en su espalda. Tenía cuatro cabezas, y le fue dado poder.

“Seguí mirando la visión de la noche, y vi una cuarta bestia, espantosa, terrible y muy fuerte; tenía grandes dientes de hierro. Devoraba, destrozaba y pisoteaba las sobras con sus pies; era muy diferente de todas las bestias anteriores, y tenía diez cuernos” (Dan. 7:1-7).

La visión de Daniel comienza con que él mira hacia un paisaje marino ventoso. El viento azotaba el mar y formaba enormes olas. Luego vio cuatro “bestias”, o animales, que salían de las olas, una tras otra. ¿Qué representan estos símbolos

proféticos? El paisaje marino ventoso representa el choque de naciones en colisión (ver Apoc. 17:15). En la Biblia, “bestias”, o animales, representan reinos y naciones. Daniel 7:17 dice: “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra”.

En esta visión, Dios está mostrando a Daniel cuatro reyes, o naciones, que surgirán una tras otra, a partir de conflictos y guerras. En Daniel 2, recuerda, Dios le dio a Nabucodonosor un sueño de una gran estatua hecha de cuatro metales: oro, plata, bronce y hierro. Y esos metales representaban los imperios de Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma. Ahora, en el capítulo 7, Daniel ve en visión cuatro bestias, que representan cuatro reinos. Así como el oro es el más elevado de los metales, así el león es el rey de las bestias. Tal como el primer metal, el oro, representaba a Babilonia, también la primera bestia, un león, representa a Babilonia. En las profecías que tratan con secuencias temporales, Dios siempre coloca el punto de comienzo de la profecía en los tiempos del profeta. Eso tiene sentido, ¿no? El único lugar para empezar es donde estás. Dios comienza donde está Daniel. Comienza con Babilonia. Luego, Dios continúa con la siguiente nación, la siguiente y la siguiente. Así que, Dios comienza con el león para representar a Babilonia. De hecho, Jeremías dice que Babilonia es como un león (Jer. 50:17). El león con alas de águila es un símbolo apropiado de Babilonia. Cuando los arqueólogos alemanes excavaron Babilonia, descubrieron leones con alas de águila en sus paredes. Se pueden ver hoy esos leones en la reconstrucción de las paredes de Babilonia, con los azulejos originales, en el Museo de Pérgamo, en Berlín.

Daniel 2 declara que, después de Babilonia, que gobernó el mundo de 605 a 539 a.C., otra nación se levantaría. Vimos que la nación que derrocó a Babilonia fue Medopersia. En Daniel 7, el profeta ve que una segunda bestia sale del mar: un oso con tres costillas en su boca (Dan. 7:5). Cuando Medopersia reemplazó a Babilonia como un imperio mundial, lo hizo al conquistar las tres provincias de Babilonia: Babilonia, Lidia y Egipto. Por lo tanto, el oso de la visión de Daniel representa a Medopersia. El oso se levanta de un lado, lo que indica el eventual dominio de los persas sobre los medos. Pero había una tercera bestia, un leopardo con cuatro alas en su espalda (vers. 6).

La nación que derrocó a Medopersia fue Grecia. Observa la exactitud de la profecía bíblica. Bajo el liderazgo de Alejandro Magno, Grecia conquistó el mundo muy rápidamente. Ahora, si quisieras elegir un animal para describir la conquista rápida, ¿qué animal elegirías? ¿Un elefante? No. Ciertamente, no una oveja o una vaca. Probablemente, elegirías un leopardo o un guepardo. Y, si quisieras describir una conquista realmente rápida, ¡le pondrías cuatro alas en la espalda!

El leopardo, que representaba a Grecia, también tenía cuatro cabezas. Alejandro murió repentinamente cuando tenía 33 años. Cuando murió, había cuatro generales principales en su ejército: Tolomeo, Casandro, Seleuco y Lisímaco. Con Alejandro muerto, el reino fue dividido en cuatro territorios específicos. La profecía no hace adivinanzas con respecto al futuro; lo conoce con certeza. Dios describió las rápidas conquistas del Imperio Griego como un leopardo con cuatro alas. Y, debido a que Dios sabía que Alejandro moriría joven, puso cuatro cabezas sobre el leopardo, lo que indica que el Imperio Griego sería dividido entre sus cuatro generales.

Finalmente, Daniel vio una cuarta bestia que se levantaba del mar, que seguía después del leopardo. ¿Qué imperio gobernó el mundo después de Grecia? Por supuesto, fue Roma. Esta cuarta bestia, que tenía grandes dientes de hierro, que devoraba todo a su paso, pisoteando y rompiendo todo en pedazos, representaba a Roma.

El foco está en el gran conflicto

En la visión, Dios presentó estas bestias (naciones) con bastante rapidez, porque quería enfocarse en la gran lucha entre el bien y el mal, la lucha al final de los tiempos por la verdad, la justicia y su Ley. La parte histórica de la profecía es solo para posicionarnos en el último conflicto de la Tierra. Así que, veamos más detenidamente a esta cuarta bestia.

Daniel dice:

“Seguí mirando la visión de la noche, y vi una cuarta bestia, espantosa, terrible y muy fuerte; tenía grandes dientes de hierro. Devoraba, destrozaba y pisoteaba las sobras con sus pies; era muy diferente de todas las bestias anteriores, y tenía diez cuernos” (vers. 7).

Aunque similar en algunos aspectos, esta bestia era diferente de las bestias que estaban antes de ella. Recuerda, en la profecía de Daniel 2, la estatua tenía diez dedos, que representaban la ruptura del Imperio Romano en diez tribus que sentaron las bases para las naciones modernas de Europa. En Daniel 7, la cuarta bestia, que representa a Roma, tiene diez cuernos, que representan las divisiones del Imperio Romano. Los paralelos entre Daniel 2 y Daniel 7 son obvios. La gente a veces se pregunta por qué Dios usó metales en Daniel 2 y animales en Daniel 7 para representar los mismos reinos. En Daniel 2, Dios quiso señalar que cada imperio en la Tierra es solo temporal; existen solo por un corto período antes de que la Roca de su Reino eterno los destruya a todos, y se desvanezcan. En Daniel 2, cada metal

es de valor descendente, y la arcilla y el hierro representan una sociedad inestable y desmoronada al final de los tiempos. En Daniel 7, sin embargo, Dios está enfatizando el conflicto entre el bien y el mal que se propagó a lo largo de toda la historia de la Tierra, y que tomará una mayor intensidad al final de los tiempos. En el capítulo 7, él usa animales salvajes para representar imperios mundiales en colisión. Estas feroces bestias guerreras se atacan entre sí, y atacan a Dios y a su Reino. Pero el Reino de Dios finalmente primará.

Surgimiento del cuerno pequeño

Daniel 7 cubre el mismo territorio que el capítulo 2, pero expande su enfoque en los siglos inmediatos que conducen a la segunda venida de Cristo. Nos habla de los eventos que van a ocurrir antes de la segunda venida de Jesús. Un nuevo poder se introduce en Daniel 7:8: “Mientras yo contemplaba los cuernos, vi que otro cuerno pequeño subió entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres de los primeros cuernos Este cuerno tenía ojos como ojos de hombre y una boca que hablaba con gran arrogancia”.

Un cuerno pequeño emerge de entre los diez cuernos de la cuarta bestia y desplaza a tres de ellos. Recuerda, los diez cuernos representan las naciones que aparecieron luego de la caída del Imperio Romano. ¿Qué haría este cuerno cuando emergiera de entre ellos?

“Los diez cuernos significan que de ese reino se levantarán diez reyes. Tras ellos se levantará otro, que será diferente de los primeros y derribará a tres de ellos. Hablará palabras contra el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantará, y tratará de cambiar los tiempos y la ley. Y serán entregados en su mano por un tiempo, dos tiempos y medio tiempo” (vers. 24, 25).

¿Quién es este cuerno? ¿Cuándo surge? ¿Qué hace? Este cuerno pequeño será diferente de los primeros diez. Los otros diez cuernos son poderes políticos. Sea lo que fuera o a quien represente este cuerno, será diferente de los poderes políticos anteriores.

La profecía dice que este cuerno pequeño se levantará de entre los diez cuernos que representan la ruptura del Imperio Romano. Eso significa que debe surgir en algún lugar del antiguo Imperio Romano, y tiene que surgir en algún momento alrededor de la caída de Roma. Los historiadores datan la desintegración del Imperio Romano entre los años 351 y 476 d.C. La profecía dice que este cuerno pequeño sería diferente de los otros cuernos (vers. 24). Los otros cuernos son

entidades políticas. El cuerno pequeño es diferente, porque combina la religión con la política. Es un poder político-religioso. “Derribó” tres de los diez cuernos originales. Tres de las divisiones de Roma serían destruidas, porque no aceptarían las enseñanzas del cuerno pequeño. Este poder tiene “ojos y boca”, y habla “palabras contra el Altísimo” (vers. 8, 25). En la Biblia, los ojos simbolizan la sabiduría. Aquí surge un sistema religioso-político basado en la tradición humana y la sabiduría del hombre más que en la autoridad de la Palabra de Dios. En definitiva, este poder perseguiría al pueblo de Dios e intentaría cambiar la Ley de Dios misma. Tres cosas caracterizan a este poder político y religioso que surge de la ruptura de Roma: (1) hablaría palabras pomposas contra Dios; (2) perseguiría al pueblo de Dios; y (3) trataría de cambiar la Ley de Dios, no las leyes humanas.

La historia ha estado siguiendo las profecías de Daniel como una hoja de ruta. Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma surgieron y cayeron uno tras otro, tal como la profecía dijo que lo harían. El Imperio Romano fue dividido tal como lo predijo la profecía. Finalmente, Daniel 7 dice que, debido a los esfuerzos de este cuerno pequeño, que surgiría de la ruptura del Imperio Romano, habría un ataque contra Dios y su pueblo. Habría intentos de traicionar la verdad y cambiar la Ley de Dios. Habría una desviación de los principios de la Palabra de Dios. ¿Registra la historia algo que corresponda a lo que predijo la profecía? Podríamos preguntarnos: ¿Qué poder religioso-político surgió de las cenizas del antiguo Imperio Romano y se convirtió en una fuerza dominante en Europa Occidental en los siglos IV y V? Solo hay un poder que se ajusta a esta descripción: es la Roma papal. La Iglesia Romana reemplazó al Estado Romano como el poder supremo de Europa Occidental.

Cuando el emperador Constantino (reinó de 306 a 337 d.C.) tuvo su así llamada conversión, mezcló paganismo y cristianismo. Luego, cuando las tribus bárbaras del norte invadieron la Roma pagana (351-476 d.C.), el poder del Imperio disminuyó, pero Roma se convirtió en la capital religiosa del mundo.

Abbott, en su historia de Roma, lo dice de esta manera: “La transferencia de la residencia del emperador a Constantinopla fue un golpe triste al prestigio de Roma, y en ese momento se podría haber predicho su rápido declive. Pero el desarrollo de la iglesia, y la creciente autoridad del obispo de Roma, o Papa, le dio una nueva oportunidad de vida, y la convirtió de nuevo en la capital, esta vez la capital religiosa, del mundo civilizado”.³

El filósofo británico Thomas Hobbes agrega: “El papado no es otro que el ‘fantasma’ del ‘Imperio Romano’ fallecido, que se sienta coronado sobre su tumba”.⁴

Estos desarrollos políticos y religiosos condujeron a la unión de la Iglesia y el Estado en la Edad Media, o Edad Oscura. Hubo un desvío gradual de los principios de la Escritura. Las enseñanzas de los sacerdotes y los prelados reemplazaron las enseñanzas de la Biblia. La forma y el ritual, gradualmente, reemplazaron la simplicidad del evangelio. El sacrificio de la Misa eclipsó el sacrificio de Cristo, y el dogma religioso humano reemplazó los mandamientos de Dios.

Este poder apóstata Iglesia-Estado se levantó y pervirtió el evangelio puro de la Biblia. Lanzó la verdad por el suelo y expuso un evangelio diferente del enseñado por la lección objetiva del Santuario.

Mientras exploramos esta profecía en Daniel 7, consideremos la clara instrucción que el apóstol Pablo dio en el libro de Hechos. Nos ayudará a poner todo esto en perspectiva. El carcelero de Filipos, donde Pablo había estado predicando, vino a él con una pregunta urgente. Él le preguntó a Pablo: “¿Qué debo hacer para ser salvo?” Pablo respondió: “Cree en el Señor Jesucristo y serás salvo” (Hech. 16:30, 31). Pablo señaló el evangelio puro del Santuario: la salvación viene solo de Jesús, el Cordero de Dios que murió por nosotros. Ese es el evangelio de la Biblia. Ese es el plan de salvación de Dios. Somos salvos solo por medio de Jesús, al creer en él y aceptarlo como nuestro Salvador.

La profecía de Daniel 7 señala un momento en que surgiría un poder religioso-político que alejaría a hombres y mujeres de esa verdad sobre la salvación. Enseñaría que la salvación viene a partir de las tradiciones de la iglesia, mediante un sistema humano de tradiciones. Establecería sus propias instituciones en la Tierra. Esta forma apóstata y corrupta de cristianismo alejaría a la gente de la simple verdad de que la salvación viene mediante el Cordero de Dios que murió por nuestros pecados.

Daniel le preguntó a su ángel guía el significado de la profecía del cuerno pequeño (Dan. 7:20). El ángel respondió que el cuerno pequeño “tratará de cambiar los tiempos y la ley” (vers. 25). Con esto, se confirma el cumplimiento histórico del poder del cuerno pequeño. Solo hay un poder que se ajusta a esta descripción. A medida que el Imperio Romano declinaba, la Iglesia Romana estaba ganando poder y autoridad rápidamente.

No sucedió todo de una sola vez o en una fecha específica, pero durante el siglo II, algunos cristianos, especialmente los que vivían en las principales ciudades, como Roma y Alejandría, comenzaron a adorar en el primer día de la semana, el domingo. Una de las razones por las que hicieron esto fue para despegarse de los judíos. Otra razón fue hacer el cristianismo más aceptable ante los paganos. Pero Pablo había advertido a la iglesia que aparecería un misterioso “inícuo”, u

“hombre de pecado” (RVR 1960), un enemigo interno que presumiría hablar en el nombre de Dios. Pablo dijo que cualquiera que rehusara “amar la verdad” sería engañado (2 Tes. 2:8-10). Al comprometer la verdad, la misma Ley de Dios que identifica al Creador, el mandamiento del sábado, sería gradualmente cambiada. Esto parece una predicción asombrosa, pero sucedió tal como la Biblia nos advirtió que sucedería.

John Eadie nos da esta idea: “El domingo fue un nombre dado por los paganos al primer día de la semana, porque era el día en que adoraban al sol”.⁵ Era una fiesta pagana muy popular.

Aquí hay una cita de *The Catholic World* [El mundo católico] sobre el mismo tema:

El Sol era un dios principal del paganismo. Balder el hermoso, el Dios Blanco; así lo llamaban los antiguos escandinavos. Hay, en verdad, algo de realeza, regio, en el Sol, lo que lo hace un emblema apropiado de Jesús, el Sol de Justicia. Por lo tanto, la iglesia, en estos países, parecería haber dicho: “Mantén ese viejo nombre pagano. Permanecerá consagrado, santificado. Y así el domingo pagano, dedicado a Balder, se convirtió en el domingo cristiano, consagrado a Jesús.”⁶

Por favor, piensa en lo que acabas de leer. Aquí hay dos autores, uno protestante y el otro católico, que hablan de un día que Dios santificó en los Diez Mandamientos. Se refieren a una parte de la Ley que tuvo su origen en la creación del mundo (Gén. 2:1-3) y que fue repetida por Dios en el Monte Sinaí mientras el monte temblaba y se sacudía (Éxo. 19:18, 19). Están contando la historia de que los seres humanos cambiaron la Ley grabada por Dios mismo en tablas de piedra (Éxo. 31:18). Dicen que un día dedicado al dios Sol vino a sustituir el sábado como el día de adoración, incluso manteniendo su antiguo nombre pagano. ¿Por qué? ¿Cuál fue la razón o la base del cambio? El domingo era popular como fiesta pagana. En una medida que comprometió sus principios, los líderes de la iglesia se unieron con los líderes civiles en un intento de unir el Imperio. Los paganos se sentían cómodos con el domingo porque, durante miles de años, sus culturas habían adorado al dios Sol. Los cristianos se unieron a esta medida de compromiso en honor de Jesús, el Sol de Justicia, y su resurrección en el primer día. Ahora, el cristianismo se volvió mucho más aceptable para una población pagana.

Aquí, las dos corrientes que habían fluido por separado durante siglos, finalmente, se reunieron y fusionaron: la adoración al Creador y la adoración a la

criatura, la obediencia a Dios y la obediencia a los decretos humanos, la Biblia y la tradición, la verdad y los engaños del enemigo.

Los fieles seguidores de Dios

No todos fueron arrastrados y engañados. Nadie sabe su número, pero muchos, tal vez la mayoría de los cristianos en ese momento, no estuvieron de acuerdo. El cambio fue promovido por los líderes de las grandes ciudades, especialmente Roma y Alejandría. Sin embargo, en muchas áreas, la observancia del sábado continuó de tal manera que, a principios del siglo IV, el emperador Constantino quedó preocupado. Influenciado probablemente por los líderes de la iglesia de Roma, publicó un decreto que, esperaba, resolvería el asunto y traería uniformidad.

Aquí, en parte, está el edicto de Constantino, publicado el 7 de marzo del año 321: “En el venerable Día del Sol...” Venerable es algo que debe ser tratado con reverencia. Él, por supuesto, está hablando del domingo, el “Día del Sol”. “En el venerable Día del Sol, que lo magistrados y las personas que residan en las ciudades descansen, y que todos los talleres cierren”.

El esfuerzo fracasó. La decisión de los líderes de la iglesia a favor de la adoración dominical no había convencido a las muchas personas sinceras para que renunciaran al sábado, y tampoco fueron persuadidas por un decreto imperial. Durante la siguiente década, aproximadamente, los líderes que promovían la observancia dominical se reunieron repetidamente para discutir el problema y publicar nuevos decretos al respecto. El hecho de que se sintieran obligados a dictar estos decretos y edictos es la evidencia más clara posible de que muchas personas aún seguían observando el sábado del séptimo día a principios del siglo IV.

¿Por qué? ¿Por qué estas personas no querían cambiar su día de adoración? Tal vez fueran como los cristianos en la antigua Berea. El libro de Hechos registra que, cuando se las desafiaba en su fe, estas personas nobles “examinaban cada día las Escrituras para ver si esas cosas eran así” (Hech. 17:11). Cualquiera que haga eso nunca podrá ser engañado.

En su libro *The Faith of our Fathers* [La fe de nuestros padres], el cardenal católico James Gibbons escribió: “Pueden leer la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y no encontrarán ni una sola línea que autorice la santificación del domingo”.⁷ El cardenal tiene razón, por supuesto, y agrega: “Las Escrituras imponen la observancia religiosa del sábado, un día que nunca santificamos”.⁸ El cardenal dice

que la Iglesia Católica Romana hizo el cambio por su propia autoridad, y reconoce que, al hacer esto, la iglesia va en contra de lo que la Biblia enseña claramente.

Lo siguiente es de *The Convert's Catechism of Catholic Doctrine* [Catecismo de la doctrina católica para el converso]:

P. ¿Cuál es el día de reposo?

R. El sábado es el día de reposo.

P. ¿Por qué observamos el domingo en lugar del sábado?

R. Observamos el domingo en lugar del sábado porque la Iglesia Católica transfirió la solemnidad del sábado al domingo.⁹

Nota estas dos declaraciones claras:

La Iglesia [Católica Romana] cambió la observancia del sábado al domingo por el derecho de la autoridad divina e infalible que le dio su fundador, Jesucristo. El protestante, al indicar que la Biblia es su única guía de fe, no tiene ninguna autorización para la observancia del domingo. En este asunto, los adventistas del séptimo día son los únicos protestantes consistentes.¹⁰

Todos nosotros creemos muchas cosas con respecto a la religión que no encontramos en la Biblia. Por ejemplo, en ninguna parte de la Biblia encontramos que Cristo o los apóstoles hayan ordenado que el día de reposo sea cambiado del sábado al domingo. Tenemos el mandamiento de Dios dado a Moisés de santificar el día de reposo, que es el séptimo día de la semana, el sábado. Hoy, la mayoría de los cristianos guardan el domingo porque ha sido revelado a nosotros por la iglesia fuera de la Biblia.¹¹

El cristianismo apóstata

Daniel 7 predijo que habría apostasía en el cristianismo. Esto ¿sucedió? Contemplando hacia adelante, en Daniel 8, leemos de este poder: “A causa de la prevaricación, el ejército y el continuo le fueron entregados. Echó por tierra la verdad y prosperó en todo lo que hizo” (vers. 12). La tradición tomaría el lugar de la Escritura. Fuera de Roma, se levantaría un poder político-religioso que

sustituiría las Escrituras por las enseñanzas humanas y trataría de cambiar la misma Ley de Dios.

Muy temprano en la historia de la iglesia cristiana, el apóstol Pablo ya estaba muy preocupado por esta apostasía venidera. Estaba preocupado por el hecho de que habría una desviación de los principios de la Palabra de Dios hasta los últimos días de la historia de la Tierra. Él escribió:

Nadie los engañe en ninguna manera, porque ese día [el del regreso de Jesús] no vendrá sin que antes venga la apostasía y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, que se opondrá y se exaltará contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; hasta sentarse en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios (2 Tes. 2:3, 4).

Este sistema religioso apóstata establecería un falso templo de Dios, un santuario, en la Tierra con sacerdotes terrenales que ofrecen los sacrificios de la misa. A medida que ese sistema crecía y se desarrollaba, la tradición tomaba el lugar de las Escrituras, y se intentaba cambiar la Ley de Dios misma. Mediante las enseñanzas de la iglesia medieval, habría una desviación de las claras enseñanzas de la Palabra de Dios. El apóstol Pedro declaró: “Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hech. 5:29). Pero la Biblia predijo que, en los últimos días, este poder sustituiría los mandamientos de Dios por las tradiciones humanas, las enseñanzas humanas, los mandamientos humanos.

El juicio en el Santuario Celestial

Después del versículo 8, la profecía de Daniel en el capítulo 7 desvía nuestra atención del león, el oso, el leopardo y la terrible cuarta bestia. Se aparta de los diez cuernos y del cuerno pequeño; lejos de la apostasía en la Tierra con su rebelión contra la Ley de Dios. La profecía desvía nuestro enfoque de la Tierra y la fija en el Cielo.

Daniel dice:

Mientras yo miraba fueron puestos tronos, y un Anciano de muchos días se sentó.

Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana limpia. Su trono llama de fuego, y sus ruedas fuego ardiente. Un río de fuego salía delante de él.

Miles de millares le servían, y millones de millones
asistían ante él.

El tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron abiertos
(vers. 9, 10).

En visión, Daniel mira al Cielo y ve el Santuario celestial. Ve a Dios, el Anciano de Días, sentado en su Trono. Él ve miles y miles de ángeles gloriosos que ministran ante el Trono de Dios. Daniel ve que la corte del Cielo se sienta en juicio, y los libros son abiertos. Ve la escena del Juicio Final.

Dios está llamando a hombres y mujeres de todas partes a regresar a los principios puros del evangelio. A volver a guardar sus mandamientos. A ser obedientes a su Palabra. Justo antes de la venida de Jesús, habrá un llamado final de regreso a la Biblia. Un llamado a adorar a Dios en armonía con su Ley y su Palabra.

¿Realmente importa si seguimos a Dios completamente? La profecía de Daniel 7 responde: “Sí”. Importa muchísimo. Importa si estamos totalmente comprometidos con Cristo. Importa si obedecemos los mandamientos de Dios o los mandamientos de los hombres. Importa si seguimos las tradiciones de los hombres o la Palabra de Dios.

Dios nos ha dado sus Diez Mandamientos. Esta profecía habla de un poder religioso y político que surgiría en los primeros días del cristianismo, y que pondría la tradición por sobre la Biblia. Pero, en estos últimos días, Dios nos está llamando de nuevo a la obediencia. El asunto es la lealtad a Dios. Todo gira alrededor de la fidelidad a su Palabra.

Los santos heredan el reino eterno de Dios

La profecía concluye con estas palabras:

“Pero se sentará el tribunal en juicio, y le quitarán su dominio [el del cuerno pequeño], para que sea destruido por completo y para siempre. Y el reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo serán dados al pueblo de los santos del Altísimo, cuyo reino es reino eterno; y todos los dominios le servirán y obedecerán”
(vers. 26, 27).

Cuando Dios creó la Tierra y puso a Adán y a Eva en el Huerto del Edén, les dio dominio sobre el mundo maravilloso que él había creado (Gén. 1:26–28). Fue su diseño original que ellos lo amaran y obedecieran, y que tuvieran dominio sobre la

Tierra, cuidándola como él mismo lo haría. Pero, como sabes, escucharon a Satanás y desobedecieron a su Creador. Perdieron el dominio que les había dado y fueron expulsados de su jardín. Su pecado hizo que la enfermedad, el sufrimiento, la muerte, el desastre, el dolor y la angustia entraran en este mundo.

Jesús vino a este mundo oscurecido por el pecado para cambiar todo eso. Él vino a demostrar que los hombres y las mujeres, que viven en este mundo en medio de todas las tentaciones de Satanás, todavía pueden ser leales y obedientes a Dios. En un mundo de desobediencia, Cristo fue obediente. En un mundo de rebelión, Cristo fue leal. En el conflicto entre el bien y el mal, Jesús propuso en su corazón que él no haría nada que desagradara al Padre. Su victoria restauraría el dominio sobre este mundo al pueblo de Dios.

Daniel 7 termina con la victoria del Reino eterno de Dios contra el ataque de Satanás mediante el poder del cuerno pequeño. La profecía termina con un pulso de armonía y alegría que late por todo el Universo. Al final, Dios triunfa, y:

El reino, el dominio y la majestad de los reinos debajo de
todo el cielo serán dados al pueblo de los santos del
Altísimo, cuyo reino es reino eterno; y todos los dominios
le servirán y obedecerán (vers. 27).

El gran deseo de Dios es que tú y yo vivamos con él en su Reino eterno por los siglos de los siglos. Ese es nuestro destino. Este es su plan para nuestra vida. Esta es la razón por la que él murió, y la razón por la que intercede por nosotros en el Santuario celestial. Él nos quiere en casa con él para siempre.

³ Frank Frost Abbott, *A Short History of Rome* (Chicago: Scott, Foresman, 1906), pp. 235, 236, <https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=mdp.39015063637915&view=1up&seq=272>

⁴ Thomas Hobbes, *Leviathan*, ed. J. Gaskin (Oxford University Press, 1998), p. 463.

⁵ John Eadie, ed., *Biblical Cyclopædia; or, Dictionary of Eastern Antiquities, Geography, Natural History, Sacred Annals and Biography, Theology, and Biblical Literature, Illustrative of the Old and New Testaments* (Londres, 1872), s.v. "Sabbath", <https://archive.org/details/biblicalcyclopea00eadiuoft/page/n9/mode/2up>

⁶ William L. Gildea, "Paschale Gaudium", *The Catholic World* 58, N° 348 (marzo de 1894), p. 809.

⁷ Cardinal James Gibbons, *The Faith of Our Fathers: Being a Plain Exposition and Vindication of the Church Founded by Our Lord Jesus Christ*, 5^a ed. (Londres: John Murphy, 1898), pp. 111, 112.

⁸ Gibbons, *ibid*, p. 112.

⁹ Peter Geiermann, *Convert's Catechism of Catholic Doctrine* (St. Louis, MO: B. Herder, 1946), p. 50, https://www.google.com/books/edition/The_Convert_s_Catechism_of_Catholic_Doctr/6GokT0Qzo0wC?hl=en&gbpv=1&bsq=Saturday

¹⁰ *Catholic Universe Bulletin*, 14 de agosto de 1942, p. 4.

¹¹ "To Tell You The Truth", *Catholic Virginian* 22, N° 49 (3 de octubre de 1947), p. 9.

Capítulo 8

La purificación del Santuario

Daniel 8

El conflicto al que se llama la atención en Daniel 7 se intensifica en Daniel 8 y se centra en los eventos que suceden justo al final de los tiempos. Al profeta se le da otra visión, en la que los animales se utilizan como símbolos. Daniel dice:

Alcé mis ojos y vi un carnero junto al río. Tenía dos cuernos altos, uno era más alto que el otro; aunque el más alto había sido el último en despuntar. Vi que el carnero hería con los cuernos al oeste, al norte y al sur; y ninguna bestia podía pararse ante él, ni había quien escapase de su poder. Actuaba según su voluntad y se engrandecía.

Mientras yo consideraba esto, un macho cabrío venía del oeste, y corría tan de prisa que ni tocaba la tierra. Este cabrío tenía un cuerno notable entre sus ojos. Vino hasta el carnero de dos cuernos que yo había visto junto al río, y corrió contra él con todo el ardor de su fuerza (Dan. 8:3-6).

Dios señala el santuario

Los animales en Daniel 7 eran bestias salvajes: un león, un oso, un leopardo y una bestia feroz con dientes de hierro. En Daniel 8, los animales son diferentes: un carnero y un macho cabrío. Esto es significativo, porque el carnero y el macho cabrío eran

animales utilizados en las ceremonias del Santuario. Al usar un carnero y un macho cabrío como símbolos, Dios quiere decirnos algo. Él quiere señalarnos el Santuario y sus servicios.

En el Antiguo Testamento, cuando un pecador iba hasta el Santuario y ofrecía un cordero perfecto como sacrificio, él o ella estaban representando el plan de salvación de Dios en el que Jesús, el Cordero de Dios, moriría por los pecados de esa persona; y por los pecados de cada persona que ha vivido en la Tierra. El sacerdote rociaba un poco de la sangre del cordero en el velo que separaba las dos habitaciones del Santuario: el Lugar Santo y el Lugar Santísimo. El Lugar Santísimo contenía el Arca del Pacto, un cofre cubierto de oro con dos ángeles de oro colocados en la parte superior. Esto representaba el Trono de Dios en el Cielo. Por esto, esta habitación fue llamada el “Lugar Santísimo”.

Día tras día, durante todo el año, el sacerdote rociaba parte de la sangre de las ofrendas por el pecado en el velo que separaba el Lugar Santo del Lugar Santísimo, del Santuario. En símbolos, los pecados de la gente eran transferidos de ella misma a la sangre del cordero, y esta sangre era rociada en el velo que estaba dentro del Santuario. Por lo tanto, los pecados de la gente se acumulaban simbólicamente en el Santuario. Una vez cada año, en el Día de la Expiación, el Santuario era ritualmente “purificado” de los pecados del año que habían sido llevados allí por la sangre. Se realizaba una ceremonia especial en ese día, y un carnero y un macho cabrío eran sacrificios especiales del Santuario que se utilizaban en el Día de la Expiación, cuando el Santuario era purificado del pecado. Ese día simboliza el Día del Juicio, cuando Dios purificará del pecado al Universo de una vez por todas.

La razón específica por la que Dios usa los símbolos del carnero y el macho cabrío para representar a dos naciones poderosas en

este capítulo es para dirigir nuestra atención al Santuario celestial. A Daniel se le dice más tarde que el carnero representaba a Medopersia, y el macho cabrío representaba a Grecia (vers. 20, 21). Estos mismos imperios, según ya aprendimos, fueron simbolizados en Daniel 7 por un oso y un leopardo. Dios cambió los símbolos de bestias feroces (un oso y un leopardo) a un carnero y un macho cabrío. Lo hizo porque quería que supiéramos, tan pronto como comenzáramos a estudiar la profecía de Daniel 8, que el enfoque de esta profecía está en el Santuario celestial y en su purificación al final de los tiempos.

Los detalles de la profecía son históricamente precisos

Daniel continúa describiendo lo que vio en la visión. Dice que vio al macho cabrío correr hacia el carnero con “todo el ardor de su fuerza” (vers. 6). Luego él dice:

Vi que llegó junto al carnero, lo atacó furiosamente y quebró sus dos cuernos; y el carnero no tuvo fuerza para resistirlo. Después el macho cabrío derribó por tierra al carnero y lo pisoteó; ni hubo quien librase al carnero de su poder.

El macho cabrío se engrandeció mucho, y cuando estaba en su mayor fuerza, ese gran cuerno fue quebrado, y en su lugar salieron cuatro cuernos prominentes hacia los cuatro vientos del cielo (vers. 7, 8).

En detalle preciso y certero, la profecía describe lo que sucedió históricamente con respecto a Medopersia y Grecia. Pero el uso de animales del Santuario —el carnero y el macho cabrío— como símbolos indica que la profecía se refiere, principalmente, no a un desafío político, sino a un desafío religioso en los últimos días

al Santuario de Dios y todo lo que representa. Daniel 8 se enfoca en el ataque de Satanás a la verdad de Dios al final de los tiempos.

El carnero, que representaba a Medopersia, tenía dos cuernos, uno más alto que el otro, que fue el último en despuntar (vers. 3). Observa lo precisa que es la profecía bíblica. El carnero tiene dos cuernos, porque el Imperio Medopersa era una consolidación de dos naciones, los medos y los persas. Persia era el componente dominante de esta alianza. Era más fuerte que el reino de Media, y surgió más tarde, exactamente como la profecía lo representa. Daniel también dice que vio “que el carnero hería con los cuernos al oeste, al norte y al sur” (vers. 4). Esto ilustra con precisión la expansión del Imperio Medopersa.

En la visión de Daniel, el macho cabrío “venía del oeste” (vers. 5). Eso, también, es históricamente exacto. Los griegos atacaron Medopersia desde el oeste y la superaron rápidamente. En la visión, Daniel vio al macho cabrío corriendo hacia el carnero desde el oeste, “tan de prisa que ni tocaba la tierra” (vers. 5); así de rápida fue su conquista.

El “cuerno notable” que el profeta vio entre los ojos del macho cabrío (vers. 5) representaba a su “primer rey” (vers. 21), Alejandro Magno. Ese cuerno se rompió cuando Alejandro murió poco después de su conquista de Medopersia, y cuatro cuernos surgieron en su lugar, lo que representaba a los cuatro generales que lo sucedieron: Tolomeo, Casandro, Seleuco y Lisímaco, que se repartieron el Imperio después de la muerte de Alejandro. Esto estaba simbolizado en Daniel 7, como recuerdas, por las cuatro cabezas (Dan. 7:6). Al hablar del surgimiento de los cuatro cuernos, y luego de la aparición del cuerno pequeño, la profecía declara: “Salieron cuatro cuernos prominentes hacia los cuatro vientos del cielo. De uno de ellos [los vientos] salió un cuerno

pequeño, que creció mucho hacia el sur, y al oriente, y hacia la tierra hermosa [Israel] (vers. 8, 9).

El “cuerno pequeño” entra en escena nuevamente

Los ejércitos romanos dieron un golpe decisivo a los griegos con su victoria en la Batalla de Pidna, en 148 a.C. Roma continuó su conquista del Imperio Griego y finalmente lo venció en la Batalla de Corinto, en 146 a.C. Según la profecía de Daniel, el poder del cuerno pequeño surgiría de Roma en el occidente. Como se predijo, el cuerno pequeño (la Iglesia Romana) surgió de lo que fueron las ruinas del Imperio Romano y extendió su influencia por toda Europa y el mundo. Vimos el mismo simbolismo en Daniel 7. Allí, un cuerno pequeño surge de Roma. Aquí, en Daniel 8, un cuerno pequeño surge del Imperio Romano. Ahora, fíjate en lo que hace este cuerno. Hace guerra contra el ejército del Cielo y lo ataca, y lo pisotea (vers. 10). Aquí no puede estar hablando únicamente de un poder político. El lenguaje de la profecía describe un poder religioso-político que establece un sistema religioso falso al distorsionar la verdad de la Palabra de Dios. Este es un poder religioso que llega hasta el Cielo y se magnifica contra “el Príncipe de los ejércitos” (vers. 11). ¿Quién es el Príncipe de los ejércitos? El Príncipe de los ejércitos es Jesucristo, el “Príncipe de Paz” (Isa. 9:6). Este poder se levanta contra Jesucristo y el Cielo mismo. El apóstol Pablo llama a este poder “el inicuo” y “el hijo de perdición” (2 Tes. 2:3). Él dice que, en los últimos días, habrá una “apostasía” de la verdad de la Biblia. Él dice que este hombre de pecado “se opondrá y se exaltará contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; hasta sentarse en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios” (2 Tes. 2:4). Daniel 8 continúa describiendo el trabajo del cuerno pequeño que se vio por primera vez en Daniel 7.

El apóstol Pablo estaba muy preocupado por el poder del cuerno pequeño. Él advirtió al pueblo de Dios de sus días al respecto y lo llamó a ser fiel a las Escrituras y a la doctrina pura de Jesucristo. Instó a los líderes de la iglesia de Éfeso a ministrar fielmente a la iglesia allí. Él les advirtió: “Sé que después de mi partida entrarán entre ustedes lobos rapaces que no perdonarán al rebaño. Y de entre ustedes mismos se levantarán hombres que enseñarán cosas perversas, para arrastrar a los discípulos en pos de sí” (Hech. 20:29, 30).

“Después de que yo muera —Pablo está diciendo—, surgirán aquellos que vendrán a la iglesia para atacarla desde adentro. No perdonarán al rebaño. Estas persecuciones y falsas enseñanzas surgirán incluso entre los propios líderes de la iglesia”. El apóstol Pablo está advirtiendo a la iglesia primitiva contra el poder de cuerno muy pequeño que Daniel predijo que se levantaría para oponerse a la iglesia, a Dios y a su Santuario.

Eso es exactamente lo que sucedió en las primeras décadas y siglos del cristianismo. Con el fin de convertir a los paganos, las ideas y las formas paganas de culto fueron aceptadas en la iglesia. Hubo una desviación de la verdad bíblica. El poder del cuerno pequeño, que Daniel dijo que vendría, en verdad surgió y “echó por tierra la verdad y prosperó” (Dan. 8:12). El poder del cuerno pequeño se opuso a la verdad del Santuario: el plan de salvación de Dios ilustrado por medio de las lecciones objetivas de los sacrificios y las ceremonias del Santuario. La profecía decía que se eliminaría el “sacrificio diario” (vers. 12, NVI).

¿Cuánto tiempo hasta que el santuario sea purificado?

Luego, en su visión, Daniel escuchó a alguien hacer una pregunta: “¿Hasta cuándo durará la visión del continuo, de la

prevaricación asoladora, y del pisoteo del santuario y del ejército?”

Y él respondió: “Hasta dos mil trescientos días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado” (vers. 13, 14).

¿Cuánto tiempo duraría esta “prevaricación asoladora”? En este pasaje, varias versiones de la Biblia añaden la palabra “sacrificio”. En otras palabras, no esta palabra no estaba en el texto original, sino que fue proporcionada por los traductores en un intento de aclarar el pasaje. La palabra hebrea que algunas versiones traducen como “diario” es *tamid*, que literalmente se traduce como “continuo”, o “continuamente”. *Tamid* se utiliza regularmente para describir los diversos servicios del Santuario. Los sacrificios se ofrecían continuamente. El sacerdote ministraba continuamente. El incienso en el Lugar Santo ascendía continuamente. El pan de la proposición, o “pan de la presencia”, estaba en la mesa de oro continuamente. Las lámparas en el Santuario ardían continuamente. Este pasaje describe un falso servicio del Santuario, con sacerdotes terrenales en sus vestiduras sacerdotales que ministran continuamente con velas, incienso y hostias en un templo terrenal. El llamado del profeta es a centrarse en el sacrificio de Cristo, el ministerio sacerdotal de Cristo en el Santuario Celestial, no en uno terrenal. ¿Cuándo se restauraría la verdad acerca del Santuario celestial? ¿Por cuánto tiempo continuaría esta oposición al continuo en el Santuario?

Daniel predijo que un poder religioso y político crecería, y echaría por tierra la verdad real sobre Jesús y su sacrificio. Se introducirían todo tipo de rituales y tradiciones en lugar de depender de Jesús, el Cordero de Dios. La verdad sobre el Santuario y el sacrificio del Cordero de Dios sería derribada. La verdad acerca de Jesús como nuestro gran Sumo Sacerdote, el

único que puede perdonar nuestros pecados, sería derribada. La verdad acerca de la Ley de Dios y la importancia de la obediencia sería echada por tierra y reemplazada por las tradiciones de los hombres.

¿Hasta cuándo? Esa es la cuestión. ¿Hasta cuándo este cuerno pequeño prosperaría y pisotearía la verdad de Dios y sus enseñanzas del Santuario? El versículo 14 responde: “Hasta dos mil trescientos días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado”.

Al final de este período de tiempo, la verdad de Dios acerca de Jesús como el Cordero que murió por nuestros pecados sería proclamada a todo el mundo. Al final de este período, saldrá a la luz la verdad acerca de Jesús, aquel que nos lleva de regreso a la obediencia a la Ley de Dios. El mensaje eterno de Dios de la verdad para los últimos días es su llamado final a la luz del Día de la Expiación, o Juicio Final de Dios. Su Palabra habla a esta generación, apelando a cada uno de nosotros para que examinemos nuestro corazón en total consagración a su voluntad. El mensaje de la purificación del Santuario es un llamado a dejar que Jesús limpie nuestro corazón por medio de su gracia divina. Así como Israel se reunía alrededor del Santuario terrenal en el Día de la Expiación, nosotros debemos reunirnos alrededor del Santuario celestial por fe. Debemos permitir que su gracia perdone nuestros pecados y que su poder transforme nuestra vida.

¿Qué hay de este período de tiempo de 2.300 días? El texto dice que, después de 2.300 días, el Santuario sería purificado. Si estos son días reales y literales, ¿cuántos años son? Si tenemos en cuenta un año de 365 días, eso resultaría ser solo un poco más de 6 años. Pero, si vamos al versículo 17, donde el ángel Gabriel está explicando la visión a Daniel, encontramos que dice: “Hijo de

Adán, entiende que la visión es para el tiempo del fin”. Así que, esta visión de la purificación del Santuario se aplica al tiempo del fin. El versículo 19 confirma esto. “Y [Gabriel] dijo: ‘Voy a explicarte lo que ha de venir al fin de la ira, porque se cumplirá en el tiempo del fin’”.

El ángel está diciendo que, cuando este período de 2.300 días se agote, entonces el tiempo del fin comienza. Así que, aquí no debemos de estar tratando con 2.300 días literales. Los días literales nos llevarían solo a unos 6 años después del tiempo de Daniel. La respuesta a nuestro problema radica en el hecho de que un “día”, en la profecía bíblica, representa un año de tiempo real. El Señor le dijo al profeta Ezequiel: “Un día por cada año” (Eze. 4:6). La versión Reina-Valera de 1960 dice: “Día por año te lo he dado”. Y Dios le dijo a Moisés que los hijos de Israel vagarían por el desierto durante cuarenta años, después de su negativa a entrar en la Tierra Prometida cuando él así se los había indicado. Caleb y Josué habían pasado cuarenta días explorando la tierra. Ahora los israelitas debían pasar cuarenta años en el desierto antes de que se les permitiera entrar. Dios dijo: “Conforme al número de los cuarenta días en que reconocieron la tierra, ustedes llevarán culpa durante cuarenta años; un año por cada día” (Núm. 14:34). Así que, encontramos el principio en la Biblia de que, en el simbolismo profético, un “día” representa un año de tiempo real. Por lo tanto, los 2.300 días representan 2.300 años literales.

Al final de estos 2.300 años, “el santuario será purificado” (Dan. 8:14). El Santuario en la Tierra era purificado, simbólicamente, en el Día de la Expiación cada año. Ese día representaba el día del Juicio de Dios al final de los tiempos. Así que, la profecía nos está diciendo que el día del Juicio Final de Dios comienza al final

de los 2.300 años. En Daniel 9, descubriremos exactamente cuándo eso sucede.

El santuario que será purificado ¿es el de la tierra o el del cielo?

El “santuario” será purificado al final de los 2.300 años (Dan. 8:14). ¿A qué santuario se refiere? Como ya hemos estudiado, el Santuario en la Tierra era una copia del Santuario original en el Cielo. El Santuario en el Cielo es el verdadero Santuario, el establecido por Dios. El Santuario en la Tierra era una lección objetiva para los israelitas de las realidades del plan de salvación que se lleva a cabo en el Santuario celestial. Después de que Jesús murió como el Cordero de Dios, ascendió al Cielo, donde vive eternamente como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial. Jesús es tanto el Cordero que muere como el Sacerdote que vive para interceder por nosotros. La Biblia dice:

Siendo que tenemos un gran Sumo Sacerdote que entró en el cielo, a Jesús, el Hijo de Dios, retengamos la fe que profesamos. Porque no tenemos un Sumo Sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado. Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro (Heb. 4:14-16).

¿Qué Santuario es purificado al final de los 2.300 años, el de la Tierra o el del Cielo? Tiene que ser el que está en el Cielo, porque no existía el Santuario de la Tierra unos 2.300 años

después del tiempo de Daniel. El Santuario en la Tierra fue destruido por última vez por los romanos en el año 70 d.C.

¿En qué consistía la purificación del santuario?

¿Qué implica la purificación del Santuario en el Cielo? Para responder esa pregunta, necesitamos ver en qué consistía la purificación del Santuario en la Tierra. Cada año, esa limpieza se hacía simbólicamente en el Día de la Expiación, que representaba el día del Juicio Final de Dios.

En el ritual del Santuario en la Tierra, los sacrificios eran ofrecidos en el Atrio todos los días. Todos los días, los pecadores se dirigían al Atrio, confesaban sus pecados y mataban sus sacrificios. Todos los días, el sacerdote llevaba la sangre de estos sacrificios al primer departamento del Santuario, el Lugar Santo, y rociaba parte de ella en el velo que separaba el primer departamento del segundo, el Lugar Santísimo. Por lo tanto, los pecados del pueblo se acumulaban simbólicamente en el Santuario.

Una vez al año, en el Día de la Expiación, el Santuario era purificado simbólicamente de esos pecados acumulados. Ese día, al final del año judío, todos los israelitas se reunían ante la presencia de Dios para examinar su corazón y pedirle que los purificara, al mismo tiempo que hacían un compromiso de lealtad y obediencia. Ese día, y solo ese día, el sumo sacerdote entraba en el Lugar Santísimo para purificar el Santuario. Al hacerlo, todo Israel se reunía alrededor del Santuario. Se arrodillaban y oraban: “Oh, Dios, te amamos. Queremos terminar con nuestros pecados. Queremos ser totalmente obedientes a ti. Queremos que nuestro corazón esté limpio. Queremos complacerte”.

En el Día de la Expiación, se elegían dos machos cabríos. Se echaban suertes sobre estos dos animales sin mancha ni defecto, y uno era sacrificado, y el sumo sacerdote llevaba su sangre al Santuario. No se confesaban pecados sobre este macho cabrío. Su sangre era pura, sangre purificadora. El sumo sacerdote entraba en el Santuario, y rociaba la sangre en el Lugar Santo. Luego avanzaba, más allá del velo, al Lugar Santísimo del Santuario, para rociar la sangre purificadora sobre el Propiciatorio, en el Arca del Pacto, entre los dos ángeles de oro. La Ley de Dios, los Diez Mandamientos, estaba contenida dentro del Arca. En este acto simbólico, el sumo sacerdote purificaba el Santuario de todos los pecados confesados que habían entrado en él, mediante la sangre de los sacrificios, durante todo el año.

Después de que el sumo sacerdote salía del Santuario y una vez en el Atrio, confesaba todos los pecados de Israel sobre el macho cabrío vivo. Levítico 16:21 declara: “Aarón [el sumo sacerdote] pondrá sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo y confesará sobre él todas las iniquidades, rebeliones y pecados de los israelitas, y los pondrá sobre la cabeza del macho cabrío”. A lo largo del año judío, el pecado entraba en el Santuario mediante la sangre del sacrificio, por medio de algunos de los sacrificios que eran comidos por el sacerdote. En el Día de la Expiación, los pecados salían del Santuario y eran puestos sobre la cabeza del macho cabrío vivo. El macho cabrío vivo era llevado al desierto para ser cortado del pueblo de Dios para siempre, y el Santuario y el campamento de Israel quedaban purificados. Durante este servicio, cada israelita debía confesar sus pecados y pedir a Dios que limpiara su corazón. Todo israelita que no participaba en este servicio solemne de confesión y arrepentimiento era “cortado”, o separado, del campamento de Israel.

Ese día representaba el día del Juicio de Dios al final de los tiempos, cuando él extiende su llamado final a los hombres y las mujeres para que abran su corazón a él, y establezcan un compromiso de lealtad y obediencia. En este Juicio final, o purificación del Santuario, el destino de toda la raza humana será establecido para siempre. Las decisiones que hemos tomado revelan nuestra respuesta al sacrificio de Jesús por nosotros. En este juicio de los últimos días, se revelará que Jesús es totalmente amoroso y justo. Su Nombre será exaltado ante el Universo. Quedará totalmente claro, ante cada ser celestial, que, en el conflicto cósmico entre el bien y el mal, Jesús ha hecho todo lo posible para redimirnos.

Jesús será exaltado ante el mundo entero como el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo. Él será exaltado como nuestro Sumo Sacerdote, el que nos conoce, el que nos comprende, el que conoce cada pena y carga. En estos días finales, el Santuario celestial será purificado. Toda la contaminación que generó la religión creada por el hombre habrá desaparecido. Todos los errores enseñados por las tradiciones humanas quedarán expuestos. La purificación del Santuario en el Cielo, al final de los tiempos, es un llamado de Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, a amarlo, obedecerlo, servirlo y entregarle nuestra vida. Daniel 8 es un llamado a ir a Jesús y aceptarlo como nuestro Salvador y nuestro Sumo Sacerdote. Es un llamado a abrir nuestro corazón a él y a aceptar su misericordia, su gracia y su perdón.

Capítulo 9

El calendario de Dios

Daniel 9

Después de su crucifixión y su resurrección, Jesús regresó al Cielo (Hech. 1:9–11). Pero, antes de hacerlo, él prometió a sus discípulos que regresaría a la Tierra. Les aseguró: “Y después que me vaya y les prepare lugar, vendré otra vez, y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, ustedes también estén” (Juan 14:3). Él les dio a ellos (y a nosotros) numerosas señales que nos dirían cuándo su venida está cerca (Mat. 24; Luc. 21). Sin embargo, hay una cosa acerca de su regreso que Jesús nunca nos ha dicho: cuándo, exactamente, será la fecha de su segunda venida. De hecho, él nos ha dicho específicamente que nadie conoce el día ni la hora, ni siquiera los ángeles del cielo (Mat. 24:36).

Dios siempre llega a tiempo

Casi tan pronto como Jesús regresó al Cielo, el pueblo de Dios comenzó a esperar que él regresara en cualquier momento. Hemos esperado muy ansiosamente a lo largo de los siglos. Parece que ha pasado mucho tiempo desde que Jesús se fue y prometió regresar. ¿Por qué la larga demora? ¿Por qué Jesús no ha venido antes?

Así nos parece a nosotros. Pero la demora es solo desde nuestra perspectiva, no desde la de Dios, porque Dios siempre llega a tiempo. Tal vez más claramente que cualquier otro capítulo de la Biblia, Daniel 9 revela que Dios siempre llega a tiempo, que sus propósitos no conocen premura ni demora. Podemos pensar que

hay una demora en el regreso de Jesús a esta Tierra, pero Dios tiene un calendario divino, y nos da una idea de este calendario en Daniel 9. Las profecías de Dios siempre se cumplen exactamente como él ha predicho. Daniel 9 no nos mostrará cuándo regresará Jesús, pero nos mostrará exactamente cuándo comenzó el tiempo del fin.

En el primer año de Darío, hijo de Asuero, de la raza de los medos, que llegó a ser rey de los caldeos, en el primer año de su reinado, yo, Daniel, entendí por la Escritura, por la palabra del Señor al profeta Jeremías, que la desolación de Jerusalén habría de concluir en setenta años (vers. 1, 2).

El primer año del reinado de Darío fue en 539 a.C. ¿Cómo sabemos eso? Recuerda que los medos y los persas derrocaron a Babilonia, tal como lo había predicho la profecía de Daniel 2. La historia nos dice que esto sucedió en 539 a.C.

Daniel fue llevado cautivo por Babilonia alrededor del año 605 a.C., cuando era un adolescente, tal vez de 17 años. Entonces, ¿cuántos años tiene Daniel aquí en el capítulo 9, en el primer año del reinado de Darío el Medo? Las matemáticas nos dicen que Daniel tendría tal vez 83 u 84 años. Está llegando al final de su vida. Él entiende la importancia de conocer la Palabra de Dios. Es un estudiante diligente de la profecía, tal como había quedado registrada en los antiguos pergaminos. Él estaba extremadamente bien informado de las Escrituras. Específicamente, dice que había estado estudiando los escritos del profeta Jeremías. Afirma que, a partir de las profecías de Jeremías, había descubierto que setenta años después de que los babilonios derrocaran a Jerusalén, Dios liberaría a su pueblo de su cautiverio. Puedes encontrar esta profecía en Jeremías 25:11 y

12; y 29:10. Daniel sabía que habían pasado casi setenta años desde que Jerusalén había sido derrocada y él llevado cautivo a Babilonia. Él sabía que el tiempo de la profecía de Jeremías estaba llegando a su fin. Él sabía que Dios siempre cumple su palabra; sus propósitos no conocen premura ni demora. Pero Daniel estaba preocupado porque no podía ver ninguna señal de que la profecía estuviera a punto de cumplirse. Así que, comenzó a orar.

Daniel ora a Dios

Su oración está registrada en Daniel 9:3 al 19. Él dice: “Entonces volví mi rostro al Señor Dios, y lo busqué en oración y ruego” (vers. 3). Él está orando para que Dios libere a su pueblo de la cautividad en Babilonia. Confiesa sus pecados y los pecados de los israelitas que se encontraban en cautiverio.

Daniel sabía que Dios cumple sus promesas. Pero también sabía que Dios no puede bendecir a aquellos que se niegan a honrarlo y obedecerlo. La Biblia dice: “Las iniquidades de ustedes los separaron de su Dios, y sus pecados han hecho que su rostro se oculte de ustedes para no escuchar” (Isa. 59:2). Hay una ley de causa y efecto. Por eso, Daniel incluye este reconocimiento en su oración:

“Todo este mal vino sobre nosotros conforme está escrito en la ley de Moisés; y no hemos implorado tu favor, Señor nuestro Dios, para convertirnos de nuestras maldades y entender tu verdad. [...] Porque eres justo, Señor nuestro Dios, en todo lo que hiciste, porque no obedecimos a tu voz” (Dan. 9:13, 14).

Cuando cualquier persona o nación, a sabiendas y voluntariamente, se aleja de Dios, pierde sus bendiciones divinas. Se enfrentan a angustias, penas y desastres que no habrían tenido que sufrir si no hubieran entrado en esa actitud rebelde. La naturaleza esencial del carácter de Dios es el amor; él no causa angustia ni dolor, pero hay una ley natural de causa y efecto que dice que nuestra rebelión contra él hace que perdamos sus bendiciones, dejándonos más vulnerables a los ataques de Satanás. Satanás es entonces capaz de hacer cosas que de otra manera no sería capaz de realizar. A veces, Dios tiene que enseñarnos con tristeza lo que no vamos a aprender de otra manera. La historia de Israel es la historia de una nación a la que Dios enseñó con profundo dolor debido a su rebelión. La victoria de Babilonia sobre Jerusalén y el pueblo de Dios se produjo porque Israel fue infiel a Dios, y perdió así sus bendiciones y su protección. Eso es lo que Daniel estaba reconociendo en su oración. Daniel termina su oración con estas palabras conmovedoras:

“Ahora, pues, Dios nuestro, oye la oración de tu siervo y sus ruegos, y haz que tu rostro resplandezca sobre tu santuario asolado, por amor del Señor.[...]

“¡Escucha, Señor! ¡Señor, perdona! ¡Atiende, Señor, y obra! ¡No tardes, por amor a ti mismo, Dios mío!, porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo”
(vers. 17–19).

Gabriel viene a responder la oración de Daniel

Daniel sabía que Dios tenía un calendario divino; sabía que los setenta años de cautiverio estaban llegando a su fin. Los seres humanos no tienen idea de lo que depara el futuro. Hay muy

poco que podamos hacer para alterar el gran panorama de los acontecimientos a lo largo de los siglos. Pero el gran Dios del Cielo es lo suficientemente sabio para saber qué hacer y lo suficientemente poderoso para hacerlo. Mientras Daniel ora, el ángel Gabriel se acerca a él para explicarle la visión. Daniel dice:

“Aún estaba hablando en oración, cuando el varón Gabriel, a quien yo había visto en la visión al principio, vino volando con presteza y me tocó como a la hora del sacrificio de la tarde. Me hizo entender y me dijo: ‘Daniel, ahora he venido para darte sabiduría y entendimiento. Tan pronto como empezaste a orar fue dada la respuesta, y yo he venido a enseñártela, porque tú eres muy amado. Entiende, pues, la palabra, y entiende la visión’” (vers. 21–23).

¿Qué visión vino a explicar Gabriel a Daniel? No hay ninguna visión registrada en el capítulo 9. Sin embargo, Daniel había recibido una visión en el capítulo 8, y el ángel Gabriel vino a explicársela (ver Dan. 8:16-19). Pero ¿entendió el profeta la visión incluso después de la explicación de Gabriel en el capítulo 8? No. El capítulo 8 cierra con Daniel preocupado y confundido por lo que había visto en la visión. Él dice: “Y yo, Daniel, quedé quebrantado y estuve enfermo algunos días. [...] Pero quedé espantado acerca de la visión y no la entendía” (vers. 27). Así que, luego de la oración de Daniel en el capítulo 9, Gabriel viene de nuevo para explicar mejor la visión del capítulo 8. Le dijo a Daniel: “Entiende, pues, la palabra, y entiende la visión” (Dan. 9:23).

Él dice: “Daniel, voy a responder a tu oración de una manera mucho más amplia de lo que esperabas. Estás preocupado por

cuándo terminará el cautiverio de tu pueblo, Israel, y puedan regresar a Jerusalén, pero quiero mostrarte un panorama más amplio. Quiero mostrarte cuándo terminará la cautividad del pueblo de Dios bajo el pecado. Quiero mostrarte cuándo será revelada la verdad sobre el Santuario en el Cielo. Quiero mostrarte algo que va más allá del Santuario en la Tierra y la restauración de la adoración para el pueblo judío. Quiero mostrarte lo que dice la visión sobre el fin de los tiempos, cuando la verdadera adoración será restaurada en todo el mundo justo antes de que Jesús regrese”. Dios estaba respondiendo la oración de Daniel de una manera mucho más amplia y significativa de lo que el profeta podría siquiera imaginar. Recordarán que, en Daniel 8:17, Gabriel le dijo a Daniel que la visión “es para al tiempo del fin”.

Antes de analizar los detalles de la explicación de Gabriel de la profecía, hay una pequeña frase que no debemos pasar por alto. Gabriel le dice a Daniel: “Tú eres muy amado” (Dan. 9:23). Tan pronto como el profeta comenzó a orar, Gabriel fue enviado a responder su oración, porque era “muy amado” por el Cielo. Cuando estás de rodillas, orando, eres “muy amado” por el Cielo. ¿Alguna vez has anhelado un lugar muy cercano al corazón de Dios, al que pudieras llamar hogar? Mientras oras, Dios te susurra, como lo hizo con Daniel: “Eres amado en gran manera. Tienes un lugar especial en mi corazón”. Nunca olvides cuánto te ama Dios.

Gabriel comienza a explicar la visión

Gabriel le dice a Daniel: “Entiende, pues, la palabra, y entiende la visión” (vers. 23). ¿Qué aspecto debía comprender? Solo había un aspecto de la profecía de Daniel 8 que el profeta no había comprendido, y ese era el período de tiempo. El ángel Gabriel había explicado claramente el significado del carnero

(Medopersia) y del macho cabrío (Grecia). Explicó la caída de Grecia, el ascenso de Roma, y el poder religioso y político de la Iglesia-Estado que surgiría de Roma. Solo una parte de la profecía del capítulo 8 quedó sin explicar: el período de tiempo, la profecía de los 2.300 días (años) al final de los cuales el Santuario del Cielo sería purificado.

Gabriel comienza a desglosar este período mientras le explica la visión a Daniel:

“Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y tu santa ciudad,

“para acabar la prevaricación, poner fin al pecado,

“expiar la iniquidad, traer la justicia de los siglos, sellar la visión y la profecía,

“y ungir al Santo de los santos.

“Conoce y entiende que,

“desde que salga la orden

“de restaurar y reedificar Jerusalén hasta el Mesías Príncipe,

“habrá siete semanas más sesenta y dos semanas” (vers. 24, 25).

Daniel había estado preocupado por su pueblo, los judíos. Había estado orando por ellos y por la restauración de Jerusalén. Así que, Gabriel comienza diciéndole que “setenta semanas” de los 2.300 días están “determinadas sobre tu pueblo y tu santa ciudad”. ¿Qué significa que estaban “determinadas”? La palabra hebrea usada es *chathak*, y significa “cortado de” o “separado de”. Vimos en el capítulo 8 que un día profético representa un año literal de tiempo real. Hay siete días en una semana, así que ¿cuántos días hay en setenta semanas? Siete por 70 es igual a 490. Gabriel está diciendo que 490 años de los 2.300 años

mencionados en la profecía son “cortados”, o separados, para el pueblo de Daniel.

¿Cuándo comienzan las setenta semanas y los 2.300 días?

Esta es una de las profecías más emocionantes de todo el Antiguo Testamento. Es precisa hasta en sus más mínimos detalles. Muestra que Dios hace las cosas a tiempo y de acuerdo con su plan. Gabriel le explica a Daniel que se cumplirán 2.300 años desde sus días hasta el comienzo del tiempo del fin. Los primeros 490 años se aplican al pueblo judío, y él le menciona cuándo comenzarían estos 490 años.

“Conoce y entiende que,
“desde que salga la orden de restaurar y
reedificar Jerusalén
“hasta el Mesías Príncipe,
“habrá siete semanas más sesenta y dos
semanas.
“La plaza y la muralla se reedificarán” (vers.
25).

Recuerda que, en ese momento, el pueblo de Daniel, los judíos, estaba en cautiverio. Daniel estaba muy preocupado por la fecha en que su pueblo dejaría el cautiverio, reconstruiría Jerusalén y su muro, y se le permitiría restaurar la adoración a Dios. Así que, el ángel Gabriel comienza con un evento que es realmente importante para Daniel: la orden de restaurar y edificar Jerusalén para que se ofrezcan sacrificios y los sacerdotes puedan ministrar en el Santuario nuevamente. Según la profecía, habría 69 semanas, o 483 años, desde el decreto de restauración de la adoración en Jerusalén hasta el Mesías Príncipe, Jesucristo.

¿Cuándo se emitió este decreto de restaurar y reconstruir Jerusalén? Puedes encontrar un registro de ese decreto, emitido por el rey Artajerjes, en Esdras 7. En realidad, se emitieron tres decretos de este tipo, pero el tercero fue el más significativo, porque no solo permitió a los judíos regresar a Jerusalén y reconstruirla, sino también les permitió ser una comunidad religiosa de nuevo y establecer la adoración a Dios en el Santuario. Este fue un decreto especial. El rey Artajerjes lo emitió en el otoño del año 457 a.C.

La venida del Mesías Príncipe

Si contamos 69 semanas, o 483 años, desde el año 457 a.C., avanzando a lo largo de la línea de tiempo de la historia, esto nos lleva al otoño del año 27 d.C. (recuerda, no hay año cero cuando nos movemos de a.C. a d.C.). Según las palabras de Gabriel, entonces, el Mesías aparecería en el año 27 d.C. ¡Y eso es exactamente lo que pasó! “Mesías” significa “el ungido”. En el año 27 d.C., en ese mismo año, Jesucristo, el Mesías, fue bautizado, o ungido, para su ministerio.

En el año quince del gobierno de Tiberio César [...] vino palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y él fue por toda la región del Jordán predicando el bautismo de arrepentimiento para el perdón de los pecados.

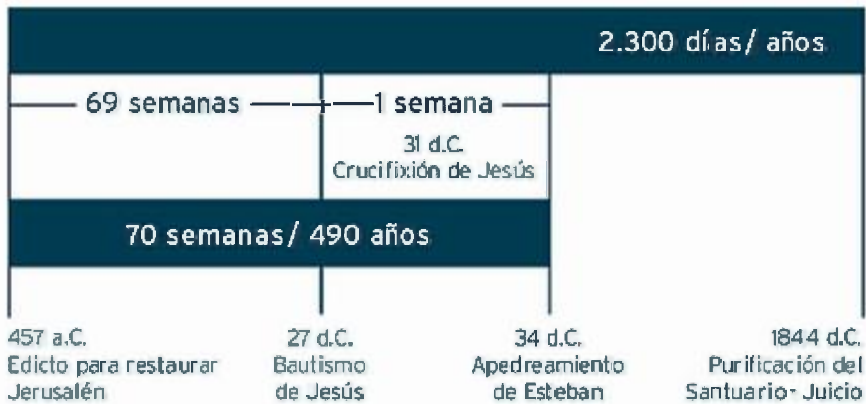
[Juan] respondió a todos: “En verdad yo los bautizo en agua. Pero viene uno más poderoso que yo [...]”.

Cuando todo el pueblo era bautizado, Jesús también fue bautizado. Y mientras él oraba, el cielo se abrió, y el Espíritu Santo descendió sobre él en forma de paloma. Y una voz del

cielo dijo: “Tú eres mi Hijo amado; en ti me complazco” (Luc. 3:1-22).

El Mesías será cortado a mitad de la semana

La profecía no hace adivinanzas con respecto al futuro; lo conoce con certeza. Daniel predijo, con cientos de años de anticipación, la fecha exacta para el bautismo de Cristo. Pero eso no es todo. La explicación de Gabriel continúa: “Le quitarán la vida al Mesías, y nada le quedará. Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario” (Dan. 9:26).



Así, “se quitará la vida al Mesías, mas no por sí” (RVR 1960). Jesús fue crucificado, no por sí mismo, sino por nosotros. Murió por ti y por mí. “Y el pueblo de un príncipe que ha de venir destruirá la ciudad y el santuario”. Después de la muerte del Mesías, la ciudad de Jerusalén y su Santuario serían destruidos. Eso sucedió en el año 70 d.C., cuando el general romano Tito marchó con su ejército hacia la ciudad y la destruyó. El Santuario fue quemado hasta los cimientos.

“En otra semana confirmará el pacto a muchos; y a la mitad de la semana hará cesar el sacrificio y la ofrenda” (vers. 27).

- Setenta semanas (490 años) fueron cortadas de los 2.300 años para el pueblo judío.
- El Mesías vendría después de que 69 de esas semanas (483 años) hayan terminado.
- El decreto para restaurar Jerusalén, que marca el comienzo de las 70 semanas, fue emitido en el otoño de 457 a.C.
- Los 483 años nos llevan al otoño del año 27 d.C., exactamente cuando Cristo fue bautizado.
- El Mesías pondrá fin al sacrificio y la ofrenda a “la mitad de la semana”, la última semana profética (70) asignada al pueblo judío.
- Tres años y medio (media semana profética) desde el otoño del año 27 d.C. nos lleva a la primavera del año 31 d.C. ¿Qué sucedió en ese momento?
- ¡Jesucristo fue crucificado en el tiempo de la Pascua, en la primavera del año 31 d.C., después de un ministerio de tres años y medio, precisamente como la profecía lo predijo!

Cuando Jesucristo, el Cordero de Dios, murió en la Cruz, ya no había necesidad de sacrificios y ofrendas en el Santuario Terrenal, porque la realidad a la que apuntaban había tenido lugar. Por eso, en el momento en que murió, el velo del Templo fue rasgado de arriba abajo, exponiendo el Lugar Santísimo (Mat. 27:51). Los servicios del Santuario eran lecciones objetivas que ilustraban el sacrificio de Jesús y el plan de salvación. Cuando él murió, ya no eran relevantes. Habían cumplido con su propósito. Ahora, los pecadores ya no necesitaban sacrificar un cordero en el Templo; podían ir directamente a Jesús y aceptar su sangre para cubrir su pecado. Jesús es el Cordero de Dios, sacrificado en

nuestro favor, exactamente a tiempo, como la profecía bíblica predijo.

Según la explicación de Gabriel, el pacto de Dios con el pueblo judío sería interrumpido al final de las setenta semanas, en el año 34 d.C. Por supuesto, los judíos podrían ser salvos de manera personal después de ese tiempo, así como cualquier persona musulmana, hindú, judía o cristiana es salva por medio de la sangre de Jesucristo. Pero, después del año 34 d.C., los judíos ya no serían la nación elegida de Dios. El libro de Hechos, capítulo 7, registra la muerte del primer mártir cristiano, Esteban. A partir de este momento, el evangelio se empezó a proclamar poderosamente tanto a los judíos como a los gentiles. Las setenta semanas (490 años), asignadas a los judíos, llegaron a su fin.

La parte restante de los 2.300 años

Recuerda: Las 70 semanas son solo los primeros 490 años de los 2.300 años de la profecía de Daniel. Esta es la parte que se relaciona con el pueblo judío y su nación. La porción restante de los 2.300 años tiene que ver con el pueblo de Dios desde entonces, y se extiende hasta el tiempo del fin y la segunda venida de Jesús. La profecía vincula un evento que ya ha sucedido (la primera venida de Jesús) con un evento que aún no se ha cumplido (la segunda venida de Jesús) para darnos la confianza de que lo que predice la profecía bíblica es verdad. Hemos visto que los eventos relacionados con la primera parte de la profecía se hicieron realidad con una precisión asombrosa. Eso proporciona la seguridad de que los eventos de la parte restante de la profecía también se cumplirán exactamente como se predijo.

La profecía dice: “Hasta dos mil trescientos días de tardes y mañanas. Entonces el santuario será purificado” (Dan. 8:14).

Además, Gabriel le dijo a Daniel: “Hijo de Adán, entiende que la visión es para el tiempo del fin” (vers. 17). Puesto que un día profético equivale a un año literal, los 2.300 días (años) nos llevan al tiempo del fin. ¿Podemos averiguar cuándo terminan los 2.300 años?

¡Claro! Comenzaron con el decreto de “restaurar y reedificar Jerusalén” (Dan. 9:25). Ese decreto de Artajerjes fue emitido, como hemos visto, en el año 457 a.C. Si empiezas en el año 457 a.C. y avanzas 2.300 años en la línea de tiempo de la historia, llegarás al año 1844 d.C. (recuerda, no hay año cero cuando te mueves del año 457 a.C. al año 1844 d.C.). Esta fecha, 1844 d.C., marca el comienzo de lo que la Biblia llama el tiempo del fin, el tiempo del Juicio Final, justo antes de la venida de Cristo. ¡Eso significa que hemos estado viviendo en el tiempo del fin desde 1844! Significa que, desde 1844, la obra de purificar el Santuario en el Cielo ha estado avanzando. Significa que, desde 1844, se ha llamado la atención sobre la verdad acerca de la obra que Jesús está haciendo como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial. La verdad acerca de la Ley de Dios está siendo restaurada. La purificación del Santuario en el Cielo y la obra de juicio, prefigurada por el Día de la Expiación cada año en el Santuario terrenal, trae como resultado que Dios arregle sus asuntos con las naciones. Los poderes impíos y los individuos impíos serán juzgados y encontrados culpables. El pueblo fiel de Dios será exonerado. Ellos están cubiertos por la justicia de su Salvador, Jesucristo. Durante este tiempo del fin, el pueblo de Dios examinará su corazón, pidiéndole que perdone sus pecados y limpie su corazón y su mente de cualquier actitud o práctica en su vida que no esté en armonía con la voluntad de Dios, tal como lo hacían los israelitas durante el Día de Expiación del Antiguo Testamento. Ellos le pedirán que los cubra con el manto de la justicia de Cristo (Isa. 61:10).

Estamos viviendo en la hora del juicio. Desde el año 1844, Dios ha estado restaurando la verdad de las Escrituras ante el mundo; una verdad que había sido descuidada a lo largo de los siglos; una verdad que había sido oscurecida por las tradiciones y las enseñanzas de los hombres. El mensaje de Dios para estos últimos ha estado avanzando, y el tiempo se está acabando. Desde 1844, hemos estado viviendo en el tiempo del fin, los últimos momentos antes de que Jesús regrese. ¡Qué tiempo el que nos toca vivir! Este es el momento de ser fieles a Jesús, nuestro único Sumo Sacerdote y Salvador en el Santuario celestial. Este es el tiempo para asegurarnos de que no hay nada en nuestra vida que nos separe de él.

Ahora es el momento de hacernos eco de la oración de Daniel, registrada aquí en el capítulo 9:

“Inclina, Dios mío, tu oído y oye;[...] porque no derramamos nuestro ruego ante ti confiados en nuestras obras de justicia, sino en tu gran compasión. ¡Escucha, Señor! ¡Señor, perdona! ¡Atiende, Señor, y obra! ¡No tardes, por amor a ti mismo, Dios mío!, porque tu nombre es invocado sobre tu ciudad y sobre tu pueblo” (vers. 18, 19).

¿Harás de la oración de Daniel tu oración? ¿Buscarás a Dios con todo tu corazón? ¿Entregarás, ahora mismo, todo lo que en tu vida no esté en armonía con su voluntad? ¿Por qué no inclinas tu cabeza en un momento de reflexión y le pides a él que, por medio de su Espíritu Santo, se mueva poderosamente en tu vida en este mismo momento?

Capítulo 10

El Dios que escucha la oración

Daniel 10

Dejamos a Daniel, en el capítulo 9, mientras Gabriel le explicaba la visión que había recibido en el capítulo 8. El ángel le dijo que la primera parte de la profecía de 2.300 años se relacionaba con Jerusalén y el pueblo judío. Pero la profecía se extendía hasta el futuro, hasta el tiempo del fin. ¿Cuál fue el efecto de esta información sobre el profeta? Daniel ¿comprendió completamente el significado de esta profecía? ¿Entendió que una batalla por mantener a Israel en cautiverio estaba desarrollándose entre las fuerzas del bien y del mal? El décimo capítulo de Daniel corre la cortina y nos da un vistazo de esta lucha titánica. Proporciona la “historia interna” del conflicto de los siglos entre las fuerzas angélicas y las fuerzas demoníacas. Veamos esta controversia desde la perspectiva de Daniel.

En el tercer año de Ciro, rey de Persia, fue revelada palabra a Daniel, llamado Beltsasar. La palabra era verdadera, y el conflicto grande, pero él prestó atención y entendió la visión. En esos días yo, Daniel, estuve afligido durante tres semanas. No comí alimento delicado, ni entró carne ni vino en mi boca, ni me ungué con perfume, hasta que se cumplieron tres semanas enteras (Dan. 10:1-3).

Daniel ya era un anciano en el tercer año del reinado de Ciro. Él había servido a Dios a lo largo de la historia del reinado de

Babilonia y ahora lo estaba sirviendo durante el reinado de los medopersas. Medopersia derrocó a Babilonia en 539 a.C. Así que, si Daniel hubiera tenido unos 17 años cuando fue llevado cautivo por Nabucodonosor en 605 a.C., tendría aproximadamente 87 en el tercer año del reinado de Ciro. Han pasado setenta años desde que los babilonios derrocaron a Jerusalén. Daniel sabía, por los escritos de Jeremías, que el período de cautiverio judío estaba llegando a su fin (Dan. 9:1, 2). Pero el pueblo de Daniel aún no había sido liberado de su cautiverio. “Comprendió que la visión tenía que ver con sucesos que ciertamente ocurrirían en el futuro” (Dan. 10:1, NTV). Daniel anhela la liberación; anhela que a su pueblo se le permita ir a casa, a Jerusalén, y adorar en un Santuario reconstruido. Él anhela que Dios cumpla su promesa, pero el tiempo señalado era largo, y Daniel está agobiado. Por eso, está de luto, ayunando y orando.

Esperando el regreso de Jesús

Podemos entender cómo se sintió Daniel. Hemos estado esperando mucho tiempo para que Jesús regrese. Poco antes de su crucifixión, Jesús les dijo a los discípulos:

“No se turbe su corazón. Ustedes creen en Dios, crean también en mí. [...] Voy, pues, a preparar lugar para ustedes. Y después que me vaya y les prepare lugar, vendré otra vez, y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, ustedes también estén” (Juan 14:1-3).

Han pasado dos mil años desde que Jesús prometió regresar. El tiempo ha sido largo. Esta Tierra gime por ser liberada. Hay hambrunas, terremotos y desastres naturales de todo tipo. Hay un aumento de la delincuencia y el desorden civil. Hay una adicción desenfrenada a las drogas, tiroteos masivos y hogares

quebrantados. Al igual que Daniel, quedamos llenos de consternación cuando miramos a nuestro alrededor, porque el tiempo señalado es largo. Daniel oró para que los judíos fueran liberados de su cautiverio y regresaran a Jerusalén. Oramos para que seamos liberados de la esclavitud del pecado y la muerte en este planeta, y que seamos llevados a casa a la Nueva Jerusalén, donde nuestro corazón será libre para adorar a Dios. Podemos identificarnos con Daniel.

Durante “tres semanas enteras” (Dan. 10:3), Daniel estaba de luto y oraba para que Dios liberara a su pueblo. Durante tres semanas enteras, mientras Daniel continuaba orando, parecía que nada esabaá sucediendo. Pasó una semana. Pasaron dos semanas. Tres semanas... y Dios no parecía estar respondiendo en absoluto. Daniel no ve evidencias visibles de que Dios esté escuchando.

¿Alguna vez has orado y, aparentemente, no has recibido ninguna respuesta? ¡A veces parece que nuestras oraciones suben solo hasta el techo y bajan de nuevo! No sentimos que Dios está presente o que él nos escucha. Así se sintió Daniel después de tres semanas de orar, ayunar y no obtener respuesta alguna. Entonces, ocurrió algo asombroso.

Alcé mis ojos y vi a un Varón vestido de lino y su cintura ceñida de oro de Ufaz. Su cuerpo brillaba como el berilo y su rostro parecía un relámpago; sus ojos como antorchas de fuego, sus brazos y sus pies como bronce resplandeciente; y su voz sonaba como el estruendo de una multitud.

Solo yo, Daniel, vi esa visión. No la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y

se escondieron. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión. Quedé sin fuerza y desfalecí, sin retener vigor alguno. Al oír el sonido de sus palabras caí desvanecido, rostro en tierra” (vers. 5-9).

Jesús responde las oraciones de Daniel

Durante tres semanas, Daniel aparentemente no había recibido una respuesta a sus oraciones. Ahora aparece un ser de deslumbrante brillo. El brillo de este ser es tan magnífico que Daniel realmente se desmaya al verlo. ¿Quién es este ser de resplandor deslumbrante que consideraba a Daniel tan amado que descendió del Cielo para estar a su lado?

El apóstol Juan vio a un ser similar en visión. Él describió a esta persona con estas palabras:

Vi siete candelabros de oro, y entre los siete candelabros vi a uno semejante al Hijo del hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies; tenía el pecho ceñido con una cinta de oro. El cabello de su cabeza era blanco como blanca lana, como nieve; sus ojos eran como llama de fuego. Sus pies, semejantes al bronce bruñido, acrisolado en un horno; y su voz, como estruendo de muchas aguas. [...] Su rostro era como el sol cuando resplandece en toda su fuerza (Apoc. 1:12-16).

La reacción de Juan a esta gloriosa visión fue muy parecida a la de Daniel. Juan dice: “Cuando lo vi, caí como muerto a sus pies” (vers. 17). Este ser glorioso que Juan vio no era otro que Jesucristo. Él le dijo a Juan: “Yo soy el primero y el último. Soy el

que vivo. Estuve muerto, pero ahora vivo por los siglos de siglos” (vers. 17, 18). La descripción de Jesús en la visión de Juan es casi idéntica a la descripción de Daniel del ser que vio en la visión.

Jesucristo es el Ser celestial que vino al lado de Daniel en respuesta a sus oraciones. Jesús vino para animar a Daniel, elevar su espíritu y darle esperanza. ¡Jesucristo mismo bajó del cielo para reunirse con Daniel!

Cuando parece que nuestras oraciones no están siendo escuchadas, Jesús está allí. Si nuestros ojos pudieran ver las realidades eternas, veríamos a Jesús a nuestro lado, asegurándonos que él está escuchando nuestras oraciones y resolviendo nuestras dificultades. Las promesas de Dios son ciertas. Cuando aparentemente nuestras oraciones quedan sin respuesta, podemos aferrarnos a estas promesas por fe:

“No temas, que yo estoy contigo.

“No desmayes, que yo soy tu Dios que te fortalezco.

“Siempre te ayudaré,

“siempre te sustentaré con la diestra de mi justicia” (Isa. 41:10).

Porque él mismo ha dicho: “Nunca te dejaré ni te desampararé” (Heb. 13:5).

“Y yo estoy con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo” (Mat. 28:20).

Cuando Daniel tenía poca seguridad de las respuestas directas de Dios a sus oraciones, él tenía certeza por la fe: el Cielo estaba obrando en su favor. Nosotros también podemos tener la seguridad de que cada oración sincera ofrecida con fe viva se aloja en el corazón y la mente de Dios, y será respondida en el momento y en la forma que él considere mejor.

Daniel siguió orando durante tres semanas, aunque parecía que nada estaba sucediendo y Dios no estaba escuchando. Pero Jesús estaba escuchando, y vino a sostener a Daniel en su tiempo de necesidad.

En el libro de Daniel, no se representa a Jesús sentado en su Trono, lejos en el Cielo, y separado de su pueblo en la Tierra. En el capítulo 2, él es el que revela el sueño del rey a Daniel. En el capítulo 3, él es el “Hijo de Dios” que desciende para pararse en medio del horno de fuego con Sadrac, Mesac y Abed-nego. En el capítulo 5, él escribe en la pared de Belsasar. En el capítulo 6, cierra la boca de los leones. En los capítulos 7 y 8, él es el centro del Santuario, el Cordero que fue sacrificado por nuestros pecados y nuestro Sumo Sacerdote intercesor, que provee fortaleza para cada necesidad nuestra. En el capítulo 9, él es el Mesías venidero. Y aquí, en el capítulo 10, es el que escucha la oración. Él escuchó la oración de Daniel, y también escucha nuestras oraciones.

Daniel se desmayó al ver a Jesús en su visión. Él se postró sobre su rostro en el suelo, y todas sus fuerzas lo abandonaron (Dan. 10:8, 9). De repente, siente una mano en su hombro, y logra levantarse sobre sus manos y rodillas (vers. 10). Un ángel ha venido a explicar lo que Daniel acaba de ver.

El ángel dice:

“Daniel, varón muy amado, atiende las palabras que te hablaré. Levántate sobre tus pies, porque he sido enviado a ti”. Cuando me dijo esto, me puse en pie temblando.

Él siguió diciendo: “Daniel, no temas. Desde el primer día que aplicaste tu corazón a entender y a humillarte ante tu Dios, fueron

oídas tus palabras, y a causa de ellas yo he venido” (vers. 11, 12).

¿Qué sucede detrás de escena cuando oramos?

Daniel había orado durante tres semanas sin una respuesta aparente de Dios. ¡Sin embargo, el ángel le dice que sus palabras habían sido escuchadas en el Cielo desde el primer día que comenzó a orar! ¡Jesús estuvo escuchando las oraciones de Daniel todo el tiempo! Él apareció en una visión para que Daniel pudiera estar seguro de su amor por él. Dios amó a Daniel, y él nos ama a ti y a mí también. Cuando te sientas deprimido y no haya nada más que oscuridad a tu alrededor, recuerda que eres grandemente amado por el Cielo y que Jesús está escuchando tus oraciones.

La Biblia nos anima, en muchas partes, a orar. Pero ningún otro lugar en la Biblia explica tan claramente lo que sucede detrás de escena cuando oras, como lo hace Daniel capítulo 10. Describe la gran lucha que está sucediendo entre el bien y el mal, y cómo nuestras oraciones afectan el impacto que la lucha tiene en nuestra vida personal. El capítulo 10 revela el gran conflicto entre Cristo y Satanás; desvela los misterios de la oración.

El ángel le explica a Daniel por qué el Cielo tardó tanto en responder su oración. Daniel había estado orando durante tres semanas. El ángel le asegura que sus oraciones fueron escuchadas desde el primer día que comenzó a orar. Quería ir a Daniel inmediatamente. Pero había un problema.

El ángel dice: “Pero el príncipe del reino de Persia se me opuso durante veintiún días. Entonces Miguel, uno de los principales príncipes, vino en mi ayuda, y yo quedé allí con los reyes de Persia. He venido ahora a explicarte” (vers. 13, 14).

El ángel le dice a Daniel: “Voy a explicarte por qué, aparentemente, no hubo respuesta a tu oración. Voy a hacer que eches una mirada entre bastidores al gran conflicto que está ocurriendo entre el bien y el mal. Cuando oraste, tus oraciones subieron al Cielo. Dios estaba tratando de tocar el corazón de Ciro, el rey de Persia, para que ayude a tu pueblo. Pero el problema es que el príncipe del reino Persia se interpuso en el camino”.

El príncipe del reino de Persia

¿Quién es este príncipe del reino de Persia?

Consideremos algo que Jesús dijo en el Evangelio de Juan: “Ahora es el juicio de este mundo, ahora el príncipe de este mundo será echado fuera” (Juan 12:31). ¿Quién es el príncipe de este mundo? Satanás. Si Satanás es el príncipe de este mundo, entonces, ciertamente era el príncipe del reino de Persia. Satanás estaba batallando para que las oraciones de Daniel no fueran respondidas, al influir en la mente de Ciro, incitándolo a evitar que los israelitas regresaran a Jerusalén para reconstruir su ciudad.

En su carta a los Efesios, Pablo escribió: “En ellos [delitos y pecados] anduvieron en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos desobedientes” (Efe. 2:2). Satanás es el príncipe del poder del aire, el que obra en aquellos que son desobedientes a Dios.

Satanás, el príncipe del reino de Persia, estaba luchando contra Dios. Él estaba haciendo todo lo posible para evitar que las oraciones de Daniel fueran respondidas. El ángel de Dios estaba luchando contra Satanás. Ambos estaban luchando por la mente

del rey Ciro. Dios nunca coacciona la voluntad. Él nunca nos obliga a obedecer. Él busca influir en nosotros por medio del Espíritu Santo. Él nos ayuda y nos anima. Pero no nos fuerza ni nos manipula. Somos libres, al final, de tomar nuestra propia decisión. Dios nos ha dado libre albedrío, y él continúa respetando nuestra libertad de elección, incluso en los asuntos cruciales del Gran Conflicto.

Sin embargo, cuando oramos a Dios en busca de ayuda, nuestras oraciones abren nuevos canales para que Dios obre. Debido a las oraciones de Daniel, Dios pudo enviar mayores fuerzas de poder espiritual para abrir la mente de Ciro a la conducción del Espíritu. Él pudo enviar a su ángel a luchar directamente contra Satanás. Durante 21 días, la batalla se libró entre Satanás y las fuerzas de Dios.

¿Qué habría sucedido si Daniel hubiera dejado de orar después de una o dos semanas? La batalla bien podría haberse perdido. Satanás bien podría haber ganado. Nunca debemos dejar de orar. Sigue levantando la mano de la fe cada vez más alto. Si dejamos de orar, dejamos la batalla abierta para que Satanás la gane.

Miguel defiende al pueblo de Dios

El ángel le dice a Daniel que “Miguel” vino a ayudarlo en la lucha con Satanás. ¿Quién es Miguel?

Miguel es nombrado solo cinco veces en la Biblia y, cada vez, está en conflicto con Satanás. Apocalipsis 12 dice: “Hubo una gran batalla en el cielo. Miguel y sus ángeles combatieron contra el dragón, y el dragón y sus ángeles combatieron; pero estos no prevalecieron” (vers. 7, 8). Así que, Miguel tiene ángeles que son leales a él. El versículo 9 identifica al dragón como Satanás, y dice que él y sus ángeles fueron expulsados del Cielo.

Quienquiera que sea Miguel, tiene la autoridad para expulsar a Satanás del Cielo, y es lo suficientemente poderoso como para expulsarlo de allí.

En su carta, Judas habla de que Miguel contendió con el diablo sobre el cuerpo de Moisés (Jud. 1:9). Recuerdas que Moisés murió antes de poder entrar en la Tierra Prometida. Sin embargo, Moisés y Elías aparecieron en la montaña con Jesús cerca del final de su ministerio en la Tierra. Así que, Moisés fue aparentemente resucitado después de morir allí en las fronteras de Canaán. Satanás quería mantener a Moisés en la tumba, pero Miguel contendía con el diablo por el cuerpo de Moisés, y prevaleció. Así que, quienquiera que sea Miguel, tiene el poder de derrotar a Satanás y resucitar a Moisés de entre los muertos.

¿Quién tiene la autoridad suficiente para expulsar a Satanás del Cielo? ¿Quién tiene la autoridad y el poder necesarios para resucitar a alguien de entre los muertos? Jesús es aquel que tiene esa autoridad y ese poder. Miguel es uno de los nombres de Jesucristo. Hay muchos nombres para Jesús. Él es conocido como el Cordero de Dios, porque es nuestro sacrificio por el pecado. Él es la “Puerta” al redil de las ovejas. Él es la “Roca de los siglos”. Él es el “León de la tribu de Judá”. Él es el “Príncipe de Paz”, el “Buen Pastor”, la “Rosa de Sarón” y el “Lirio de los valles”. ¿Por qué hay tantos nombres para Jesús? Porque él es todo para nosotros. Y Miguel es uno de los nombres de Jesús.

Algunas personas se confunden con el nombre de Miguel, porque Judas 9 usa la expresión “Miguel el arcángel”. He aquí algunas cosas para tener presentes. Primero, Jesús ciertamente no es un ser creado. Él no es un ángel, sino que es el Comandante y Jefe de todos los ángeles. En Daniel 10:13, la lectura marginal para la expresión “uno de los príncipes” es “el príncipe principal”. Jesús es eterno. Nunca tuvo un comienzo y nunca

tendrá un final. Él es el Hijo divino de Dios (Miq. 5:2; Juan 1:1-5; 8:58). Los ángeles son seres creados. Jesús ha existido desde los días de la eternidad. Pero Jesús tiene una función especial en el plan divino. Él no es solo nuestro Creador, nuestro Redentor y nuestro Sumo Sacerdote, sino también nuestro Rey venidero. Como tal, es el Comandante en Jefe de todos los ángeles. Jesús declaró: “Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras” (Mat. 16:27). El apóstol Pablo usa el título de arcángel, o comandante de los ángeles, para relacionarlo con Jesús cuando él venga en gloria para llevarnos a casa.

Porque el mismo Señor descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que estemos vivos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes, a recibir al Señor en el aire. Y así estaremos siempre con el Señor (1 Tes. 4:16, 17).

Miguel, el poderoso Conquistador, un día finalmente derrotará a Satanás, vencerá los poderes del infierno, y nos librerá de este “presente siglo malo” (Gál. 1:4).

Miguel es un nombre especial. Es el nombre que Dios usa para describir a Cristo como el Comandante en Jefe de todos los ángeles. Miguel es el nombre de Jesús que enfatiza su poder sobre Satanás. Cuando necesitamos fuerza extra, Miguel acude a nosotros. Cuando necesitamos energía extra, Miguel viene en nuestro socorro. Cuando necesitamos vencer a las fuerzas del infierno, allí viene Miguel.

Recuerda, en los últimos días, habrá un tiempo de angustia, y todas las fuerzas del infierno se ensañarán contra el pueblo de Dios. La Biblia dice: “En ese tiempo se levantará Miguel, el gran Príncipe que protege a tu pueblo. Y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces. Pero en ese tiempo será librado tu pueblo” (Dan. 12:1).

En el tiempo del fin, cuando los poderes del mal estén en su máximo esplendor, necesitaremos toda la ayuda que el Cielo pueda proporcionar. Ahí es cuando Miguel se levantará y nos librará de Satanás. Cada vez que leemos de Miguel en la Biblia, hay liberación. Cuando necesitamos poder en nuestra vida, Miguel viene en nuestro auxilio. Cuando el diablo nos está oprimiendo, Miguel viene a librarnos.

En los últimos días, la mente de los hombres y las mujeres estará envuelta en tinieblas. Satanás mismo tomará el mando de la batalla, sabiendo que el tiempo es corto. En la batalla entre el bien y el mal, en la batalla entre Cristo y Satanás, cuando sentimos que las tentaciones de Satanás son abrumadoras y no podemos continuar, es cuando Miguel se pone de pie y nos libra. No necesitamos temer. Nuestro Señor Jesucristo es el poderoso Libertador y, pronto, regresará para llevarnos a casa.

Capítulo 11

El clímax profético

Daniel 11

Hay una cosa que eleva el espíritu humano y nos mantiene en marcha a pesar de los desafíos que enfrentamos. Se llama esperanza. La esperanza es esa cualidad intangible que mira más allá de las dificultades de la vida hacia un mañana mejor. Nos lleva a vivir vidas con propósito hoy, porque sabemos que un nuevo día está llegando. Anticipa lo mejor de la vida, incluso cuando nos enfrentamos a lo peor de ella. Mira más allá de lo que es, a lo que será. Sigue creyendo, confiando, anticipando y esperando que, fuera de la oscuridad de hoy, la luz del mañana brillará más espléndidamente.

El estadista romano Plinio dijo en cierta ocasión: “La esperanza es el pilar que sostiene al mundo”. Él tenía razón. Sin esperanza, este mundo estaría en un curso de colisión hacia el desastre. Sin esperanza, los cimientos de la sociedad colapsan. Sin esperanza, vivimos nuestra vida en silenciosa desesperación.

Redescubriendo la esperanza

En un mundo que parece fuera de control, ¿cómo podemos redescubrir la esperanza? En un mundo que parece tan incierto, ¿cómo podemos recuperar la esperanza? ¿Hay algo seguro en lo que podamos basar nuestra esperanza? Millones han encontrado esperanza, seguridad y paz al estudiar las profecías de Daniel y Apocalipsis. Estas profecías hablan de esperanza hoy, mañana y siempre. En las historias y las profecías de Daniel, descubrimos a un Dios que nos ama más de lo que podemos imaginar, y que nos

fortalecerá para enfrentar los desafíos de hoy y las pruebas del mañana con un coraje increíble. Él es el Dios de la esperanza.

El libro de Daniel llega a un clímax glorioso al presentarnos el triunfo final de Dios sobre los principados y los poderes del infierno. Revela que, un día, los poderes del mal serán derrotados; un día, el dolor y el sufrimiento de este mundo se habrán ido, y los justos reinarán con Cristo a lo largo de las edades incesantes de la Eternidad.

El capítulo 11 del libro de Daniel amplía y expande las grandes profecías de los capítulos 2, 7, 8 y 9. Este es el mensaje de Dios para nuestros días, que nos permitirá navegar con seguridad por el tiempo del fin y encontrarnos con Jesús cuando regrese.

El capítulo 2 presentó una gran imagen que delineaba cuatro imperios mundiales que se levantarían uno tras otro: Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma. Los diez dedos de la imagen representaban las naciones de Europa que surgirían luego de la caída del Imperio Romano. Una roca golpea la imagen en sus pies, y la destroza en pedazos. Esta escena representa la segunda venida de Jesús, cuando él establecerá su Reino eterno de justicia.

El capítulo 7 cubre un esquema similar de la historia, pero agrega detalles. Una vez más, vemos los cuatro reinos. El cuarto poder, Roma, tiene diez cuernos en lugar de diez dedos, lo que representa una Europa dividida. Pero el capítulo 7 introduce un nuevo elemento: un cuerno pequeño, que representa el cristianismo apóstata, el poder del anticristo. Este poder echa por tierra la verdad del ministerio completo de Jesús en el Santuario celestial. Establece un sacerdocio terrenal y busca cambiar la Ley de Dios con respecto a los tiempos. Luego, la escena en el capítulo 7 cambia el enfoque, de la Tierra al Cielo.

En la corte celestial, Jesús representa a su pueblo obediente, que se ha cubierto con su justicia. Daniel declara: “El tribunal se sentó en juicio, y los libros fueron abiertos”. En esta escena celestial, miles de seres celestiales se reúnen alrededor del Trono del Universo para presenciar el Juicio Final. Este juicio revela, de manera poderosa, que Dios ha hecho todo lo posible para salvar a cada persona que pueda. El Juicio revela la justicia y la misericordia de Dios. Aunque somos salvos por la gracia, solamente por medio de la fe, nuestras obras revelan si nuestra fe es genuina y cumple con el estándar del Juicio.

En el capítulo 8, el tema general de las profecías anteriores continúa. Sin embargo, Daniel 8 presenta tres reinos, no cuatro. ¿Por qué? Babilonia se estaba desvaneciendo rápidamente, y pronto ya no desempeñaría un papel significativo en la historia del mundo. Así que, Dios no presentó a Babilonia en el capítulo 8. En los capítulos 8 y 9, Dios una vez más describe a Medopersia y Grecia, el carnero y el macho cabrío, así como a Roma. Sin embargo, esta vez, se enfoca especialmente en los eventos de los últimos días y el Juicio Final, la restauración de la verdad divina y la purificación del Santuario celestial. Daniel capítulo 9 proporciona la clave para entender los tiempos de los 2.300 días proféticos, o años literales, en Daniel 8, al vincularlos con los eventos de la primera venida de Cristo.

La secuencia profética en las profecías de Daniel

Vemos una repetición de la misma secuencia en cada uno de estos capítulos proféticos de Daniel. Hay una focalización en los grandes imperios de Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma. Luego vemos la desintegración de Roma en diez divisiones, seguida por el surgimiento del poder del cuerno pequeño, que representa una unión de Iglesia y Estado que oscurece la verdad sobre Jesús y su obra en el Santuario celestial. Luego, el foco se

vuelve hacia el juicio que vindica a Dios y a su pueblo, y exalta a Jesucristo y su Ley. Finalmente, viene el regreso de Jesús y el establecimiento del Reino eterno de Dios. Cuando llegamos al capítulo 11, el clímax profético del libro de Daniel, ¿debemos esperar que vaya en una nueva dirección? ¿Debemos esperar que introduzca temas completamente nuevos? ¡Por supuesto que no! Esperaríamos que incluyera todo lo que ha pasado antes y agregara nuevos detalles a la narración más amplia de Daniel.

En Daniel 11, encontramos de nuevo los tres reinos: Medopersia, Grecia y Roma. El último de estos reinos está partido y dividido. En este capítulo, leemos acerca de numerosas batallas en las que se entrecruzan los poderes políticos. Vemos, una vez más, un alejamiento de Dios y de su verdad. Las tradiciones humanas toman el lugar de la Palabra de Dios. Hay un juicio sobre este poder que se exalta contra Dios. Daniel 11 termina con la batalla final de la Tierra entre el bien y el mal, Dios y Satanás.

Gabriel esboza el futuro

En el capítulo 10, Gabriel vino a hablar con Daniel y lo ayudó a comprender mejor una visión. El ángel continúa hablando con Daniel en el capítulo 11. De hecho, todo el capítulo cubre la descripción que hace el ángel de los eventos que están por suceder. Él dice: “Ahora te mostraré la verdad. Aún habrá tres reyes en Persia, y el cuarto se enriquecerá más que todos. Cuando se fortalezca con sus riquezas, despertará a todos contra el reino de Grecia. Se levantará luego un rey valiente, que dominará con gran poder y hará su voluntad. Pero cuando se haya levantado, su reino será quebrantado y repartido por los cuatro vientos del cielo” (Dan. 11:2-4).

Eso sucedió exactamente como la Biblia predijo. Hubo cuatro reyes persas: Cambises, el Pseudo Esmerdis, Darío y Asuero (Jerjes I); y el último fue más rico que todos ellos. Entonces, el ángel describe a un rey poderoso que se levantaría en Grecia y gobernaría: Alejandro Magno. Pero su reino debía ser desarraigado y dividido hacia los cuatro vientos del cielo (vers. 4). Vimos esta misma división en Daniel 7, con las cuatro cabezas del leopardo, que representa a Grecia, y en el capítulo 8, con cuatro cuernos que surgían del macho cabrío. Alejandro murió a los 33 años, y sus cuatro generales se dividieron el poder entre ellos: Tolomeo, Casandro, Seleuco y Lisímaco. Tolomeo dominó el sur y gobernó Egipto. El versículo 5 dice: “El rey del sur se fortalecerá [...] llegará a ser más poderoso, y su dominio será grande”.

Así que el capítulo 11 presenta a Egipto bajo los tolomeos como el rey del sur. Egipto, a lo largo de los siglos, fue una nación que se rebeló contra el Dios del Cielo. En el tiempo de Moisés, el faraón egipcio desafió a Dios y se negó a liberar de su esclavitud a los hijos de Israel. Cuando pensamos en Egipto, pensamos en este desafío y rebelión contra Dios. Egipto era un poder opuesto a Dios. En Daniel 11, cuando leemos acerca del “rey del sur”, estamos leyendo acerca de Egipto. Pero el rey del sur denota algo mucho más amplio en el conflicto entre el bien y el mal. El rey del sur es un poder que sacude su puño ante el rostro de Dios. Egipto representa más que solo una nación; representa la rebelión y el desafío hacia Dios.

El rey del sur y el rey del norte

A medida que avanzamos en Daniel 11, estaremos leyendo sobre el “rey del sur” y el “rey del norte”. Estas direcciones geográficas se dan en referencia a Israel. Egipto era una potencia que se encontraba al sur de Israel. Babilonia era una potencia que se

situaba al norte de Israel. Como Egipto, Babilonia era un poder opuesto al verdadero Dios. Significaba confusión y apostasía religiosa. Así que estos términos, “rey del sur” y “rey del norte”, representan a Egipto y Babilonia, respectivamente. Pero representan mucho más que estas naciones literales. El rey del sur representa el desafío y la rebelión contra Dios. El rey del norte representa la confusión espiritual y la apostasía religiosa.

Hasta ahora, en Daniel 11, hemos visto que Medopersia daría paso a Grecia. A Grecia le seguiría Roma. Uno de los cuatro generales griegos, Tolomeo, se establecería en Egipto, introduciendo la idea del rey del sur, o el poder que surgiría para desafiar y rebelarse contra Dios. Los versículos 6 al 19 introducen una serie de batallas y luchas por el poder entre las diversas facciones del rey del sur y el rey del norte. El versículo 20 presenta a Roma, el próximo imperio mundial después de Grecia. Dice: “Entonces lo sucederá uno que enviará a un cobrador de tributos para mantener la gloria del reino”. Los tributos serían impuestos sobre la tierra de Israel. Lucas registra: “En esos días Augusto César ordenó levantar un censo en todo el mundo” (Luc. 2:1). Fue el decreto de Augusto que imponía tributos lo que llevó a José y María a Belén.

Daniel 11 dice de este gobernante que impondría tributos, César Augusto: “En pocos días será destruido” (vers. 20). César Augusto murió muy rápidamente. El versículo 21 dice: “Y lo sucederá un hombre vil, a quien no le habían dado la honra del reino. Pero vendrá sin aviso y tomará el reino con halagos. Las fuerzas enemigas serán barridas ante él como con inundación, y serán del todo quebrantadas junto con el Príncipe del pacto”.

Tiberio César siguió a Augusto César, y Tiberio César era un gobernante astuto y sagaz, dispuesto a destruir a cualquiera que pensara que podría ser crítico u opuesto a su gobierno. Tiberio

nunca fue honrado como lo fue Augusto. El general romano Tito, durante el reinado de Tiberio César, atacó Jerusalén y la destruyó. El pueblo de Dios fue quebrantado y destruido. Los judíos fueron dispersos por todo el Imperio Romano. La profecía dice que el “príncipe del pacto” también sería quebrantado. ¿Quién es el príncipe del Pacto? Jesucristo. Según la profecía, los romanos atacarían Jerusalén y participarían con los judíos en la muerte de Jesucristo, el príncipe del Pacto (ver también Dan. 8:11; 9:26). El libro de Daniel presenta la historia por adelantado.

Aquí hay una clave importante para entender la profecía bíblica. Hasta el tiempo de Jesús, las naciones mencionadas en Daniel y Apocalipsis son literales y locales. Egipto y Babilonia fueron ciudadelas de rebelión que oprimieron al pueblo de Dios y desafiaron la Ley de Dios. El Israel literal, por otro lado, era el pueblo escogido de Dios, llamado a revelar su estilo de vida como luces al mundo. Cuando el “príncipe del pacto”, Jesucristo, murió en la Cruz, el velo del Templo sagrado judío se dividió en dos. La presencia de Dios se retiró del Templo. Cristo declaró: “La casa de ustedes queda desierta” (Mat. 23:38). Israel ya no era exclusivamente el pueblo elegido de Dios. Todos los que aceptaron el evangelio ahora se convirtieron en israelitas espirituales. El apóstol Pablo declara: “Ya no hay judío ni griego, [...] todos ustedes son uno en Cristo Jesús. Y ya que son de Cristo, de cierto son descendientes de Abraham y, conforme a la promesa, herederos” (Gál. 3:28, 29). El pueblo de la nación judía se enorgullecía de ser del linaje, o simiente, de Abraham. El concepto de Pablo debió haber sido un pensamiento revolucionario. Pedro declara que los creyentes del Nuevo Testamento son un “linaje elegido, real sacerdocio, nación santa” (1 Ped. 2:9). El pueblo de Dios, su iglesia, ahora se ha convertido en el Israel espiritual, el escogido por Dios para compartir la luz gloriosa del evangelio con el mundo.

Este principio también se aplica a Babilonia y a Egipto. Para los días de Cristo, ya había pasado mucho tiempo desde que Babilonia fuera reducida a un montón de cenizas. El esplendor de Egipto en gran medida se había desvanecido en la insignificancia. Babilonia y Egipto ya no eran actores importantes en la escena mundial, pero simbolizaban poderosamente dos ideologías: la rebelión abierta contra Dios y la apostasía espiritual. Consideraremos el significado de estos símbolos un poco más adelante en el capítulo. Con estos antecedentes, volvemos a nuestro estudio del capítulo 11.

Surge un poder religioso y político

Siguiendo la secuencia que hemos visto en los capítulos proféticos de Daniel, ahora esperaríamos que el capítulo 11 centre nuestra atención en un poder religioso y político apóstata que surgiría después de la ruptura de Roma. Esperaríamos una desviación de la verdad de la Palabra de Dios, y eso es exactamente lo que encontramos.

“Estos dos reyes con el corazón inclinado al mal, y en una misma mesa, se dirán mentiras. Pero de nada les servirá, porque el fin vendrá en el plazo designado” (vers. 27).

Daniel 11 ahora está comenzando a llevarnos al tiempo del fin. Estos versículos comienzan a mostrarnos los primeros siglos después de la caída del Imperio Romano y el ascenso del cristianismo apóstata. Ellos nos muestran los esquemas y las falsas enseñanzas del poder del anticristo. Luego nos llevan al final de los tiempos.

“Sus fuerzas profanarán el santuario de la fortaleza, quitarán el continuo y pondrán la abominación asoladora” (vers. 31).

Como hemos visto anteriormente, el Santuario era una lección objetiva que ilustraba el plan de salvación de Dios. El centro del servicio del Santuario era el cordero del sacrificio, que representaba a Jesucristo, el Cordero de Dios, que murió por los pecados del mundo. El Santuario es contaminado al poner cualquier sistema de obras humanas en el lugar de la gracia salvadora de Jesucristo. El sacerdote que oficiaba en el Santuario también representaba a Jesús y su ministerio en el plan de salvación. El Santuario es contaminado al colocar a un sacerdote humano entre la persona y Dios, elevando a un sacerdote humano a una posición reservada solo para Dios.

“El rey hará a su voluntad, se ensoberbecerá y se exaltará sobre todo dios. Hablará terribles ofensas contra el Dios de los dioses; y prosperará hasta que se complete la ira, porque lo que está determinado se cumplirá” (vers. 36).

El “rey”, en este versículo, es el poder del anticristo que se levantaría para contaminar el Santuario. Él seguirá su propia voluntad en desafío a la Ley de Dios. Él se exaltaría y se engrandecería por encima de Dios. Él hablaría blasfemias contra Dios. Este poder del anticristo crecería y prosperaría como un fuerte poder religioso hasta el final. Este poder apartaría a los hombres y las mujeres de la verdad de que la salvación es solo por medio de Jesucristo. Se establecería un sistema de penitencias y obras para ganar la salvación. Los sacerdotes terrenales tomarían el lugar de nuestro gran Sumo Sacerdote, Jesucristo, como el único Mediador entre Dios y la humanidad. Habría un intento de cambiar la misma Ley de Dios.

El apóstol Pablo vio venir este poder en sus propios días y advirtió en contra de él.

Nadie los engañe en ninguna manera, porque *ese día no vendrá* sin que antes venga la apostasía y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición, que se opondrá y se exaltará contra todo lo que se llama Dios, o que se adora; hasta sentarse en el templo de Dios como Dios, haciéndose pasar por Dios. [...] El misterio de iniquidad ya está obrando (2 Tes. 2:3, 4, 7; énfasis añadido).

En los últimos días, el asunto será un conflicto por la adoración y lealtad a Dios, tal como lo fue en Daniel 3 cuando el rey exigió que Sadrac, Mesac y Abed-nego se inclinaran y adoraran la imagen de oro que él había erigido. La Iglesia y el Estado estarán unidos en un poder religioso-político apóstata que intenta cambiar la Ley de Dios, y llevar a los hombres y las mujeres a desobedecer a Dios y adorar la falsificación que ha establecido. Sin embargo, Dios tendrá un pueblo que permanecerá leal, obediente y fiel sin importar el costo.

“El pueblo que conoce a su Dios se esforzará y actuará. Los sabios del pueblo instruirán a muchos, y caerán a espada y a fuego, en cautiverio y despojo, por algunos días” (Dan. 11:32, 33).

La lucha final entre el bien y el mal

Daniel 11 culmina con algunos de los versículos más emocionantes de toda la Biblia. Describe esta lucha titánica por el control del mundo en la batalla entre el rey del norte y el rey del sur.

“Pero en el tiempo del fin, el rey del sur contendrá con él. Y el rey del norte se levantará contra él como una tempestad, con

carros y gente de a caballo y muchas naves. Entrará en las tierras, las invadirá y pasará” (Dan. 11:40).

Recuerda dónde nos situamos temporalmente en la profecía. Estamos más allá de las naciones de Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma. Estamos en la sección de la profecía que trata de la apostasía espiritual. En el libro de Daniel, el norte y el sur se dan en referencia al pueblo de Dios, Israel. Babilonia está al noreste, y Egipto está al sur de Israel. Después del tiempo de Cristo, lo que era literal y local, ahora, se vuelve simbólico y universal. A lo largo de la profecía bíblica, Babilonia representa la confusión espiritual, la religión falsa y las tradiciones fabricadas por el hombre. En Apocalipsis 14, 17 y 18, Babilonia representa el mismo poder que el cuerno pequeño de Daniel 7 y el poder que se exalta sobre Dios aquí en Daniel 11, o la Roma papal. Las profecías tienen una clara progresión: Babilonia, Medopersia, Grecia, Roma, la desintegración del Imperio Romano, el surgimiento de un poder religioso apóstata (Roma papal), el Juicio y la segunda venida de Cristo. Si el rey del norte representa al papado, ¿qué representa el rey del sur? Recuerda, Egipto era una nación de monumental esplendor y enorme riqueza. Su faraón se burló de Dios al declarar: “¿Quién es el Señor para que yo obedezca su voz y deje ir a Israel?” (Éxo. 5:2). Aunque Egipto tenía múltiples dioses, rechazó al Dios del Cielo. Lo desafió.

La batalla entre el rey del norte y el rey del sur por el control del mundo es esencialmente una batalla entre las fuerzas de la religión falsa bajo los auspicios del papado y el materialismo secular, la impiedad y el humanismo. Estas características se pueden encontrar en Europa a finales de la Edad Media, en la Revolución Francesa del siglo XVIII, en las enseñanzas de Darwin del siglo XIX, o el ascenso del comunismo en el siglo XX. Según

Daniel 11, en un momento de crisis internacional, agitación política e incertidumbre mundial, una unión entre Iglesia y Estado, bajo el papado, lucha contra todos los poderes seculares de este mundo y los domina. Durante un corto período, la Iglesia y el Estado se unen bajo los auspicios de la Iglesia Romana. Como consecuencia, surge la opresión y la persecución para aquellos que no se ajustan a los decretos de la iglesia estatal. “Pero noticias del oriente y del norte lo espantarán, y saldrá con grande ira para destruir y matar a muchos” (Dan. 11:44). Las buenas nuevas del evangelio serán predicadas hasta los confines de la Tierra en preparación para la venida de Jesús (Mat. 24:14). La Tierra será iluminada con la gloria de Dios (Apoc. 18:1). “La tierra se llenará del conocimiento de la gloria del Señor” (Hab. 2:14). El poder del anticristo “llegará a su fin, y no tendrá quien le ayude” (Dan. 11:45). “Como el relámpago sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será la venida del Hijo del hombre” (Mat. 24:27). Las buenas noticias del oriente son la proclamación del evangelio a cada nación, pueblo y grupo lingüístico con el fin de preparar a las mujeres y los hombres para el regreso de nuestro Señor.

Daniel 11 es un claro llamado a la fidelidad a Dios a la luz de la Eternidad. Vivimos al filo de la Eternidad, y Dios nos invita, por su gracia y mediante su poder, a estar plenamente comprometidos con él.

El pueblo de Dios permanece fiel

Incluso en tiempos de gran oscuridad espiritual, Dios siempre ha tenido a aquellos que permanecieron fieles a él. Durante el tiempo del poder del anticristo, a lo largo de los siglos llamados Edad Media, o Edad Oscura, parecía que la verdad de Dios desaparecería por completo. Pero siempre hubo quienes se negaron a ajustarse a las demandas del poder religioso

imperante. Decidieron, como Daniel, no contaminarse con la desobediencia a Dios.

Los valdenses fueron uno de estos grupos fieles. Copiaban las Escrituras a mano en escondites secretos en las cuevas de las montañas. Sus hijos memorizaban grandes secciones de la Biblia. La iglesia estatal unió todo su poder y sus ejércitos para erradicarlos. Muchos fueron asesinados por la espada y las llamas, como Daniel 11 lo predijo. La Edad Oscura fue una época sangrienta en que la gente fue masacrada por permanecer fiel a Dios.

Uno de esos mártires fue Jan Hus, de Praga, Bohemia (ahora parte de la República Checa). Fue condenado como hereje y sentenciado a ser quemado en la hoguera, porque predicó fielmente la Palabra de Dios y se negó a seguir las tradiciones humanas que habían sido colocadas por sobre los mandamientos de Dios. En el lugar en que iban a ejecutarlo, se arrodilló y oró en voz alta. Sus verdugos ataron sus manos detrás de su espalda con cuerdas y ataron su cuello a la estaca con una cadena. Luego apilaron madera y paja alrededor de su cuerpo encadenado. Antes de que prendieran fuego a la pila, Hus declaró: “Dios es mi testigo de que nunca he enseñado aquello de lo que he sido acusado por testigos falsos. En la verdad del evangelio que he escrito, enseñado y predicado, moriré hoy con alegría”.¹² A lo largo de estos extensos siglos de apostasía espiritual, los hombres y las mujeres fieles que vivieron para la verdad de Dios prefirieron derramar su sangre en lugar de desobedecer a Dios.

Daniel 11 se enfoca en el tiempo del fin, cuando este poder del anticristo y la religión falsa crecerán en popularidad y prominencia. Nos lleva a lo que va a suceder pronto en nuestros días. Se centra en la crisis final entre el bien y el mal en nuestro

tiempo. La Biblia nos asegura que, en esa crisis final, Dios tendrá un grupo de personas que serán fieles a él. El apóstol Juan representó este mismo momento crucial, cuando la historia de este mundo está a punto de ser cambiada para siempre por la segunda venida de Jesús. Señala al pueblo fiel de Dios, diciendo: “¡Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús!” (Apoc. 14:12). En la crisis, justo antes de que Jesús regrese, Dios tendrá un grupo de personas que lo aman y que aceptan a Jesús como su único Salvador, un pueblo que es obediente y fiel a su Ley, porque lo aman.

¹² Samuel Macauley Jackson, ed., “Huss, John, Hussites”, *New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge* (Grand Rapids, MI: Baker Book House, 1953), t. 5, p. 418, https://ccel.org/ccel/schaff/encyc05/encyc05/Page_418.html

Capítulo 12

Cerrando el libro

Daniel 12

Al estudiar el libro de Daniel, hemos notado la secuencia divinamente elaborada de las porciones proféticas del libro. Hay una progresión diseñada minuciosamente en cada una de las profecías de Daniel en los capítulos 2, 7, 8, 9 y 11. Cada profecía sucesiva se basa en las profecías anteriores en un patrón de repetición y ampliación. Ya hemos descubierto que, sin importar dónde pueda comenzar, cada profecía de Daniel termina con el regreso de Jesús y el establecimiento de su Reino eterno. La historia no es circular; no va en ciclos interminables. Las profecías de Daniel nos llevan a lo largo de los siglos hasta el gran final de todas las cosas. El libro de Daniel revela que hay esperanza para nuestro planeta cansado y lleno de pecado. El libro de Daniel dice: “¡Qué tu corazón lata de esperanza!” Y todo el libro llega a un gran clímax en el capítulo 12, con la victoria final de Cristo sobre todas las fuerzas del mal.

Miguel se pone de pie para liberar a su pueblo

El enfoque del capítulo 12 está en el momento en que Dios libera a su pueblo.

En ese tiempo se levantará Miguel, el gran Príncipe que protege a tu pueblo. Y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces. Pero en ese tiempo será librado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro. Muchos de los

que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna. Entonces los sabios resplandecerán como el fulgor del firmamento; y los que enseñan justicia a la multitud, como las estrellas a perpetua eternidad (Dan. 12:1-3).

En el capítulo 10, descubrimos que Miguel es uno de los nombres para Jesucristo. Jesús es eterno. Él no es un ser creado como los ángeles. La palabra Miguel significa literalmente “uno que es como Dios”. Este nombre se usa para Jesús como el Dios poderoso en conflicto directo con Satanás. En los últimos días de la historia de la tierra, Miguel, Jesucristo, se levantará para liberar a su pueblo. Él es el poderoso guerrero que nunca ha perdido una batalla contra Satanás. Él es el conquistador todopoderoso. Él es nuestro Señor triunfante. Podemos tener absoluta confianza de que un día él derrotará a los poderes de las tinieblas. Tenemos la seguridad total de que, en Cristo, por medio de Cristo y por Cristo, estamos en el lado ganador. La frase “se levantará”, del versículo 1, es una interesante elección de palabras. Implica que Miguel ha estado sentado antes de ponerse de pie. ¿Tenemos alguna descripción, en las profecías de Daniel, de que hubo un tiempo en que Jesús, el Hijo del Hombre, se haya sentado?

En el capítulo 7, Daniel dice:

Mientras yo miraba fueron puestos tronos, y un Anciano de muchos días se sentó. Su vestido era blanco como la nieve, y el cabello de su cabeza como lana limpia. Su trono llama de fuego, y sus ruedas fuego ardiente. Un río de fuego delante de él. Miles de

millares le servían, y millones de millones
asistían ante él. El tribunal se sentó en juicio,
y los libros fueron abiertos (Dan. 7:9, 10).

Esta es la descripción del profeta del juicio que está sucediendo en el Cielo. El Anciano de Días (Dios el Padre) se sienta cuando la corte es convocada, y el juicio comienza. Daniel nos está diciendo que, al final de los tiempos, justo antes de la venida de Jesús, habrá un juicio cósmico y eterno que examinará los libros de registro y revelará que Dios es justo, equitativo y recto en la forma en que él ha tratado cada caso en el conflicto entre el bien y el mal. En el Juicio, ante un mundo que expectante y un Universo que observa, el destino de cada persona queda decidido.

Daniel continúa describiendo lo que vio en la visión: “Seguí mirando en la visión nocturna, y vi que en las nubes del cielo venía como un Hijo de Hombre; llegó hasta el Anciano de días y fue llevado ante él” (vers. 13).

El Padre y el Hijo se sientan juntos para juzgar. Jesús se sienta en su trono junto al Padre al comienzo del Juicio. Luego, al final del Juicio, se pone de pie para liberar a su pueblo. Como hemos visto, la profecía de los 2.300 días (años) terminó en el año 1844. Desde entonces, hemos estado viviendo en lo que la Biblia llama la hora del Juicio de Dios. El Anciano de Días y Jesús, el Hijo del Hombre, se sientan en la corte celestial, para decidir el destino de cada ser humano. Al final del Juicio, Miguel se levantará.

¿Por qué Jesús es llamado el Hijo del Hombre en Daniel 7 y Miguel en el capítulo 12? Cada título, o nombre de Jesús, revela un aspecto diferente de su obra. Él es llamado el Hijo del Hombre en el juicio para mostrar que él nos entiende. Ha pasado por las pruebas de la Tierra. Se enfrentó a las mismas tentaciones que

todos los seres humanos enfrentan. Él venció y, por lo tanto, nosotros podemos vencer. Como Hijo del Hombre, él fue a la Cruz para revelar el amor insondable del Padre por nosotros y para tomar sobre sí mismo la culpa y la vergüenza de nuestro pecado. El Hijo del Hombre pendió de esa cruel Cruz, condenado como pecador en nuestro favor. “Al que no tenía pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros llegásemos a ser justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). El término Hijo del Hombre habla de un Jesús que nos conoce, vivió por nosotros, murió por nosotros, nos redimió, nos da poder y viene otra vez a buscarnos. El Evangelio de Juan registra: “El Padre a nadie juzga, sino que confió todo el juicio al Hijo” (Juan 5:22). Jesús es tanto nuestro Abogado como nuestro Juez.

El nombre Miguel es usado para referirse a Cristo como el Comandante en Jefe de todos los ángeles que vendrán en gloria, y vencerán al pecado y a Satanás para siempre. A veces, también es intercambiable con el título de Hijo del Hombre. Jesús declaró: “Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras” (Mat. 16:27).

Cristo viene a recompensar “a cada uno según sus obras”. El Juicio debe tener lugar antes de su regreso, para determinar quién recibirá qué recompensa cuando él regrese. El Juicio no se realiza porque él lo necesite. Él es omnisciente, y ya lo sabe todo. Es por el bien del Universo, para que cada ser de los mundos no caídos pueda ver la justicia, la misericordia y el amor increíble de Dios.

Al final de este Juicio Preadvenimiento, o Investigativo, Jesús se levanta, señalando al Universo que todos han tomado su decisión final e irrevocable con respecto a cómo responderán a su amor y su gracia. El período de prueba está cerrado. Los destinos de

toda la humanidad han sido decididos. Apocalipsis 22:11 y 12 declara enfáticamente: “El que es injusto siga siendo injusto, y el sucio siga ensuciándose. El justo siga siendo justo, y el santo siga santificándose. Yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para dar a cada uno según sea su obra”.

Las naciones impías y los habitantes de la Tierra han sido juzgados y condenados en la sala del Trono de Dios. El Juicio ha mostrado que Dios extendió pacientemente su misericordia y su gracia, y que es justo en sus decisiones. El Juicio deja en claro que aquellos que están perdidos se han perdido porque se alejaron del amor de Dios y despreciaron su gracia, no porque Dios haya sido despiadado o injusto. El Juicio revela que Dios hizo todo lo que pudo para salvar a cada ser humano. El propósito del Juicio no es condenar a las personas; es revelar las decisiones que tomamos a la luz de la iniciativa amorosa de Dios para salvarnos. Si hemos aceptado a Cristo como nuestro Señor y Salvador, cuando nuestro nombre aparezca en el Juicio, el Hijo del Hombre hablará por nosotros. Él dice: “Esta persona me pertenece. Él (o ella) ha aceptado mi sacrificio y me ha pedido que cubra sus pecados con mi justicia”. En el Juicio, Jesús libera a su pueblo de la condenación de Satanás.

Al final del Juicio, Miguel se pone de pie. Hay un tiempo de angustia como nunca se ha conocido desde el principio del mundo. Una crisis de proporciones gigantescas estalla sobre este mundo. Las calamidades se suceden una tras otra. Ahí es cuando Miguel se pone de pie para finalmente liberar a su pueblo, “todos los que se hallen escritos en el libro” (Dan. 12:1).

Liberado, no raptado

Hay una idea prominente en algunos círculos cristianos hoy en día de que, de alguna manera, los cristianos son “arrebataados”

de la Tierra antes de que comience el tiempo de angustia. Sin embargo, no hay evidencia bíblica para esta creencia. ¿Fueron Sadrac, Mesac y Abed-nego arrebatados de Babilonia para que no tuvieran que enfrentar las llamas del horno de fuego? ¡No! En cambio, ¡Jesús fue a pararse en medio de las llamas con ellos! Daniel ¿fue arrebatado de la cueva de los leones? ¡No! Pero fue protegido por Dios de las bestias hambrientas. Cuando las plagas se derramaron sobre Egipto, ¿fueron los israelitas arrebatados de la Tierra para que no tuvieran que enfrentarlas? ¡No! Pero Dios los protegió y los preservó en medio de este terrible tiempo de angustia. Así será al final de los tiempos, durante el peor tiempo de angustia que jamás haya venido sobre la Tierra. El pueblo de Dios no será raptado secretamente y llevado al Cielo para evitar el tiempo de angustia. Más bien, Dios los protegerá. Note estas promesas bíblicas tranquilizadoras en los Salmos sobre la protección y la presencia de Dios durante las plagas:

Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por eso no temeremos, aunque la tierra sea removida, aunque se traspasen los montes al corazón del mar (Sal. 46:1, 2).

El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Todopoderoso. Diré al Señor: “Tú eres mi refugio y mi fortaleza, mi Dios en quien confío” (Sal. 91:1, 2).

Caerán mil a tu lado, y diez mil a tu diestra, pero a ti no llegará. Con tus ojos mirarás, y verás la retribución de los impíos. Porque has puesto al Señor, que es mi refugio, al Altísimo, por tu habitación, no te vendrá mal, ni plaga tocará tu morada. Pues a sus ángeles

mandará por ti, que te guarden en todos tus caminos (Sal. 91:7-11).

Aunque estamos viviendo en la Tierra durante el tiempo de angustia, estamos seguros en la presencia de Jesús. Él es nuestro Refugio y nuestra Fortaleza.

Este tiempo de angustia se representa en el libro de Apocalipsis como siete terribles plagas que se derraman sobre la Tierra: llagas, el mar que se convierte en sangre, el agua que se convierte en sangre, un calor abrasador, tinieblas, demonios que hacen milagros, y terremotos y granizo (Apoc. 16). En medio de estas plagas, Jesús dice: “Miren que yo vengo como ladrón. ¡Bienaventurado el que vela y guarda su ropa!” (vers. 15). Claramente, Jesús regresa a la Tierra después de que las plagas han caído, no antes. Dios no arrebató a su pueblo de la Tierra antes del tiempo de angustia. Durante este tiempo, su pueblo mira más allá de las plagas para fijar sus ojos en su Salvador. Cuando todo apoyo terrenal es removido, ellos miran a Jesús. La promesa de su venida les da esperanza. Se aferran a sus promesas por fe.

Así como Jesús confió en su amoroso Padre celestial durante la agonía de la Cruz, el pueblo de Dios confía en él durante el conflicto final de la Tierra. Jesús estaba rodeado de tinieblas, condenado como culpable, y consumido por la agonía física y mental; sin embargo, por la fe, clamó: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Luc. 23:46). Su fe traspasó las tinieblas. Él confiaba en la relación que tenía con su Padre desde las edades interminables de la eternidad y sabía por fe que el Padre lo libraría. En la última hora de la Tierra, nosotros también tendremos la “fe de Jesús” y, rodeados de oscuridad durante el mayor tiempo de angustia de la historia, confiaremos en que Dios puede librarlos. Nos aferraremos a la promesa de su

regreso y confiaremos en su Palabra, a pesar de lo que vemos a nuestro alrededor. Deja que tu corazón se llene de las promesas de Cristo hoy.

El regreso de Jesús será glorioso

Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre [...] y verán al Hijo del hombre que viene sobre las nubes del cielo, con gran poder y gran majestad. Y enviará a sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro (Mat. 24:30, 31).

Jesús declaró: “Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras” (Mat. 16:27).

Note que Mateo 24 dice que Jesús vendrá sobre “las nubes del cielo”, mientras Mateo 16 dice que vendrá “con sus ángeles”. Esas nubes del cielo son nubes de ángeles celestiales: miles de miles y diez mil veces diez mil. ¡Qué glorioso espectáculo! ¡El cielo, de un extremo a otro, estará iluminado por su gloria! ¡Así es como será cuando Miguel se levante para liberar a su pueblo!

Solo habrá dos grupos cuando Jesús regrese

No todos darán la bienvenida a este glorioso espectáculo. Daniel dice: “Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión eterna” (Dan. 12:2). El apóstol Juan escribió:

El cielo se replegó como un pergamino que se enrolla, y todo monte y toda isla fueron removidos de su lugar. Entonces los reyes de la tierra, los grandes y los ricos, los capitanes y los poderosos, y todo siervo y todo libre, se escondieron en las cuevas y entre las peñas de los montes. Y decían a los montes y a las peñas: “Caigan sobre nosotros y escóndannos de la vista de Aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero; porque ha llegado el gran día de su ira, ¿y quién podrá quedar en pie?” (Apoc. 6:14-17).

El Jesús de quien ellos quieren esconderse es el Jesús que los amó y quiso salvarlos. Él se acercó a ellos, y ellos le dieron la espalda. En lugar de mirar a su rostro y regocijarse en su presencia, ellos quieren esconderse. El pecado huye de Dios. Cuando Adán y Eva pecaron en el Jardín del Edén, huyeron de Dios. Isaías dice: “Las iniquidades de ustedes los separaron de su Dios, y sus pecados han hecho que su rostro se oculte de ustedes para no escuchar” (Isa. 59:2).

¿Por qué Daniel 12:2 dice que “muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados”? Jesús dijo, en Juan 5:28 y 29: “Vendrá la hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz [la voz de Dios]. Y los que hicieron el bien resucitarán para vivir, pero los que hicieron el mal resucitarán para ser condenados“. El apóstol Pablo nos dice que los justos muertos serán resucitados para vida eterna cuando Jesús venga (1 Tes. 4:16). Apocalipsis nos dice que los muertos impíos no serán resucitados hasta mil años después de que Jesús haya regresado (Apoc. 20:5). Pero ¿qué quiere dar a entender Daniel al decir que “muchos“ de los que duermen en el polvo serán

despertados, algunos para la vida eterna, otros para vergüenza y confusión eterna? Veamos Apocalipsis 1:7. “Miren que viene con las nubes; y todo ojo lo verá, aun los que lo traspasaron”. Según este versículo, aquellos que crucificaron a Jesús serán resucitados para verlo regresar del Cielo en gloria. Habrá una resurrección especial que incluirá a algunos de los que tuvieron un papel más activo en la muerte de Jesús cuando él estuvo aquí en la Tierra. Lo vieron por última vez en la Cruz. ¡Ahora lo ven venir en gloria con todos los ángeles del Cielo!

Pero centrémonos en la gloria y la majestad de ese día maravilloso en que nuestro Salvador aparece como lo prometió. Centrémonos en aquellos que son resucitados para vida eterna. ¡Jesús viene avanzando por el pasillo del cielo, arrastrando nubes de ángeles resplandecientes! Su pueblo fiel, tanto los vivos como los que son resucitados, mira hacia arriba con alegría. Ellos gritan:

“¡Este es nuestro Dios!

Lo hemos esperado, y él nos salvará. Este es el Señor

a quien hemos esperado,

nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación” (Isa. 25:9).

A manera de cierre

Habrá solo dos grupos de personas cuando Jesús venga: aquellos que son eternamente salvos y aquellos que están eternamente perdidos. A medida que Gabriel termina su explicación de las profecías que Dios le dio a Daniel, dice: “Pero tú, Daniel, cierra las palabras y sella el libro hasta el tiempo del fin. Muchos correrán de aquí para allá, y la ciencia aumentará” (Dan. 12:4). Este texto no habla tanto sobre el conocimiento científico o el

conocimiento técnico; se está refiriendo principalmente al conocimiento de la Palabra de Dios. En el tiempo del fin, estas profecías serán comprendidas mejor y más plenamente. Aquellos que viven en el tiempo del fin tendrán un mayor conocimiento de la Palabra de Dios. Estarán buscando de un lado a otro con el fin de conocer la voluntad de Dios para su vida y sus planes para el mundo. Toda la luz de las edades brillará sobre la generación final.

A pesar de la explicación de Gabriel de las profecías, había mucho en las visiones que Daniel todavía no entendía. Al respecto, escribe:

Yo oí, pero no entendí. Y pregunté: “Señor mío, ¿cuál será el fin de estas cosas?”

Él respondió: ”Anda, Daniel, estas palabras están cerradas y selladas hasta el tiempo del fin. [...] Descansarás, y en los últimos días te levantarás para recibir tu herencia” (vers. 8–13).

Como ves, Daniel no podía entender completamente, porque las profecías habían sido dadas para un tiempo lejano en el futuro: el tiempo del fin. Así que, el ángel simplemente le dijo: “Sé feliz, Daniel, con lo que Dios te ha mostrado y lo que entiendes. Sigue tu camino. Cierra el libro. La generación que vivirá en el tiempo del fin tendrá mayor conocimiento, porque vivirá en el tiempo al que apuntan las profecías”.

Esa generación es la nuestra. El tiempo se está acabando. La arena del reloj del tiempo pronto se habrá vaciado. ¡Pronto vamos a mirar hacia el cielo y veremos a Jesús! Dios te ama. Él quiere que seas salvo. Él quiere que vivas con él para siempre. Ha preparado un lugar para ti.

¿Por qué no, ahora mismo, cuando has terminado de leer este último capítulo, abres tu corazón al llamado del Espíritu Santo y elevas esta sencilla oración?:

“Querido Jesús, gracias por tu amor. Gracias por querer salvarme aún más de lo que quiero ser salvado. Gracias porque nunca te has rendido y nunca te rendirás conmigo. Te confieso mis pecados ahora mismo. Perdóname por mi rebelión contra tu voluntad. Perdona mi descuido de tu Palabra. Abre mi corazón para que se llene de tu gracia. Elijo vivir para ti, servirte y seguirte, hoy y siempre. Sé que no tengo poder para cumplir con este compromiso, así que te pido que me proporciones la fuerza para hacer tu voluntad. Te alabo porque soy tu hijo. Me has redimido en la Cruz y estás viviendo como mi gran Sumo Sacerdote en el Santuario celestial para animarme, fortalecerme y capacitarme para vivir una vida piadosa. Gracias por todo lo que has hecho, estás haciendo y harás por mí ahora y para siempre. En tu nombre, amén.